

CRISÁLIDA

Por: *Guillem Sánchez & Eduardo Gallego*

Publicada originalmente en Espiral CF n° 18 (año 2000)

* * *

Como cada amanecer, el sol parpadeó unos instantes, pareció desperezarse, tomó bríos y en pocos minutos fue virando del rojo a un cálido amarillo. Pronto sería demasiado brillante para poder mirarlo directamente; hoy se había programado una mañana clara, primaveral, con unas imperceptibles nubes que se cernían sobre la proa para quebrar la monotonía del cielo.

Alfredo Magán bostezó, meneó la cabeza tratando de sacudirse la modorra y salió al jardín para realizar su tabla de ejercicios gimnásticos. Dio unas cuantas vueltas en torno a su casa, una pequeña pero coqueta construcción de madera rodeada de hierba verde y fresca, y luego se tumbó para enfrentarse a la tanda de abdominales. Justo entonces oyó que algo pasaba zumbando cerca de su oreja y caía en el borde de la piscina. «*Ese chico va aprendiendo; la próxima vez seguro que acierta y lo cuela dentro*». Concluyó una serie de flexiones y estiramientos, recogió el periódico que con tanta pericia había lanzado el repartidor, lo dejó en el aparador y subió los peldaños de la escalera de dos en dos para tratar de pillar el cuarto de baño libre. Logró por los pelos adelantarse a su hermano menor. Mientras se duchaba, escuchó con malévola delectación sus quejas y aporreos al otro lado de la puerta. Al final, el enano le lanzó un último «*¡abusón!*» y lo dejó en paz.

Alfredo, una vez aseado y vestido, bajó al comedor. Su padre, Melchor Magán, atacaba su segunda taza de café y comentaba en voz alta el parte meteorológico. Se anunciaban lluvias locales a media tarde, con descargas eléctricas hacia popa y una reducción de la gravedad de giro del 70% antes del anochecer. Los dos pequeños de la casa escucharon alborozados esta noticia. Las horas de gravedad baja eran ideales para acudir con los amigos al polideportivo.

-La última vez quedamos con Fran en las pistas de monopatín -dijo David.

-¡No, mejor al baloncesto, contra los de tercero! -replicó Carlos, el mayor, y pronto empezaron a discutir atropelladamente. David tenía ocho años estándar y Carlos once. Ambos manifestaban un carácter dominante y las trifulcas eran continuas, siempre por tonterías, pero la paz llegaba también de modo repentino. Sus padres se habían acostumbrado a no hacerles caso, mientras no amenazara con llegar la sangre al río.

Hasta no hacía mucho, Alfredo había participado de buen grado en aquellos jaleos. Sus hermanos trataban de ganárselo en sus disputas, con delicadas alianzas que se rompían cada dos por tres. Sin embargo, aquella suerte de política doméstica ya no le interesaba. Era mayor de edad, con sus 18 años cumplidos, y eso se notaba. Había traspasado una línea en su vida; de repente, la distancia con los pequeñajos parecía abismal. Pertenecía a otra esfera, y hasta los ceporros de sus hermanos se daban cuenta, excluyéndolo de sus preocupaciones inmediatas.

Y Alfredo tenía otras cosas en qué pensar. Hoy sería su gran día; aunque no quisiera reconocerlo, estaba nervioso.

Mientras los niños hacían planes, Rita, su madre, les llevó las bolsas con los ordenadores y la merienda y los echó de casa. Se marcharon corriendo, dándose empujones y sin despedirse, mientras seguían discutiendo qué hacer durante la baja gravedad. Melchor Magán sonrió al verlos alejarse tan llenos de energía. Bebió otro sorbo del café fuerte y aromático que preparaba su esposa, y continuó leyendo el periódico.

-Procurad llegar puntuales a esa reunión en el Consejo -les advirtió Rita.

Melchor asintió con la cabeza, sin inmutarse, y Alfredo envidió su sangre fría. Hablar en

público en ocasión tan solemne lo aterraba, por más que disimulara. En fin, era algo que debía hacerse; gajes de ser ya adulto...

-Hum... -dijo Melchor en cuanto hubo terminado de leer las notas de sociedad-. Pensaba en darme una vuelta por los muelles, para inspeccionar los desperfectos causados anoche por algún gamberro. No sé; tal vez sea mejor enviar a Ibáñez, que al menos se toma la molestia de redactar buenos informes... Yo iré una vez terminada la reunión.

-¿Por qué no te acompaña Alfredo? -sugirió Rita-. Es bueno que vaya aprendiendo sobre el terreno -lanzó una sonrisa cómplice a su hijo-. Y no olvidéis que hemos de visitar a los Domingo por la tarde -añadió, mientras programaba al robot doméstico para que recogiera el desayuno y lavara los platos.

Padre e hijo dejaron escapar un bufido. Se les ocurrían mil y una maneras mejores de pasar una velada.

-Adiós a mi partidita de billar en el Ateneo con los antiguos compañeros de la Universidad -se lamentó Melchor.

A Alfredo tampoco le hacía demasiada ilusión. Los Domingo... Un matrimonio sin hijos cuyos únicos alicientes eran las fiestas y acontecimientos sociales. En opinión de Alfredo, la vida social dentro de la nave resultaba tan amena como charlar con una ostra autista.

-Y no os olvidéis de las flores para mamá -añadió Rita-. Sabéis de sobra que le hace mucha ilusión que se acuerden de su cumpleaños -Melchor murmuró algo sobre fósiles y ella fingió no escucharlo-. Yo estaré ocupada trabajando en el Ateneo, así que os toca a vosotros.

Melchor anotó en su agenda que debían pasar por los hidropónicos a por las dichas flores. De paso, aprovechó para teclear el código de llamada del coche patrulla. Éste no tardó ni dos minutos en llegar. El vehículo bajó la capota y sintonizó una emisora de música, la favorita de Alfredo. Sus cromados resplandecían cegadores bajo el sol.

P-151 era un coche bastante presumido. Había hecho buenas migas con Alfredo, y le gustaba que el muchacho lo lavara y encerara. De vez en cuando le pasaba el desionizador por la turbina o, mejor aún, lo llevaba al tren de lavado y le daba un repaso extra con los cepillos antiestáticos de polonio. A Melchor le agradaba que P-151 estuviera contento y se llevara bien con su hijo, aunque siempre bromeaba diciendo que iba a volverse radioactivo de tanto pulido y cepillado.

Rita trajo las chaquetas de los uniformes. Al ponerse la suya, Alfredo experimentó una rara sensación. Para él, aquel momento tenía algo de solemne. Estaba serio, concentrado. A sus espaldas, sus padres se miraron y sonrieron. Ya tenían otro hombre en casa; cómo pasaba el tiempo... Rita les dio sendos besos de despedida y ellos salieron, tras recoger las gorras reglamentarias de la cómoda.

P-151 les abrió la puerta y les saludó: a Alfredo, con camaradería; a Melchor, con más formalidad.

-Buenos días, P-151 -le respondió Melchor-. Hemos de ir a la cámara del Consejo de Ciudadanos.

-¿Directo o rasante?

-Directo; no queremos llegar con el tiempo justo -dijo, tras consultar su reloj.

El coche patrulla se acercó silenciosamente a la carretera. Una vez en ella, replegó las ruedas y aceleró sobre los ocultos raíles magnéticos. A la altura del primer canal de elevación se produjo un nuevo cambio; abandonó el suelo y se alzó con suavidad. Subió la capota y oscureció los cristales, ya que tenían que pasar bastante cerca del sol para alcanzar su destino por el trayecto más corto.

Alfredo se relajó en su asiento, mirando el distante paisaje por el parabrisas, disfrutando de la sensación de hallarse rodeado por todo un mundo, imaginando ser el centro en torno al cual giraba la vida en *Crisálida*. A veces se preguntaba qué pensarían los habitantes de un planeta

cuando al elevar la vista un infinito vacío respondiera a sus miradas. Sintió un escalofrío sólo de pensarlo. El interior de una nave generacional era un mundo a escala humana, una burbuja de seguridad y un oasis de paz en un universo incontrolable. Podía ser traumático abandonarlo para luchar en un planeta hostil y, en cierto modo, comprendía la angustia de muchos amigos a los que se les estaba anunciando el fin de su mundo desde que tenían uso de razón. No todos iban a compartir su entusiasmo.

Las generaciones anteriores habían nacido para disfrutar de un jardín autosuficiente, un paraíso en el cual apenas era necesario trabajar para vivir cómodamente, pero él y los de su edad se habían criado sabiendo que cuando fueran mayores no tendrían otra opción que luchar contra un planeta en proceso de colonización, cuya terraformación no llegarían a ver completada. ¿No tenían derecho a sentirse estafados? «*Supongo que un bebé recién nacido también debe de sentirse ultrajado cuando lo sacan de su cálido y confortable útero, y lo reciben a palos en el mundo exterior. Pero es algo inevitable*». Meneó la cabeza y suspiró. Trató de apartar los pensamientos desagradables y se dedicó a ensayar mentalmente por enésima vez el parlamento que debía recitar.

Cuando ya estaba cerca del suelo, el vehículo deceleró y dio algunas vueltas por el aire en espera de que el canal de descenso, muy utilizado a aquellas horas, lo admitiese. Finalmente aterrizaron y Melchor permitió que Alfredo condujera a P-151 manualmente hasta la plaza.

* * *

La Cámara del Consejo era una habitación bastante más pequeña y sencilla de lo que su nombre daba a entender. Su única finalidad era permitir al Consejo de Ciudadanos exhibir su nombre en la puerta, pues las reuniones a menudo se celebraban en otro lugar, por ejemplo la cantina. Sin embargo, en los últimos tiempos la gente parecía tener ganas, o necesidad, de actuar de un modo más trascendente, otorgando a cualquier acto más relevancia de la que habría tenido en el pasado, de modo que no les extrañó que la reunión se celebrara puntualmente y en la sala correcta. No obstante, era habitual que faltara alguien y tuvieran que esperar un rato.

Alfredo se sentó en el lugar que le habían asignado y para matar el tiempo, estudió a los presentes mientras hablaban entre ellos. Conocía a la mayoría y pudo detectar cierto nerviosismo. Desde que la nave había iniciado los preparativos para el frenado que la conducirían a una órbita estable en torno a Prometeo, su nuevo hogar, los habitantes de *Crisálida* vivían en un permanente desasosiego. Todo el mundo cumplía con su parte del trabajo, pero pocos lo hacían gratamente. Había algo de fatalismo, o quizá resignación, en el modo de actuar. Sí, se enfrentaban al fin del viaje y el comienzo de los problemas.

Como ayudante de su padre, el jefe de Policía, Alfredo sería a partir de hoy miembro del Consejo. Eso implicaba que tendría que tomarse muy en serio ciertos problemas en los que hasta la fecha no había reparado. Había estudiado más Historia y Sociología en las últimas semanas que en toda su vida, y tendía a fijarse en detalles que hasta la fecha le habían pasado inadvertidos.

Crisálida era una nave generacional con un destino remoto. Aunque viajaban a una velocidad considerable, el tiempo estimado de travesía era de 861 años. Muchos tripulantes se hallaban en hibernación hasta la llegada al sistema de Prometeo, pero el gobierno de la Corporación quería que hubiese humanos despiertos para echar una mano a los ordenadores, por si algo fallaba. La solución de partida fue simple: establecer una sociedad rígidamente estructurada y jerarquizada, en la que todo giraba alrededor de las necesidades de la nave. La Constitución misma no podía ser alterada hasta que transcurrieran por lo menos veinte años desde que iniciaran la colonización de Prometeo. Y en caso de crisis, las ordenanzas de la nave estaban por encima de la Constitución. Todo quedaba atado y bien atado por los que diseñaban aquellas largas expediciones.

Por otra parte, el viaje había sido financiado por varias compañías multiplanetarias que deseaban abrir sedes en el espacio remoto. Aquello había dado origen a una serie de representaciones comerciales la mar de curiosas. Ante la falta de entusiasmo por parte de los jóvenes ejecutivos en potencia para cursar estudios superiores, los cabezas de familia que ostentaban cargos de importancia y que habían crecido y vivido en un ambiente de absoluta entrega y devoción a su empresa consiguieron mantener y aun exacerbar este sentimiento de lealtad en sus hijos. Éstos consideraron un deber y un honor lucir el muy honorable nombre de Sony, Canon, Matsushita y las demás multiplanetarias representadas en la nave. En algún momento que nadie recordaba, pero que debió de ser hacia el año 300 ó 400 del inicio del Viaje, los nombres de las empresas se unieron como una coletilla al apellido: Ignacio Smith de Canon, Josefina Prieto de Mitsubishi. Por último la comodidad y rapidez (o tal vez el humor, quién puede decirlo), omitieron el apellido, que en el fondo no indica nada, poniendo en su lugar el nombre de la compañía, que expresa toda una filosofía y un código de honor, asumido por quien lo lleva. Así aparecieron nombres como Ignacio Canon y Josefina Mitsubishi. Alfredo no estaba seguro de si los nombres originales habían pertenecido a personas, aunque recordaba haber oído contar con orgullo a una vieja arpía de la familia Canon que en el origen su nombre era el de una diosa, la repartidora de la fortuna en una religión olvidada: Kwanon.

Todas esas peculiaridades habían convertido a *Crisálida* en una sociedad anclada en sus costumbres, que lo ignoraba todo sobre la Alta Política y se gobernaba a sí misma de acuerdo con la tradición. Se obraba para quedar bien ante los demás, y se quedaba bien imitando a que los padres, y antes que ellos a los abuelos. Toda mejora consistía en repetir los mismos actos con creciente perfección y comedimiento. La sociedad imponía las reglas y el individuo sólo podía aceptarlas. La ley nunca era sometida a discusión; se trataba de algo decorativo, que no podía tocarse so pena de que en el futuro alguien osara cambiar el destino de la nave y no se cumpliera la misión.

Tras repasar algo de Historia, a menudo Alfredo se preguntaba qué habría ocurrido si el planeta encargado de construir *Crisálida* no hubiera estado poblado por gentes de origen hispano, sino nipón. Posiblemente habrían extremado todavía más los conceptos de tradición, honor, linaje y toda la parafernalia de gestos y rituales. Afortunadamente, la tripulación original se tomó las cosas un poco menos a pecho; al fin y a la postre, la vida estaba para disfrutarla. Lo curioso iba a ocurrir dentro de poco, cuando los ingenieros de las compañías que dormían desde el inicio del viaje fueran despertados para participar en la construcción de un nuevo mundo. En una sociedad pequeña y poco competitiva iban a aparecer personas escogidas por su talento y arrojo: genios de la ingeniería, físicos y químicos brillantes, exobiólogos preparados para modificar un sistema planetario y algún que otro administrador de traje gris para enseñarles cómo se dirige la economía cuando entra en fase de crecimiento exponencial.

* * *

Por fin llegaron los últimos rezagados y la reunión pudo empezar. Como siempre, se trataba de una serie de temas intrascendentes y asuntos de trámite que preocupaban a bien poca gente, excepto a los directamente implicados, como Alfredo.

Todo el mundo trató de hablar lo menos posible y las discusiones fueron escasas. En realidad no había nada del otro jueves que aprobar y ningún proyecto para el futuro de la nave, por lo que el acto resultó muy breve. Sin embargo, a Alfredo se le hizo eterno. Su nombramiento como ayudante en la Policía probablemente no interesaba a nadie más que a él y a su familia, y lo habían relegado al penúltimo punto del orden del día, justo antes de *Ruegos y preguntas*, así que tuvo tiempo sobrado para ponerse nervioso. No obstante, cuando llegó su turno leyó el juramento de fidelidad sin titubear, y los desgastados aplausos con que fue obsequiado sonaron a música

celestial en sus oídos. Era su momento de gloria, y nada ni nadie podía empañarlo.

Una vez finalizado el Consejo, los consejeros abandonaron el local apresuradamente, salvo unos cuantos que se juntaron en corrillos para saludarse o cotillear. Melchor Magán pudo ya felicitar a su hijo de manera informal, dándole un abrazo y unas cuantas palmadas en la espalda.

-¡Bienvenido al cuerpo de Policía! ¿Qué se siente, señor ayudante? -le dijo, con el orgullo y la satisfacción pintados en su cara-. No estaría mal que empezaras ya a familiarizarte con tu futura tarea. Lo primero que debe hacer un buen funcionario es cultivar las relaciones públicas. Me gustaría presentarte a... -Melchor miró a su alrededor e hizo un gesto de contrariedad-. Vaya, me temo que se han largado todos.

-Tendrían prisa por ir al baño -bromeó Alfredo, aún eufórico por el nombramiento.

Melchor Magán adoptó una expresión seria, diríase que melancólica.

-Comprendo que estas reuniones resulten un mal trago para muchos de nosotros. En principio deberíamos discutir sobre planes de futuro, pero en realidad el porvenir no está en nuestras manos. *Crisálida* pasará a ser una base de operaciones desde la cual iniciar la terraformación de Prometeo. A partir del momento en que iniciemos el frenado, todo lo que suceda en la nave habrá sido programado ocho siglos antes. Tal vez esa sensación de haber perdido la libertad de acción es lo que enturbia los sentimientos de la población -suspiró-. De pequeño, los de mi quinta sentíamos una fascinación absoluta por el fin del viaje y nos considerábamos afortunados al poder ser testigos de la colonización antes de morir -le pasó el brazo por el hombro a su hijo-. ¿En qué momento se esfumó ese sentido de la maravilla, para ser reemplazado por el miedo?

Aquellas lúgubres reflexiones tuvieron la virtud de bajar a Alfredo de las nubes. Definitivamente, su paso a la mayoría de edad había ocurrido en una época de cambios, y a su generación le tocaría asumir graves responsabilidades. Se preguntó si daría la talla, o bien se acobardaría, como tantos otros. Pero la llegada a Prometeo era algo ineludible; a los que no se adaptaran sólo les quedaría el consuelo de resignarse.

Cuando abandonaban el recinto, una pareja se acercó a ellos. Alfredo conocía a la mujer mayor por haberla visto en la holovisión: Luisa Marsena, la representante de los ingenieros en el Consejo. Su desprecio a la moda era legendario: no se molestaba en ocultar las canas que se empeñaban en apoderarse de su corto cabello castaño. En la nave tenía fama de bromista y cínica, pero ahora era evidente su seriedad. Por ello era más acusado el contraste con su acompañante, un joven alto y delgado, con el pelo rizado y el rostro enjuto y muy moreno, vestido de oficial de vuelo. Tras las presentaciones de rigor, se identificó como Martín Durán. A Alfredo le cayó mal desde el principio. Sonreía despreocupadamente, incluso cuando hablaban de temas importantes, pero le dio la impresión de que había algo falso en aquella alegría, que se trataba de una fachada.

Luisa Marsena le preguntó a Melchor si podían acompañarla a evaluar los desperfectos causados durante la noche en el muelle. Tras consultar su reloj, el jefe de Policía asintió. La reunión había sido breve, así que disponían de tiempo. Alfredo, en su nueva condición de ayudante, iría con ellos, claro está. El muchacho fue presa de la excitación. ¡Discurso, estreno y bautismo de fuego, todo en el mismo día!

* * *

El coche aterrizó en el aparcamiento del muelle. Un par de vehículos de policía descansaban allí y P-151 se estacionó cuidadosamente a su lado. También había un camión del servicio de reparaciones.

Dejaron a los coches patrulla hablando de sus cosas, entraron en el edificio y bajaron en un montacargas polvoriento a través del casco de la nave. Llegaron a una terminal de doscientos

metros de longitud por cincuenta de anchura, construida íntegramente en material sintético de bajo peso y alta resistencia de color gris oscuro. Estaba desnuda de mobiliario: los bancos, quioscos, ordenadores y demás deberían instalarse cuando llegara el momento. Si hubieran partido con el equipo en su sitio todo sería una ruina decrepita cuando tuviera que usarse. Por ahora la terminal más parecía una gruta enorme y fría que la estación llena de tránsito en que estaba llamada a convertirse. Cerca de ellos varios técnicos discutían con el sargento Ibáñez. Al llegar, el que parecía ser el jefe volvió a empezar la explicación dirigiéndose a Melchor.

-Algún salvaje ha puesto una bomba en una grúa de carga exterior -parecía verdaderamente furioso y el sudor que corría por su frente dentro de la escafandra le ponía nervioso-. Ahora mismo he de volver a salir para cortar todo lo que pueda. Luego trataremos de separar la grúa del casco de la nave para que se aleje sin peligro cuando empecemos a frenar -al decir esto blandía un cortador de fisión como si fuese una porra.

-Entonces los daños son mucho mayores de lo que pensaba -dijo Melchor.

-Cuando les avisamos creíamos que se trataba tan sólo de una fuga de aire y algún desperfecto en las esclusas -explicó el técnico-, pero eso era solamente una consecuencia secundaria de la explosión. El verdadero objetivo era la grúa y nos hemos dado cuenta tan sólo al llegar aquí. El muy... -soltó un taco, y tardó unos instantes en recuperar la compostura; su enojo iba en aumento conforme relataba los hechos-. En fin, logró desconectar los sensores que deberían indicarnos que la grúa estaba dañada.

-Un sabotaje bien organizado; quizá sea obra de varias personas. Para poner una bomba en el exterior hay que saber cómo fabricarla -comentó Martín-. Además, tienen que haber salido con los trajes de vacío y usar una esclusa que debería habernos avisado de que era abierta por personal no autorizado.

-Tal vez se trató de personal autorizado -apuntó Luisa.

-El ordenador de la esclusa fue desactivado -respondió Ibáñez-; ya hemos comprobado eso. Además, cualquiera puede consultar en la biblioteca el modo de confeccionar una pequeña bomba.

-Desde luego, resulta tan fácil como anular los sensores de los aparatos -dijo Luisa-. La nave está preparada para reaccionar ante accidentes, pero no contra daños intencionados.

-Además, es frágil -añadió Martín con un tono extraño en la voz.

Aquello era algo que a Alfredo nunca se le había pasado por la cabeza. Nadie duda de la solidez del suelo que pisa cada día, pero *Crisálida* era una burbuja, una fina membrana rellena de aire que atravesaba el vacío a velocidad de vértigo. Construida para tener la máxima capacidad con el mínimo de masa, todas sus partes mantenían entre sí un delicado equilibrio. Que alguien pudiera querer causarle daño se le antojaba incomprensible. Pero la realidad estaba ahí, y daba miedo. Los demás no se percataron de su angustia; al fin y al cabo, era un ayudante novato, al que nadie prestaba atención.

El técnico se dirigió a la esclusa. Vieron desde dentro cómo esperaba a que se vaciara de aire y se abriera la compuerta exterior. Las estrellas brillaban ferozmente al otro lado, compitiendo con el resplandeciente chisporroteo de los cortadores de fusión con que otros trabajadores trataban de soltar la grúa. Los hombres se movían lentamente, del modo característico en baja gravedad.

-Han tenido que instalar generadores de campo para poder trabajar ahí afuera -explicó Ibáñez-. Al parecer eso les ha llevado bastante tiempo. De no haberlo hecho así la velocidad de giro de la nave les arrojaría al espacio, y para evitarlo tendrían que atarse con cables. No resulta cómodo trabajar mirando al techo mientras uno cuelga sobre el vacío...

Alfredo sintió un escalofrío; el espacio parecía mucho más inofensivo visto desde el planetario, sentado en una confortable butaca. Allí, en cambio, era real.

Luisa Marsena quiso examinar los generadores del campo de gravedad artificial, también

conocidos como *agrav*. Los habían instalado dentro del casco. Eran dos bloques metálicos de tamaño algo menor que una lavadora. Un grueso cable negro los unía a ambos, otro rojo iba a la toma de energía y varios más pequeños conectaban los aparatos al ordenador. Prudentemente Ibáñez había colocado a uno de sus hombres de guardia junto a los generadores.

-Siempre ponen al menos dos *agrav*, por si uno de ellos falla -comentó Luisa.

-Si fuera yo quien tuviera que salir allí afuera, habría una docena -comentó Ibáñez, y Alfredo sonrió; al menos no era el único a quien daba grima el vacío.

Varias máquinas de soldadura entraron en la terminal con el ruido atronador de sus llantas reverberando en las paredes. Eran como pequeños tanques, con una grúa articulada coronada de cámaras de televisión y radares, además de varios tubos que cuando empezaran a trabajar cortarían el acero como si fuera mantequilla. Alfredo, tras apartarse para no estorbar, observó cómo se dirigían a las esclusas que no estaban siendo usadas para fijar en ellas unos pequeños aparatos, seguramente dispositivos de alarma o vigilancia. Tendría que preguntárselo a su padre, pensó. Sin embargo, no parecía probable que quienquiera que estuviera atentando contra *Crisálida* volviera a actuar justo en el mismo lugar. ¿O acaso se verían obligados a colocar esos artefactos a lo largo de la nave? La posibilidad de tener que someter a vigilancia todas las dependencias de *Crisálida* parecía una tarea de titanes. La Policía tendría que trabajar a destajo... Justo ahora que él había ingresado en ella.

Mientras tanto las máquinas seguían instalando los aparatos y conectándolos a los puertos de datos de las esclusas. Alfredo se acercó a uno de ellos. Tenía una ranura para tarjeta y una pequeña pantalla en la que se leía:

INTRODUZCA SU IDENTIFICACIÓN Y MANTENGA LA VISTA FIJA EN LA PANTALLA HASTA NUEVA SEÑAL

-No es mala idea para conocer quién emplea las instalaciones en desuso, ¿verdad? -le comentó a su padre, que en ese momento pasaba junto a él.

-Ajá... -Melchor parecía disgustado-. Esto ha sido obra de los navegantes. Como jefe de Policía tendrían que haberme consultado, o al menos pedir el visto bueno del Consejo, siquiera por delicadeza -se encogió de hombros-. De acuerdo, cualquier cosa relacionada con la navegación o con la futura colonización, como este puerto, es competencia exclusiva suya, pero todos estamos juntos en el mismo barco, nunca mejor dicho. Nos esforzaremos en estrechar relaciones con ellos, qué remedio.

Fueron a reunirse con Luisa y Martín. Nadie habló demasiado durante el viaje de regreso. Al despedirse, Melchor invitó a Luisa Marsena a cenar aquella noche en su casa. Sabía que a su mujer le encantaría recibir a una celebridad como ella. Luego se dirigió con su hijo a la Comisaría para presentarle a sus colaboradores más directos e impartirle unas cuantas instrucciones básicas acerca de su nuevo trabajo. Alfredo trató de prestar la máxima atención, pero no podía evitar que su imaginación volara otra vez hacia los operarios que estaban trabajando en el casco de *Crisálida*, y a las palabras de Martín. El mundo que habitaban era muy frágil, como una pompa de jabón. Pensó en sus hermanos pequeños. Como ellos, había creído que moraban en un lugar donde nada malo podía pasarles, donde siempre habría alguien que les protegiera, donde la vida era un juego, y los padres no envejecían, y...

Alfredo estaba madurando muy deprisa, a su pesar, y se dio cuenta de ello, pero se negó a deprimirse. Él no le volvería la espalda al futuro. Se juró que haría todo lo posible por luchar contra quienes se empeñaran en sabotear la misión, y que sería uno de los primeros colonizadores en Prometeo. Haría que su padre se sintiera orgulloso de él.

Camino de vuelta a casa, no olvidaron las flores para la abuela y, por supuesto, llevarle otro ramo a Rita.

* * *

Luisa Marsena se presentó puntualmente a última hora de la tarde. Traía una caja de bombones para los niños; su contenido tuvo una existencia tan breve que a Rita no le quedó tiempo de decirles que les daba permiso para tomar uno o dos después de cenar.

Las costumbres sociales eran muy hogareñas en *Crisálida*, donde apenas existían restaurantes y bares. Las invitaciones consistían siempre en una cena más o menos íntima, y los amigos solían reunirse a tomar unas copas en casa de uno de ellos. También eran habituales las comidas campestres de varias familias reunidas en cualquiera de los muchos rincones agradables que los diseñadores de la nave habían dispuesto en el interior del casco.

Melchor descorchó una botella de vino tinto de los afamados viñedos de popa. A pesar de milenios de Ingeniería Genética, las viñas seguían trabajándose con los métodos tradicionales y nadie había osado alterar los genes que contribuían tan notablemente a la creación de un buen caldo. Después de la primera copa Rita trajo un asado de cordero al horno. Todos convinieron en olvidarse de guardar la línea y comieron sin medida, como parecía apropiado ante tal plato.

Tras las lluvias programadas, el cielo se mostraba despejado. El sol comenzaba a perder resplandor y unos minutos después brillaba con una luz plateada y fría, que apenas permitía ver lo suficiente para andar sin tropiezos. Todos se referían a aquella esfera como la *luna* durante ese periodo, aunque el origen de tal palabra se había olvidado.

Los habitantes de *Crisálida* habían optado por una existencia sencilla, llena de detalles graciosamente anticuados, como imprimir los libros y periódicos en papel, usar velas en las cenas solemnes, o fabricar productos artesanos como cristalería o cerámica. No sólo era una forma más apacible de vida, que recordaba las sociedades rurales, sino que les permitía dedicar sus energías a un trabajo que diera un resultado tangible y útil. Una vez acabados los estudios, la nave no proporcionaba tareas suficientes para tener ocupada a toda la población. El trabajo obligatorio para el mantenimiento de *Crisálida* ocupaba unas diez horas semanales y en algo había que matar el tiempo restante. Al final, esto había llevado a que la gente se dedicara mayoritariamente a sus aficiones, volcando su esfuerzo e imaginación en el arte y la artesanía. La otra opción era el aburrimiento eterno.

Las copas que ahora alzaban en un brindis eran todas ellas pequeñas joyas barrocas, talladas a mano por el padre de Rita en un cristal cuya estructura molecular había sido alterada por zonas para adquirir colores y matices distintos. Melchor siempre bebía en la denominada *baile de faunos*, que tenía labrado a su alrededor un coro de dichos seres intercalados con algunas ninfas, más bien chiquillas adolescentes. Cuando la copa se llenaba de vino parecían bailar ante un fuego oscuro y sangriento, pero el champán convertía la escena en una bienvenida al sol, justo durante el amanecer.

La velada fue agradable; Melchor se esforzó por causar buena impresión a Luisa y limar asperezas entre policías, navegantes e ingenieros. Hablaron de los amigos comunes (algo fácil, ya que en *Crisálida* todos se conocían o eran parientes más o menos lejanos), bromearon e hicieron planes para verse más a menudo. Las dos mujeres congeniaron pronto, y ambas se sentaron en el sofá hablando de las respectivas preferencias artísticas.

Luisa le manifestó a Rita su sana envidia por haber podido tener tres hijos. El control de la natalidad era una de las pocas cosas que se llevaban a rajatabla, pero de vez en cuando el Consejo celebraba un sorteo en el que los agraciados podían retirar los implantes anticonceptivos y aumentar su descendencia, si lo deseaban. Quienes habían diseñado la sociedad de *Crisálida* estimaron que así se rompería la monotonía y, efectivamente, aquella peculiar tómbola se convertía en un gran acontecimiento. Además, como premio extra, a uno de los padres se le permitía darse de baja en el trabajo para dedicarse al cuidado de los pequeños. Melchor y Rita lo

echaron a suertes y le tocó a ella. Sin pena ninguna, pudo mandar a paseo su tarea de supervisión en los hidropónicos. Indudablemente, a la familia Magán le había caído el gordo, para envidia de sus vecinos.

A una hora prudencial, y no sin enconadas protestas, Melchor llevó a los pequeños a la cama. Justo cuando terminaba de arropar a David oyó sonar el teléfono. Rita, que estaba más cerca del aparato, respondió y luego le llamó. La cara de Melchor dejó de sonreír mientras escuchaba. Puso la taza de café sobre la mesa para apuntar algo en un papel y tras colgar se levantó y recogió su uniforme.

-Alguien ha reventado un depósito en la fábrica de plasma; tengo que ir a verlo. Los bomberos ya están en camino.

-Voy contigo -dijo Luisa, levantándose rápidamente.

Alfredo dudó un momento, pero ¿acaso no era el ayudante del jefe de Policía? Si le daba tiempo, mamá empezaría a poner pegatas a su marcha, arguyendo que no tenía ninguna necesidad de exponerse al peligro y bla, bla, bla. Como si no la conociera... Así que se unió a su padre y a Luisa Marsena, quienes estaban tan preocupados que ni se fijaron en él.

Rita se quedó sola antes de saber exactamente qué había sucedido. De mal humor programó al robot doméstico para que recogiera la cena y limpiara el salón. Por la ventana pudo ver un brillo anaranjado que se había unido en la noche al resplandor de la luna y el pálido titilar de las farolas.

* * *

P-151 voló en línea recta hacia el incendio. Conforme se acercaban se dieron cuenta de la magnitud de los daños. Buena parte de la factoría estaba siendo consumida por el fuego y los bomberos no podían hacer otra cosa que arrojar espuma, que en su mayor parte se volatilizaba por el calor antes de alcanzar la base de las llamas. Cuando aterrizaron al lado de los bomberos éstos les entregaron monos refractarios con caretas antigás, pero nadie se paró a hablar con ellos; estaban demasiado atareados. Vieron cómo iban cortando estructuras metálicas caídas para que los vehículos de tierra pudieran rodear por completo el fuego. Otros fueron recorriendo toda la instalación para cerrar manualmente las válvulas de las tuberías. Eso pareció ejercer pronto algún efecto; el incendio empezó a menguar al faltarle alimento.

Poco después llegaron nuevos vehículos con los depósitos llenos de otra espuma mucho más eficaz, que era lanzada a una temperatura extremadamente baja; como se trataba de un compuesto muy inestable tenía que ser preparado rápidamente *in situ*. Al entrar en contacto con las llamas emitía un ruido horrible, como un siseo muy agudo. Otro líquido que era lanzado simultáneamente sobre la espuma reaccionaba con ella y juntos producían un sólido parecido al caucho que no ardía. Al acumularse formaba un montículo en donde el humo abría chimeneas antes de extinguirse. Daba la impresión de que estuviera naciendo un volcán dentro de la nave.

Luisa se acercó a Melchor por la espalda mientras Alfredo contemplaba el trabajo de los bomberos, cuyas figuras silueteadas por el fuego les hacían parecer hormigas ante un coloso invencible.

-Creo que tendremos que reunir al Consejo de Ciudadanos en sesión extraordinaria -dijo, mientras se quitaban las caretas antigás.

Alfredo la miró con expresión sorprendida. ¿Tan grave era?

-El jefe de bomberos me ha explicado que anularon los sistemas de alarma y pusieron varias bombas en lugares estratégicos -el rostro de la mujer tenía una expresión sombría, acrecentada por las llamaradas que la iluminaban con desiguales resplandores rojizos-. Esto ya es demasiado grave para considerarlo una chiquillada o un simple acto de vandalismo.

-El Consejo propondrá que esperemos o que lo consultemos con la almohada -la voz de Melchor sonaba cínica; Alfredo confirmó que su padre no tenía una opinión demasiado buena de quienes teóricamente tomaban las decisiones en *Crisálida*.

-Ya no hay tiempo. Mira -Luisa señaló con un gesto en dirección a varias figuras que también hablaban con el jefe de bomberos. Melchor reconoció a Martín Durán y fue hacia él, extrañado de verlo por allí a aquellas horas. Al acercarse identificó los uniformes de sus acompañantes, todos los cuales eran navegantes, menos uno que lucía la insignia alada de piloto.

Los navegantes ostentaban la máxima categoría. Ellos habían dirigido la nave cuando zarpó y serían los responsables de la maniobra de frenado. El hecho de que durante siglos se hubieran limitado a supervisar el funcionamiento automático de todos los procesos no empañaba para nada el brillo de la aureola que parecía rodearles. Eran más que una clase social, más que una casta: representaban la esencia del viaje. Sin ellos, todo lo demás carecería de sentido. Los navegantes eran escogidos entre lo mejor de la población, recibían la formación más rigurosa y eran los únicos a quienes no se permitían fallos. Con una base de población de medio millón de habitantes era improbable que abundaran los genios, por lo que la medianía era la nota dominante entre los altos cargos de *Crisálida*. Sin embargo, los navegantes deberían realizar la operación más complicada que pudieran llevar a cabo seres humanos: frenar y colocar en órbita una nave generacional, algo que ni los ordenadores eran capaces de realizar. Las decisiones a tomar eran demasiado graves.

En el peor de los casos tendrían que adoptar resoluciones que afectarían la vida de los ciudadanos. Los navegantes podían dar orden de anular los campos gravitacionales, lo que dejaría a la población sometida a los efectos de la inercia. También podían enviar a la muerte a personas que deberían obedecer sin rechistar cualquier mandato cuya misión fuera salvar la nave. Además, estaban facultados para cancelar la maniobra y proseguir el viaje o cambiar el planeta de destino si los datos mostraban que no era el más adecuado para terraformar. Algo muy posible, pues los únicos datos de que disponían sobre aquel sistema, Prometeo, procedían del inicio del viaje, obtenidos por los observatorios desde una distancia de muchos años luz. Así pues, en sus manos estaban todas las decisiones de importancia ligadas al destino último de *Crisálida*. Para ello los navegantes conectarían sus cerebros a los ordenadores, después de tomar las drogas que les preparaban para ello. La unión de mentes humanas y artificiales era superior a cualquiera de ellas trabajando por separado. En resumen, si lo estimaban oportuno pasarían por encima del Consejo y de la Policía. Y no lucían muy contentos.

Martín les hizo señas para que se unieran al grupo. Les presentó a sus compañeros, y dejó caer algunos comentarios jocosos que a Alfredo se le antojaron fuera de lugar, con la fábrica destruida a sus espaldas. A juzgar por su actitud, a Martín le gustaba sorprender a los demás y consideraba que los ciudadanos eran un inconveniente que todo navegante debía soportar a cambio de disponer de una nave en la que poder cumplir su función. Además, no se cortaba a la hora de mostrar sus prejuicios, pese a lo cual lograba caer simpático, quizá precisamente por su apariencia desenfadada. Alfredo fue objeto de alguna de sus bromas durante las presentaciones, lo que no contribuyó a mejorar el concepto que tenía de él. Era una persona algo introvertida, y se sabía incapaz de competir con la habilidad verbal de Martín. Alfredo se sumió en un mutismo enfurruñado y se limitó a escuchar a los otros.

Cuando Melchor preguntó el motivo de que tantos navegantes estuvieran allí, Martín le soltó un prolijo discurso sobre la importancia de aquella factoría para la colonización de Prometeo. Su misión era la de fabricar materiales de alta tecnología, especialmente combustible para los transbordadores y remolcadores, aislantes para las primeras colonias orbitales y diverso utillaje necesario para establecer una base en tierra. Al cabo de un rato, Melchor lo interrumpió:

-Vamos ver; según tú, resulta imprescindible esta factoría. Entonces, ¿por qué quieren dañarla? Como todos nosotros, también los saboteadores tendrán que bajar al planeta. No van a

sentirse más a gusto viviendo en cabañas de troncos, suponiendo que haya árboles en Prometeo.

-Por suerte hay otra factoría de idénticas características -intervino un navegante.

-Pero deberá ser vigilada y defendida a toda costa -añadió Martín-. Hay escasez de ingenieros y no podemos distraerlos reconstruyendo lo que se destruye aquí dentro. Perder la otra factoría, la única que nos queda capaz de utilizar tecnología de plasma, supondría un serio retraso en nuestros planes. *Crisálida* tendría que pasar varios años orbitando Prometeo antes de que pudiéramos establecer una base decente en el planeta, que permitiera bajar a la población. Queríamos pedirte que enviaras hombres allí y a otros puntos estratégicos para que vigilen día y noche. Sí, ya sé que dispones de muy poca gente, pero puedes nombrar ayudantes. Todos los pilotos estarán de brazos cruzados hasta que detengamos la nave y se mueren de ganas de hacer algo.

-Menos mal que os dignáis contar con la Policía -Melchor tampoco parecía demasiado contento con Martín y su manía de dar instrucciones como si fuese un líder-. Se deberían respetar las competencias de...

El piloto lo cortó, con cara de malas pulgas:

-Mire, amigo, llevo diez años preparándome para pilotar una nave espacial. He pasado miles de horas de vuelo en simuladores, y si esos cabrones logran dañar *Crisálida* lo suficiente como para abortar la maniobra de frenado seguiremos viajando durante siglos y nunca podré salir de esta cáscara y tripular una nave de verdad. Ya puede imaginarse que me ofreceré voluntario para lo que sea.

Los navegantes empezaron a hablar en tropel. Los ánimos estaban muy caldeados esa noche, pero Alfredo no escuchaba a nadie. Estaba dándole vueltas a lo que había dicho el piloto: abortar la maniobra de frenado, proseguir el viaje. Venciendo su timidez y la antipatía que aquel sujeto le despertaba, agarró a Martín del brazo para separarlo del grupo y poder hablar con él.

-¿De veras crees que pueden provocar tantos daños como para que tengáis que anular la maniobra y pasar de largo frente a Prometeo?

Alfredo esperaba algún exabrupto o chiste malo, pero Martín Durán se limitó a asentir; su expresión era severa.

-*Crisálida* es más vulnerable de lo que parece. Vivimos en un ambiente de alta tecnología donde todo funciona artificialmente. El agua de los ríos, tras llegar a su punto más bajo en el lago, es bombeada por tuberías hasta las colinas. Las nubes se programan, el sol funciona gobernado por una computadora y hasta la gravedad es manipulada a nuestro gusto. Pero todo ello depende de maquinaria muy compleja. No tienes idea de cuántos aparatos indispensables, sin los cuales no podríamos sobrevivir, y no digamos en Prometeo, son susceptibles de ser saboteados. No construyeron la nave para que fuera una fortaleza, y menos desde dentro.

-Entonces... -Alfredo tragó saliva; la idea era demasiado horrible para aceptarla sin más-. ¿Te das cuenta de que su móvil puede ser precisamente ése, detener la colonización?

-Nunca lo he dudado.

-¡Pero es el propósito de nuestro viaje! Después de veintitantas generaciones tenemos el privilegio de arribar a un mundo nuevo y transformarlo a nuestra medida. Es algo demasiado importante para que quieran sabotearlo. Nadie excepto un loco haría una cosa así.

Martín sonrió y lo miró como si se tratara de un niño bastante crecido que aún creyera que a los bebés los trae la cigüeña desde proa.

-Seamos realistas: la mayoría de la gente teme el fin de la vida que conoce, enfrentarse a cosas nuevas, el trabajo duro, la incomodidad, el peligro de un mundo que tardará mucho en ser dominado. ¿Por qué cambiar una vida de placidez y relax por un futuro incierto, cargado de trabajo y responsabilidades? Yo tengo un hermano al que sólo preocupa jugar al tenis y tomarse una cerveza fría después. Nunca ha hecho nada de provecho ni lo hará si puede evitarlo. Pues bien, le han obligado a estudiar una carrera universitaria a la fuerza. Tiene la edad y la

inteligencia suficientes para ejercer de ingeniero agrónomo en cuanto sea posible sembrar en el planeta. Si no, trabajará en la terraformación. Para él es como una sentencia de muerte y ha tenido que ir al psicólogo, porque no hay manera de eludir el trabajo que te asignan los de Personal. Como él está la mayoría de los chicos de su edad; tú debes de ser un bicho raro, ¿no te has dado cuenta?. Los adultos ya se han resignado, y además no se les exigirá tanto. Pero los que hayan de empezar a trabajar durante los próximos años tienen todos un puesto determinado en la colonización. Cuando lleguemos, *Crisálida* empezará a despoblarse y al cabo del tiempo irán regresando los jubilados para pasar en paz sus últimos días. Pero nuestra forma de vida se acaba; con nosotros muere la civilización del ocio y el conformismo.

Martín Durán posó su mano en el hombro de Alfredo y lo miró fijamente, antes de continuar:

-Los polis tendréis que andar con siete ojos; creo que los destrozados habidos hasta ahora son sólo la punta del iceberg. Ocurrirán más, serán cada vez peores y los comerá gente que lleva muchos años estudiando lo que se necesita saber para perpetrarlos donde más duela -los demás se fueron acercando a ellos, y escuchaban atentamente-. No te quepa duda de que quieren obligarnos a tomar la decisión de abortar la maniobra de frenado y proseguir el viaje, pero estamos dispuestos a llegar a Prometeo aunque sea remando -los navegantes y el piloto asintieron solemnemente; no bromeaban.

* * *

Cuando regresaron a casa Rita estaba ya en la cama. Alfredo todavía tenía en mente las imágenes del fuego, la espuma que se solidificaba y luego adquiría un aspecto vítreo, como cristal negro dentro del cual aún refulgían furiosamente las brasas, que parecían amenazar con emerger con más ímpetu. Las afirmaciones de Martín tampoco contribuían a tranquilizar su espíritu.

Melchor Magán se sirvió un martini muy seco y se sentó en un sillón de la sala de estar. Permaneció unos instantes en silencio, sumido en sus pensamientos, hasta que pareció reparar en Alfredo, que miraba por la ventana en dirección al ya sofocado incendio. Melchor se levantó, fue hasta él y le pasó la mano por el hombro.

-Un día duro, ¿eh, hijo? Pues nos esperan otros peores. Tenemos que garantizar la seguridad de la nave, pero somos pocos y *Crisálida* es muy grande.

Alfredo salió de su ensimismamiento y miró a su padre.

-Los navegantes se ofrecieron a echarnos una mano...

-No me gusta la idea de nombrar ayudantes, en especial si se sienten tan implicados emocionalmente como aquel piloto. Lo malo es que los necesitamos; hay demasiados puestos a cubrir. Tendré que echar mano de la lista que Martín prometió enviarme por la mañana al despacho; apuesto a que será muy larga... Maldita sea, puede que incluso uno de los nuestros esté también en contra de finalizar el viaje, y simpatice con los sabotadores...

-Pero la Policía... -Alfredo lo miró, escandalizado.

-La mayoría es gente sensata, pero existe la posibilidad de que haya un infiltrado en nuestras filas, y corremos el peligro de ponerlo en un lugar de vital importancia. Odio reconocerlo, pero los navegantes son más de fiar. Se juegan mucho.

Alfredo permaneció en silencio, con la mirada baja. Melchor se hacía cargo de que sus palabras habían hecho mella en su hijo, pero si iba a convertirse en policía tenía que aprender a enfrentarse a la adversidad. Aún era muy joven, y le costaba comprender que la gente se corrompiera. Angelito. Apuró su copa y trató de que su voz sonara amable.

-Anda, vamos a la cama. Mañana las cosas no se verán tan sombrías, seguro.

* * *

Al día siguiente se convocó una reunión extraordinaria del Consejo de Ciudadanos. Tanto Melchor como Luisa y Martín estaban de acuerdo en que el tema era muy grave. Los demás, no; simplemente se negaban a aceptar que la situación fuera preocupante, y mucho menos que resultara necesario establecer medidas especiales de seguridad. Martín discutió incansablemente con varios consejeros y al final pareció desentenderse de la conversación. Era evidente que lo dejaba por inútil.

Había pasado sólo un día desde que Alfredo estuvo en esa misma sala para su nombramiento, pero ¡cómo había cambiado todo! Veía a los demás con nuevos ojos, o tal vez en aquellas pocas horas se hubiera vuelto un poco más cínico. Los del Consejo parecían empeñados en negar la evidencia, y se preguntó si ellos también estarían deseando que el viaje continuara. Se entretuvo en observar a los consejeros. «*Son calcados a personajes de las viejas caricaturas*». La mayoría tenía más o menos el aspecto de un tendero entrado en años y fondón, o de ama de casa acostumbrada a pasar la tarde viendo películas en la holovisión. Resultaba patético, si uno pensaba que era lo más parecido a un gobierno que existía en la nave.

Posiblemente, el que en *Crisálida* no hubiera un verdadero poder ejecutivo no era casual. En la nave no existían sociohistoriadores; estaba prohibido el estudio de esa ciencia hasta llegar a su destino para evitar que interfiriera en la misión. Pero era sabido por todos que la sociedad fue cuidadosamente planificada antes de iniciar el viaje para tener el máximo de estabilidad. Ignoraba de qué medios podrían haberse valido para lograr tal propósito, pero daba la impresión de que les habían dejado absolutamente faltos de iniciativa, especialmente política. *Crisálida* era una sociedad estancada, sin posibilidad de cambio, lo que aseguraba que no regresaría a la barbarie, como en otras generacionales donde la gente olvidó su misión y vagaba sin rumbo entre las estrellas. Quienes los enviaron prefirieron la estabilidad al riesgo.

Ahora que reflexionaba sobre ello, Alfredo no podía recordar que desde que tenía uso de razón se hubiera tomado una decisión importante a escala global. La función del Consejo parecía ser no la de gobernar, sino la de anular toda iniciativa individual. Si tal era su misión, lo cierto es que funcionaba a las mil maravillas.

La reunión acabó sin que se aceptara recomendación alguna, pero Melchor Magán insistió en recordarles que él podía adoptar las medidas que creyera oportunas para garantizar la seguridad. Finalmente se despidieron, tras llegar por mayoría de votos a la brillante conclusión de que era necesario constituir una comisión para estudiar el caso con más calma y no precipitarse al tomar decisiones que pudieran resultar desproporcionadas.

Alfredo se marchó con su padre, exasperado e incapaz de comprender tanta estupidez. Melchor no había logrado que aprobaran poner cámaras de televisión y sensores de alarma en los accesos a lugares especialmente vulnerables, y menos aún que sellaran temporalmente los recintos sin utilidad actual. El Consejo no debía ofender a los ciudadanos, haciéndoles creer que les tomaba a todos por delincuentes, había dicho Gimeno. Si alguien debía tener deseos de continuar el viaje era él: un ingeniero de sistemas de transporte no tenía ninguna tarea que realizar dentro de una nave generacional, excepto supervisar de vez en cuando que los vehículos públicos estuvieran en condiciones. Tras su llegada a Prometeo le esperaban muchos puentes que levantar, carreteras que trazar y aparatos nuevos por construir. Entonces iba a tener verdadero trabajo. ¿No era natural su escaso interés en detener a los saboteadores? Seguro que su respuesta habría sido distinta si los atentados fueran dirigidos contra objetivos necesarios para continuar el viaje.

* * *

Camino de la oficina, Melchor le explicó a su hijo la estrategia a seguir para atajar aquella crisis.

-Si queremos que la seguridad de *Crisálida* funcione de veras, podemos olvidarnos del Consejo. Me temo que durante los próximos días habré de concertar un sinfín de discretas entrevistas con la gente más influyente. Necesitaré persuasión y mucha mano izquierda, pero algo lograremos... Eso significa que tendré que delegar parte del trabajo entre mis subordinados, y tú eres uno de ellos -sonrió-. Lo más urgente es establecer turnos de vigilancia... -meditó unos instantes-. Creo que Marina y tú haréis un buen equipo, ¿no te parece?

El pulso de Alfredo se aceleró, y estaba seguro de haberse sonrojado, aunque trató de disimular. Juraría que el último comentario de su padre era un tanto malicioso. Al igual que el resto del personal masculino de la Comisaría, Alfredo se había enamorado de ella hasta las cachas, y eso que sólo la conocía desde ayer, cuando fue presentado a los que serían sus compañeros.

Marina de Paula era una mujer de veintipocos años; no podía considerarse hermosa aunque sí atractiva, o por lo menos espectacular. Sabía cuidarse y aprovechar su físico para atraer la mirada de los hombres, aunque lo más notable eran sus ojos de color azul claro. Alfredo no sabía si eran naturales o no, pero su padre le dijo que siempre la había visto con los mismos y los suponía auténticos; la sociedad de *Crisálida* no era propensa al empleo indiscriminado de la cirugía plástica, salvo los inevitables cursis. Era competente en su trabajo y había llegado a teniente, pese a lo cual no le molestaba servir una taza de café a su superior, Melchor, lo que a ojos de éste constituía su principal virtud en horas de oficina. Fuera de ella, Marina era la persona a la que solía recurrir para los trabajos duros o de alto riesgo, y que en la nave solían ser del tipo: «*Encarámate a ese tejado y baja al gatito sano y salvo*». Una excelente forma física y su afición al deporte le permitían salir airosa de estas situaciones. En cierta ocasión también había detenido a un borracho, e incluso una vez persiguió espectacularmente a un conductor temerario en vuelo rasante manual por encima de la ciudad.

Ya en su despacho, Melchor dedicó sus buenos minutos a deshacerse del papeleo habitual, empeñado en conquistar su mesa, y llamó a Marina y Alfredo. La teniente llegó con el informe de los bomberos sobre el último sabotaje, un documento nada tranquilizador. La cantidad de protecciones que los delincuentes habían desactivado para acceder a la fábrica sin ser descubiertos ponía los pelos de punta: cámaras de televisión, radar, barreras automáticas que solo podían abrirse con tarjetas especiales, cuyos propietarios podían demostrar en todos los casos haber estado en otro sitio esa noche... En suma, un sinfín de defensas automatizadas que se habían revelado completamente inútiles.

-Deberíamos tomar otras medidas de seguridad -propuso Marina-. Es evidente que pueden anular las actuales a través de los ordenadores, y no creo que seamos capaces de impedir el acceso a determinadas funciones de la computadora central de la nave. Cada vez que hagamos algo para ponerles trabas, ellos irán diez pasos por delante. Lo mejor sería colocar vigilancia humana en los lugares más importantes.

-Eso mismo piensan los navegantes, y tienen razón, pero las instalaciones a proteger son demasiadas y tenemos pocos efectivos.

-Hay algunos que parecen deseosos de echarnos una mano en este asunto -Alfredo se acordó de aquel piloto que acompañaba a Martín la noche pasada.

-¡Desde luego que están dispuestos a ayudarnos! -Marina puso sobre la mesa una lista que sacó de la misma carpeta en la que había traído el informe de los bomberos. Se trataba de una transmisión electrónica certificada con más de doscientos nombres, números de identificación y firmas-. Casi todos son pilotos, navegantes o ingenieros relacionados directamente con las tareas de la nave. Parece que se mueren de ganas de cortar de raíz estos incidentes.

Melchor estuvo unos minutos leyendo la lista y sonriendo a veces, cuando encontraba

algún nombre conocido que no había esperado que estuviera allí. Parecía una relación de gente cabal y responsable. Sin pensarlo más dijo:

-¿Queréis encargarnos de organizarlos y distribuirlos en lugares estratégicos? Yo voy a estar demasiado ocupado para eso.

El rostro de Marina se iluminó de repente. Por fin se enfrentaba con una tarea realmente importante. Alfredo también asintió con entusiasmo.

-Tendréis que buscar la ficha de cada uno -prosiguió Melchor-; eliminad a los que no parezcan bastante serios o presenten el más mínimo antecedente penal, aunque sea exceso de velocidad en bicicleta. Alfredo tiene buena mano a la hora de manejar ordenadores, y yo os daré carta blanca para hurgar en los archivos. Luego los reunís, les decís lo que exigimos de ellos (procura que se lo tomen en serio, Marina) y los distribuís por turnos. Quiero que los objetivos más importantes estén bajo el control de nuestra gente; en los demás, siempre que se pueda, habrá al menos un policía. Los equipos integrados exclusivamente por voluntarios serán ubicados en los sitios más tranquilos. Recordad que tiene que haber guardia día y noche. Aun así no podremos cubrir todos los puntos. Es mejor que vigilemos menos, pero a conciencia. En fin, ocupaos de los detalles y mantenedme informado; quiero estar al tanto de cómo va todo.

Marina se marchó rebosando alegría y pisando fuerte, con Alfredo tratando de seguir su ritmo. Nada más verla salir del despacho, los agentes supieron que sus vidas empezaban a complicarse.

* * *

Por la tarde ya habían reunido a todos los voluntarios, y tenían otra lista con cincuenta nuevos nombres que también se ofrecían desinteresadamente como ayudantes a la Policía. Tras la oportuna investigación, aceptaron a todos los que se presentaron. Al parecer los navegantes realizaron previamente una revisión de los candidatos, eliminando a los sujetos exaltados o menos dignos de confianza. En la segunda lista también figuraban ciudadanos normales, no vinculados a la dirección de la nave, pero que consideraban un deber velar por la seguridad de ésta.

Finalizada aquella tarea preliminar, la opinión que Marina tenía sobre Alfredo había cambiado notablemente. El muchacho no resultó ser el niño de papá que había temido, sino un individuo competente que se esforzaba por hacer las cosas bien. Sin su ayuda, ella se habría perdido en el aluvión de datos que iba surgiendo de los archivos. Desde luego, el mozo sabía buscar y organizar la información; no estaba resultando un mal fichaje. Cuando lo felicitó por su trabajo y le dio unas cariñosas palmadas en la espalda, él se puso colorado como un tomate. Eso la halagó; sabía que hacía estragos entre los más jóvenes. Angelito, qué tierno. En fin, ahora era su turno.

Después de una breve explicación, Marina dejó que uno de sus hombres leyera los nombres de los miembros de cada grupo y luego los objetivos a cubrir. Asimismo, habría un retén permanente, día y noche, al lado de los vehículos, para acudir al primer lugar donde hubiera problemas. Luego se repartieron uniformes reglamentarios y armas eléctricas, lo que dejó asombrados a todos los presentes.

-Los uniformes son de nuestra gente, pues como es natural no teníamos tiempo de confeccionar unos nuevos. Les agradecerán que no los ensucien demasiado, para evitar luego disgustos en sus hogares -risas-. Las pistolas fueron retiradas hace cinco años siguiendo el plan de renovación continua del material. Me han asegurado que funcionan perfectamente; por eso estaban guardadas en un almacén y no habían sido llevadas a la planta de reciclaje. Aunque se las demos ahora, no quiero que ninguno de ustedes las desenfunde antes de haber recibido adiestramiento adecuado, lo que ocurrirá esta misma tarde. Deben saber que teóricamente estas

armas no matan, pero pueden provocar un paro cardíaco si son empleadas a plena potencia, o un solo individuo recibe varios impactos seguidos. No quiero que eso ocurra; les prohíbo tajantemente incluso amenazar con ellas salvo en caso de extrema necesidad.

Aquella tarde fue bastante movida. Marina consiguió que todos los voluntarios fueran entrenados en el manejo de armas y radios individuales del modelo oficial. Cuando consideró que podían moverse sin tropezar consigo mismos, les presentó a los que serían sus superiores en tanto durase la emergencia. Después de un refrigerio salieron los grupos que debían empezar a vigilar. Algunos voluntarios tuvieron que llamar apresuradamente a sus casas para cancelar algún compromiso o simplemente avisar que no irían a cenar.

* * *

-Púlsar uno a púlsar dos, ¿me oyes?

Ignacio dejó a un lado el bocadillo y se limpió las manos con el pañuelo antes de coger el transmisor para responder. Era un voluntario al que había tocado el turno de día, que ahora estaba acabando. De hecho el sol estaba en pleno tránsito hacia su estado de luna, con lo que la luz se extinguía rápidamente.

-Púlsar uno a púlsar dos, ¿me oyes o qué?

-¡Sí, sí, ya! ¿Qué quieres, Ramón, digo, púlsar uno? -respondió al fin Ignacio.

-Movimiento sospechoso a las tres y media, a unos quinientos metros. Posible intento de asalto a nuestra posición. ¿Ves algo?

Ignacio agarró los binoculares y miró en la dirección que le indicaba su compañero. Sólo divisaba hierbas altas y algunos insectos que aún revoloteaban cazándose unos a otros.

-No detecto nada.

-Creo que se está desplazando hacia tu izquierda, y puede que haya más de uno. Ven hacia donde estoy sin dejarte ver.

Dio un último mordisco al bocadillo antes de dirigirse hacia su compañero. Cruzó un pequeño aparcamiento para camiones dando una carrerilla semiagachado, tratando de pasar desapercibido, tal como había visto en las películas. Luego se arrastró unos metros hasta alcanzar el puesto de su amigo. Cuando se levantó y llegó a su lado vio que estaba concentrado examinando un punto con sus prismáticos.

-Mira, allí están. Pretenden entrar en la factoría por detrás. ¡Qué ingenuos! Debían de creer que no estaríamos vigilando el pantano.

-¿Eso es el pantano? ¿Cómo pueden venir por allí?

-No seas simplón... Habrán robado un bote en el embarcadero que hay detrás de la escuela, o qué sé yo.

Ignacio dirigió sus prismáticos hacia la escuela, un edificio de estilo hiperclásico de piedra y sintiacero multicolor. No había nadie a la vista y era lógico que así fuera. Las clases habían terminado mucho antes.

-Vamos a por ellos -susurró Ramón.

Alcanzaron una esquina del edificio principal con una corta carrera. Luego anduvieron pegados a la pared, cubiertos por los almacenes que lindaban con el pantano. Entraron por una puerta de emergencia a la factoría y la atravesaron para salir cerca de donde Ramón creía que se dirigían los presuntos saboteadores.

-Allí hay un desnivel que les permitirá desembarcar a cubierto de cualquiera que vigile desde la factoría -dijo, señalando los límites de una pequeña explanada donde abundaban los árboles y arbustos bajos.

-Entonces podemos esperarlos aquí hasta que salgan al descubierto -sugirió Ignacio.

-¡Estás loco! Son capaces de arrojar una bomba desde el desnivel y hacernos saltar en

pedazos, o arrastrarse entre los arbustos sin que los veamos. Eso sería muy fácil ahora que apenas hay luz.

-Ramón, no exageres... -Ignacio tragó saliva; aquello iba en serio.

-Estamos aquí porque han convertido una fábrica en escombros, no lo olvides -dicho esto, desenfundó su pistola eléctrica.

-Pero Ramón, no seas bestia; ya oíste a la teniente...

Ramón lo cortó con una severa mirada:

-Este no es momento para titubeos, sino para la acción.

Acto seguido empezó a avanzar cautamente y sin el menor ruido hacia el desnivel. Ignacio le seguía. También había desenfundado su pistola, más que nada para no hacer el ridículo, pero se cercioró de que tuviera el seguro puesto. Le podría haber tocado otro compañero menos heroico, caray.

La luz se había reducido ya al mínimo. Cuando apenas estaban a mitad de camino escucharon un rumor que venía del agua. Un bote se acercaba. Al cabo de unos instantes lo oyeron chocar contra la orilla; un roce suave, como el de quien no desea ser descubierto. Los dos vigilantes estaban en máxima alerta. La tensión que flotaba en el ambiente era tan densa que podía cortarse con un cuchillo. A Ignacio le sudaban las manos y la cara, pero no se atrevía a secarse con el pañuelo en aquel momento. Ramón se movía como un felino, silencioso y preciso hacia su presa, como una sombra resbalando entre las tinieblas.

Oyeron algunos ruidos más, muy pocos. Quizá estaban desembarcando; sí, eso debía de ser, quedas pisadas que avanzaban en la oscuridad. Llegaron casi al borde de la explanada. Unos pocos metros les separaban del desnivel y en ese corto espacio quedarían al descubierto. Ramón se acercó a su compañero y pegando los labios a su oreja le susurró:

-Prepara la linterna y gradúala a la máxima potencia. Y abre el foco para que ilumine un buen ángulo. Saltaremos sobre ellos por sorpresa, barreremos todo lo de abajo con la luz y los descubriremos y cegaremos al mismo tiempo. Al primero que se mueva para huir o trate de dispararnos lo frías. Ahora prepárate y queda atento a mi señal. Cuando imite a un búho saltamos los dos al mismo tiempo.

-¡Uhu! -dijo un búho desde lo alto de un árbol.

Se miraron a la cara durante un largo instante.

-Bueno, dadas las circunstancias será más prudente cambiar de contraseña. Cuando chasque los dedos dos veces, ¡acción!

Ignacio asintió con la cabeza. Nuevos ruidos delataron la presencia de extraños en el lugar, unos leves susurros, como si alguien cuchicheara. Vigiló a su compañero atento a la señal. Ahora percibió un rumor de hierbas; los saboteadores debían de estar a punto de encaramarse hasta la explanada. Agarró con fuerza la pistola y la linterna que su propio sudor volvía resbaladizas.

Dos chasquidos de dedos; dos hombres se levantaron a la carrera y recorrieron escasos metros a toda velocidad.

-¡Alto, manos arriba! -gritó Ramón a pleno pulmón.

-¡Manos arriba! ¡Manos arriba! -chilló también Ignacio, apuntando linterna y arma, justo para descubrir, semioculto por las matas, que un pequeño barranco se abría a sus pies.

Por desgracia, Ramón iba a demasiada velocidad y no tuvo suficiente espacio para frenar. En un medio segundo que pareció interminable, sus botas resbalaron con un crujido áspero sobre la arena y sus pies perdieron contacto con el suelo para situarse sobre un vacío de tres metros. Cayó dando un grito desgarrador. La linterna voló por los aires y sin querer disparó el arma, acertando de lleno a un Ignacio atónito que miraba sin saber qué hacer a los dos adolescentes desnudos, una chica pecosa de unos catorce años que gritaba histérica por el sobresalto y encima de ella un chico moreno, con un gesto de estupefacción pintado en su cara. Se desplomó sobre

ambos al ser alcanzado por el disparo de su compañero.

Ramón aullaba de dolor con una pierna rota, Ignacio se había desmayado a resultas del choque eléctrico, la chica aún gritaba débilmente, a pesar de que la cabeza de Ignacio había golpeado sus costillas al aterrizar dejándola sin aliento, y el chico trataba de calmarla y ayudar a los caídos, pero tenía un brazo fracturado y atrapado por el cuerpo del vigilante.

* * *

Sobre la mesa de su despacho, Melchor repasaba éste y otros informes igualmente poco gloriosos acerca de la primera noche de vigilancia intensiva. La teniente Marina parecía la viva imagen de la desolación pese a que nadie, en ningún momento, la había culpado de nada. Alfredo había tratado de darle ánimos, pero ella se había tomado aquello como un fracaso personal. En realidad sólo hubo problemas en puntos controlados por voluntarios; allí donde vigilaban policías profesionales no había ocurrido percance alguno.

-Vamos, mujer, ánimo -dijo Melchor-. Los acontecimientos nos han hecho ir demasiado acelerados, pero no hay nada que una buena cura en el regenerador del hospital no arregle en pocas horas.

-Usted no ha visto como quedó la pobre chica. Encima de que la chafaron, han tenido que someterla a tratamiento psicológico inmediato. Y el chico... Tuvo que darle un puñetazo a ella para que cesara de gritar, luego cargó los tres cuerpos en el bote él solo, a pesar de tener un brazo inútil, y se vio obligado a remar hasta el embarcadero de la escuela. Suerte que tenía unas monedas para llamar al hospital desde la cabina que hay al lado de la puerta. Los pobres sólo querían pasar un rato en la intimidad, darse un achuchón a la luz de la luna, y mira... Qué desastre -bajó la cabeza, abatida.

-Cuando tenga un momento iré a ver a ese muchacho para felicitarlo por su actuación -lo pensó un momento-. También debería pedirle disculpas en nombre del Cuerpo, supongo. Tendremos que condecorarlo -suspiró y continuó leyendo informes.

Unos vigilantes se habían empeñado en patrullar por los alrededores de su área en vuelo rasante y conducción manual. Chocaron contra una farola apagada al doblar una esquina en el club náutico del lago Baikal y el coche acabó con el morro clavado en el barro del fondo, maldiciendo a sus pilotos y profiriendo injurias irreproducibles contra todos los polis aficionados. Alfredo trató de imaginarse lo que sería capaz de hacer P-151 si alguien lo revolcara por el lodo y la idea le produjo un escalofrío. Sería mejor que aquellos dos se mantuvieran lejos de los coches patrulla por mucho tiempo.

Tras cada comentario a los diversos incidentes, algunos de ellos bastante ridículos, Marina se hundía más en la silla, afligida. Al final, Melchor se apiadó de ella y dejó los papeles a un lado.

-En fin -suspiró-, confiemos en que actúe la selección natural y los vigilantes que nos queden sean más espabilados. Tampoco tenemos mucho más donde elegir...

Se hizo el silencio en la oficina. En el aire flotaba la evidente pregunta: ¿cuál sería el próximo golpe de los sabotadores?

* * *

Por la tarde recibieron una llamada de Martín, quien parecía haberse erigido en representante de los navegantes en el asunto de los sabotajes. Apareció en la pantalla con una sonrisa más falsa que una moneda de corcho. Lucía una camisa de flores y gafas de sol y estaba en una terraza, seguramente en alguna urbanización. Le dijo a Melchor que necesitaba entrevistarse urgentemente con él y quedaron en el club de tenis. Insistió mucho en que fuera

pronto y se citaron para una hora más tarde.

Melchor, tras desconectar el videófono, pareció meditar unos instantes. Finalmente miró a su hijo y esbozó una sonrisa.

- Prisas, prisas... Alfredo, ¿qué te apuestas a que se trata de una fantasía de ese detective aficionado? ¡Menudo pesado! Bien, él no dijo que quisiera verme a solas, así que me acompañarás. El club de tenis nos pillará de camino a casa; le ahorraremos a P-151 que tenga que volver a recogerte.

* * *

Nada más cortar la comunicación con la Policía, Martín se levantó, se quitó la camisa que le habían prestado y las gafas de sol. A su espalda el paisaje desapareció y en su lugar sólo quedó la fea superficie gris de una pantalla apagada.

-Ahora hay que actuar con la máxima precisión. Seguramente llegará antes de una hora y hay que estar preparados. Quiero una buena caza, sin fallos.

Terminó de ponerse la chaqueta gris y luego se aseguró de que no se notara el bulto de la pistola sujeta bajo su cinturón. Varios hombres vestidos de modo tan discreto como él le siguieron con paso rápido.

* * *

El club de tenis ya no era un lugar de moda, aunque algunos despistados seguían practicando ese deporte y siempre había alguna cancha ocupada. Melchor y Alfredo se dirigieron al local social, un coqueto palenque en el que soplaba una suave brisa artificial. Tomaron asiento en una mesa y Melchor, después de pensárselo un poco, invitó a su hijo a un kalk con hielo pilé; un robot de servicio lo trajo al instante. Era una bebida típica del planeta natal de *Crisálida* con poco alcohol y sabor picante; no quería ser acusado de llevar a Alfredo por el camino de la dipsomanía. Al menos, no estaba bien visto en aquella sociedad tan mojigata.

Como faltaban quince minutos para la hora convenida, Alfredo se dispuso a saborear su kalk y observar el paisaje y el paisanaje, que para eso era policía. Había varios grupos de personas hablando en diversos lugares. Unas iban vestidas con ropa deportiva y otras no. No hizo mucho caso, al menos hasta que notó que dos parejas habían empezado a moverse hacia ellos desde lados opuestos, al mismo tiempo y aparentemente por mero azar. No tenía motivo para alarmarse y no lo hizo, hasta que una chica que contaba un chiste a su pareja dejó de sonreír y con un rápido gesto le apuntó con una pequeña arma aplanada.

Alfredo quedó paralizado por el estupor. Antes de que pudiera reaccionar, su padre se arrojó sobre él, lo tiró al suelo y lo cubrió con su cuerpo, mientras una descarga de energía golpeaba el mármol de la mesa, destrozándolo y haciendo estallar en mil pedazos el vaso con el refresco. Antes de que Melchor pudiera incorporarse y defenderse con su arma reglamentaria se oyeron varias detonaciones, y Alfredo vio a la chica volar metro y medio por el aire y caer desmadejada. Varios hombres aparecieron de todas partes al mismo tiempo para dar cuenta de los asaltantes, aunque dos de ellos llegaron a disparar y uno hizo blanco en el que había derribado a la chica. Por fortuna el hombre iba bien provisto, y el chaleco antibalas pudo disipar la energía del proyectil explosivo, a costa de quedar hecho unos zorros y dejar a su propietario conmocionado, aunque ileso.

El incidente había sido tan rápido que Alfredo todavía estaba intentando hacerse cargo de qué pasaba cuando todo hubo terminado. Los hombres que aún restaban en pie se apresuraron a guardar o apartar las armas para dar a entender que no eran enemigos suyos, y atendieron a su compañero. Martín se acercó a ellos desde atrás, saliendo del bar del club.

-Supongo que ahora viene la explicación -se limitó a decir Melchor con mirada hosca. Una vena latía con fuerza en su sien y resultaba evidente que hacía un verdadero esfuerzo para contenerse.

-¡Por fin hemos capturado a unos cuantos! -Martín sonrió; esta vez la alegría parecía sincera-. Ya hemos avisado a tus hombres para que vengan y también a un par de ambulancias. No te preocupes por éstos que han caído. Nuestras armas no matan, solamente te sacuden un poco.

-Por lo que veo los otros no son tan delicados -respondió, mirando la mesa destrozada.

Martín fue a replicar con un comentario jocoso, pero para sorpresa de los presentes, Melchor le propinó un soberbio puñetazo en la mandíbula. El navegante reculó por la fuerza del golpe, y si no llega a ser por una mesa, hubiera dado con sus huesos en el suelo.

-¡Has puesto en peligro mi vida y, lo que es peor, la de mi hijo, maldito estúpido! - Melchor estaba hecho una auténtica furia, la cara roja por la ira; los compañeros de Martín, desconcertados, no se atrevieron a intervenir-. ¡Esto no es un juego! Esos tipos dispararon a matar, ¿no te das cuenta? ¡Tu manía de ejercer de poli aficionado ha estado a punto de mandarnos al otro barrio, y eso es algo que no voy a consentir! Me tienes harto, ¿te has enterado?

Martín sacudió la cabeza y se llevó la mano a la barbilla. Intentaba sonar conciliador:

-Queríamos avisarte, pero no podíamos hacerlo sin que ellos se enterasen y teníamos que capturar alguno. Tampoco ha habido tiempo para trazar planes muy brillantes -hizo una señal a sus hombres, que se apartaron unos metros- Y no esperaba que trajeras al chico contigo.

Alfredo le lanzó una mirada asesina. Tras el susto pasado, estaba comenzando a experimentar un acceso de ira contra aquel sujeto pretencioso. Fue a replicar, y no precisamente con buenos modos, pero su padre se le adelantó:

-Y aunque hubiera venido solo, caramba; esto no se le hace a un amigo... -Melchor respiró hondo, intentando calmarse-. Mi hijo es un policía, y mi ayudante personal; su deber es acompañarme. Y en cuanto a ti... Espero que hayas tenido un buen motivo para involucrarnos en esta celada -concluyó, con mirada severa y cara de juez.

Martín compuso un gesto de disculpa y comenzó a explicarse a Melchor como si Alfredo fuera un mero comparsa en una conversación entre adultos. El muchacho, herido en su orgullo, estaba a punto de estallar, pero se contuvo para no afrentar a su padre y enturbiar aún más el ambiente.

-Verás, jefe, hemos descubierto que los saboteadores coordinan sus actividades directamente desde la red central de ordenadores. Ya sabes que hay diversos niveles de acceso: los constructores no iban a permitir que un escolar detuviera la rotación de la nave desde su casa o que a un borracho le diera por activar los motores de frenado un par de siglos antes de llegar al destino. El caso es que entre esos tipos, que parecen bastante bien organizados, debe de haber varios situados en puntos clave, pero ninguno con una tarjeta capaz de acceder a la última categoría. Ésas sólo las tienen gente como tú, que eres jefe de Policía, o el comandante de la nave, el alcalde y pocos más.

-¿Para qué tanto interés en mi tarjeta?

-Porque estamos instalando nuevas contramedidas que no pueden ser desconectadas desde los niveles en los que operan ahora. Lo saben y tienen prisa: quieren conseguir el acceso al último nivel de seguridad a toda costa. Para ello les basta con robar la tarjeta y dársela a un experto, y seguro que alguno colabora con ellos. Si es rápido, obtendría toda la información necesaria antes de que estuviéramos preparados -hizo una pausa-. Ten en cuenta que es cuestión de días el inicio del acoplamiento a la órbita de Prometeo y vamos a decelerar de tal modo que pronto será irreversible. Tenemos motivos para creer que planean un sabotaje a los generadores centrales de ondas gravitatorias. Sin ellos ya sería demasiado tarde para maniobrar, puesto que el tirón de los motores al encenderse destrozaría la nave. Para reducir velocidad sin compensación gravitatoria tendríamos que haber empezado hace un par de años, o llevar a toda la población a

proa y frenar durante meses a varias gravedades. Sea como sea es cuestión de pocas fechas que sepamos lo que va a ocurrir: si todos los sistemas vitales siguen intactos, aleluya, pero si logran dañar partes vitales tendremos que seguir el viaje hasta Herculano. Total, ¿que son doscientos años más o menos? -concluyó con sorna.

-Y eso justifica el no apercibirme del peligro...

-Evidentemente. Tienen intervenidos los números que les interesan, incluido el tuyo; por desgracia, desconocemos quién pincha los videófonos. Fíjate que sabían dónde ibas a estar después de mi llamada, y te aguardaban aquí. También averiguamos que alguien acababa de dar la orden de conseguir *a cualquier precio* una tarjeta como la tuya. Por desgracia acaban de volver a cambiar el código y el modo de transmisión. Solamente nos llegamos a enterar de un diez por ciento de lo que transmiten. Hemos puesto una escolta discreta a todos los que están en tu situación. En fin, dado que hemos cogido a éstos -señaló a los caídos-, en cuanto se repongan y confiesen tendremos a sus cómplices, y caso solucionado.

-Gracias por dignarte informarme...

-No te sulfures, jefe -Martín sonrió de nuevo y se puso la mano izquierda sobre el corazón-. Te prometo solemnemente que estos malentendidos no volverán a ocurrir.

-Suerte que la otra mano está a la vista, o creería que tienes los dedos cruzados. Mira, si hubierais compartido esos datos con nosotros, tal vez los saboteadores...

Pero Martín ya se había desentendido de la situación. Les dio la espalda y se puso a hablar con sus compañeros. Melchor miró a Alfredo, y no pudo evitar sonreír al ver la cara de cabreo de su hijo.

-¿Te molesta su prepotencia? Tranquilo -le puso la mano en el hombro-. Esto no va a quedar así.

Se escuchó una sirena de policía que se acercaba volando a toda velocidad. Poco después empezaron a oírse otras más, algunas de tonalidades distintas: las ambulancias. Tan poco como llegaron sus hombres Melchor ordenó arrestar a todos los presentes, Martín inclusive, y despidió a éste con una sonrisa de oreja a oreja.

-Unos cuantos días a la sombra le vendrán bien, ¿no crees, Alfredo? Anda, hijo, vámonos a casa. Por hoy ya estoy harto.

* * *

Rita era muy discreta cuando su marido tenía problemas, y esa noche no cabía duda de que estaba preocupado. Apenas había hablado durante la cena, ni había comido gran cosa. Cuando le pareció oportuno se sentó a su lado en el sofá, y pasándole la mano por el pelo le dijo:

-¿Por qué no me lo cuentas?

Los pequeños ya se habían acostado, después del bullicio habitual, y se respiraba un ambiente distendido, propicio a la confesión. Alfredo se fue a un rincón y fingió hojear un videolibro, tratando de pasar desapercibido y enterarse de la conversación de sus padres.

Melchor volvió la cara hacía Rita con mirada ausente. Su mente estaba muy lejos de allí en aquellos momentos y tardó unos segundos en entender de qué le hablaba.

-Verás -respondió al fin-, han tratado de matarme y lo que tal vez sea peor, puede que los navegantes me hayan usado como cebo -a continuación le relató todo lo sucedido horas antes-. Cuando decidimos vivir juntos nadie pensó que mi trabajo pudiera ser peligroso. Ahora me doy cuenta de que las cosas no son siempre tan sencillas y que puede que un día no regrese a casa. Y lo que es peor, he puesto en peligro a Alfredo, algo que no puedo perdonarme. Esta noche pensaba en ti y en los niños. Ellos tienen derecho a que haya un padre a su lado mientras crecen, para ayudarles a salir adelante, sobre todo ahora que tanto va a cambiar.

-Te entiendo, pero no debes permitir que estos pensamientos te impidan enfrentarte a tu

trabajo. Los niños no sólo te necesitan como padre; también les haces falta como policía. Ayúdalos a llegar a Prometeo; tienen derecho a ese mundo, les pertenece. La nave se construyó para que pudiéramos dárselo y muchas generaciones han vivido encerradas aquí dentro con la esperanza de que nuestros hijos recibirían un planeta para moldearlo según sus deseos, para hacer de él un paraíso.

Melchor no pareció animarse, aunque reclinó su cabeza en el regazo de su mujer, como si necesitara un poco de cariño. Alfredo decidió dejarlos solos y marcharse en silencio a su habitación. A pesar de los sobresaltos y los desaires de Martín, hoy había sido un día muy especial. Podría decirse que había visto con nuevos ojos a su padre. Ya no era simplemente el cabeza de familia, una presencia tranquilizadora en casa, sino un hombre valiente y abnegado que luchaba por el futuro de todo un mundo, y cargaba a sus espaldas con una enorme responsabilidad. Y también le había salvado la vida, protegiéndolo con su cuerpo cuando les dispararon. Sí, podía sentirse orgulloso de él.

* * *

A la mañana siguiente Melchor estaba de un humor de perros. Todos los navegantes con los que intentaba entrevistarse eludían hablar con él arguyendo los pretextos más ridículos. Dos no estaban localizables, uno tenía demasiado trabajo y la secretaria se negaba a avisarle, otro no respondía a las llamadas y así sucesivamente. Al parecer los superiores de Martín Durán eran demasiado importantes para conceder su tiempo a la Policía. Pero la gota que colmó el vaso fue una nota, aparentemente irrelevante, que apareció en la pantalla cuando revisaba sus archivos: Martín Durán había sido puesto en libertad hacía unos minutos con una orden firmada por el auxiliar del juez.

-¡Marina!

El inesperado grito puso en guardia de repente a todos los agentes que estaban cerca del despacho. La teniente Marina llegó corriendo y con la alarma reflejada en la cara, seguida de un no menos asustado Alfredo. Marina miró a todas partes de la habitación antes que a su jefe, como si esperase hallar un horrible peligro allí dentro. Consciente de haberse pasado un poco, Melchor trató de ser más comedido:

-Quiero que prepares a todos los hombres disponibles para efectuar varias detenciones inmediatamente. Mientras consigo las órdenes del juez, empieza a localizar a estos individuos. Si es preciso ponte dura -al decir esto le había dado las fichas de Martín Durán y todos los navegantes con quienes había tratado infructuosamente de hablar.

La orden fue acogida con alegría, ya que significaba actuar contra un objetivo concreto, en vez de aguardar a que los saboteadores los volvieran a dejar en evidencia. Una vez de nuevo solo en su despacho, Melchor revisó su agenda y marcó un número en el teclado.

El juez Fernando Aro era un viejo conocido, y por lo tanto sabía que tenía que existir una buena causa para que el jefe de Policía le requiriera tantas órdenes de detención. Sin embargo, no podía evitar que la sorpresa se reflejara en su cara mientras examinaba las peticiones que aparecían en el tablero interactivo de su mesa de despacho. Varias medidas de seguridad muy especiales estaban siendo empleadas para evitar que nadie interfiriese las comunicaciones.

-Compréndelo, Melchor, si detienes a esta gente vamos a tener que terminar la maniobra de frenado sacando la mano por una escotilla y esperando que haya algo donde agarrarse. Varios de esos navegantes dirigen personalmente toda la operación.

-Han tratado de asesinarme junto con mi hijo, se está hablando de un complot organizado, nos emplean como cebo y el primer detenido resulta ser puesto en libertad antes de que pueda informarte de los cargos que pienso presentar contra él. Debes reconocer que como mínimo el asunto merece una investigación en regla.

Fernando Aro era un hombre maduro, voluminoso y con papada, que presumía de vestir impecablemente y tenía un don de gentes que le hacía especialmente digno de su puesto, dedicado a solventar los asuntos leves que solían plantearse a un juez en *Crisálida*. Las cuestiones de mayor envergadura, sin embargo, parecían hacerle dudar un poco. En realidad su personalidad podría considerarse similar a la de una esponja: cedía fácilmente cuando le apretaban y se expandía mostrando toda su simpatía cuando se le dejaba en paz. Melchor, por su parte, estaba decidido a salirse con la suya y empezar a actuar con la mayor energía.

-Fernando, a menos que obremos con rapidez no podremos atajar esto a tiempo. Parece como si los navegantes se hubieran enzarzado en una batalla particular con los saboteadores, y necesariamente ha de acabar mal. No me opongo a que ellos tomen parte en la cacería, pero lo que no puedo consentir es que actúen al margen de la ley. Creen que con la captura de aquellos terroristas del club de tenis han solucionado el problema, pero yo no soy tan optimista. ¿Y si el enemigo sigue al acecho? ¿Qué garantías tenemos de que no se repetirán estos enfrentamientos en el futuro, arriesgando vidas ajenas? Déjame que detenga a esos navegantes; luego los visitas cuando estén en el calabozo y hablas con ellos. Puedes dejarlos en libertad provisional en cuanto se comprometan a colaborar. Si veo que tratan de ayudar, o por lo menos no ponen más obstáculos, no presentaré ningún cargo y aquí no ha pasado nada.

-De acuerdo -dijo al fin Fernando-. Lo cierto es que han vulnerado suficientes leyes para que su detención esté plenamente justificada: esa trampa que te tendieron, escamotear información a la Policía, uso indebido de armas, agresión a ciudadanos... Quizá pueda añadir algunas infracciones cuando investigue un poco más -examinó la concesión de libertad a Martín Durán que había sido expedida irregularmente-. Bien, tráemelos y yo me ocuparé del resto.

-Los tendrás al firmar las órdenes -le aseguró Melchor- y, sobre todo, recuerda que el tiempo apremia. En cuanto te los envíe, apriételes las clavijas. Si es preciso díles que les acusaré de intento de asesinato sobre mi persona y la de Alfredo, lo que sea con tal que nos lo cuenten todo.

Fernando sonrió levemente al mirar uno de los nombres.

-A este puede ser muy divertido someterlo a un interrogatorio severo.

-¿Por qué?

-Es mi yerno -nada más decir esto empezó a firmar las órdenes de detención con aire risueño.

* * *

Marina había enviado sus hombres a todas las direcciones que le diera Melchor, y ella misma estaba en su coche patrulla, esperando que llegara la orden para detener a uno de los peces gordos de la oficialidad de la nave. De acuerdo con sus averiguaciones a través de la red de ordenadores, aquel sujeto había empleado su tarjeta de transporte para que una cabina urbana, con capacidad de desplazamiento horizontal por el subsuelo, le llevara de su despacho a uno de los pocos restaurantes de la ciudad. Había sido un acierto incluir a Alfredo en el equipo. Con un ordenador portátil y los códigos policiales de acceso, el chico era capaz de encontrar una aguja en el pajar llamado *Crisálida*. Además, era divertido (y la halagaba) ver la cara de cordero degollado que Alfredo ponía cada vez que trabajaba junto a ella. Era consciente del efecto devastador de sus encantos en aquella pobre criatura, y de que todos, a excepción del implicado, se habían dado cuenta y bromeaban a sus espaldas. La verdad es que, si se lo proponía, podría hacer con él lo que le viniera en gana, pero había llegado a apreciarlo como compañero, y odiaría hacerle daño. Tal vez en el futuro tendría que pararle los pies, para que dejara de seguirla como un patito a su mamá, pero de momento tenía otras preocupaciones en mente. Lavar el buen nombre de la Policía, por ejemplo.

Delante de la llamativa fachada de estilo vidrioso tardío, que le recordaba un frutero tallado por un artesano beodo, Marina veía pasar la gente afanándose en sus tareas cotidianas. También había muchos niños por la calle. Algunos de ellos iban tirándose las mochilas los unos a los otros y todos estaban radiantes de alegría. Aquel curso escolar terminaba un mes antes de lo habitual, debido a la llegada a Prometeo. Luego, una vez normalizada la situación (y eso dependía de que desarticularan la red de saboteadores), volverían a clase y recuperarían ese tiempo, pero quedaban algunas semanas, y a los siete o diez años eso equivale a una eternidad. A Marina, aunque por otros motivos, los minutos también se le hacían eternos.

Por fin llegó la orden, y un papel oficial y autenticado salió de la impresora de su vehículo. Al mismo tiempo, Alfredo le dio un golpecito en el hombro y señaló la pantalla del portátil. El pez había pedido una cabina de transporte para marcharse de allí, y ésta ya había sido enviada.

Furiosa con su perra suerte, Marina no se lo pensó dos veces y le cedió a Alfredo una clave que, según Melchor, sólo podría ser empleada en caso de urgencia. Se jugaba el puesto al revelar información no autorizada, pero confiaba en que el muchacho no se la guardaría para emplearla con fines perversos. Desde el portátil, Alfredo pudo acceder a información normalmente vedada al público, como era el desplazamiento de vehículos privados. La intimidad era sagrada en *Crisálida*, pero no era momento de andarse con escrúpulos. Pidió un plano del interior del edificio que señalara adónde se dirigía la cabina. El ordenador generó un holograma a los pocos segundos, y nada más verlo Marina salió corriendo hacia el restaurante. Dos miembros de una patrulla que acertaron a pasar por allí en aquel momento la siguieron, al tiempo que desenfundaban sus armas, y Alfredo se fue tras ellos, intuyendo una catástrofe. Estuvo a punto de sugerirle a Marina que podrían detener a aquel tipo más tarde y en un sitio más discreto, pero no tuvo tiempo. La teniente quería actuar, desahogarse de la frustración acumulada, mostrar contundencia y eficacia.

Los niños, emocionados por la inesperada representación, les vitorearon y aplaudieron. Un padre de familia que registraba los primeros pasos de su hija con una holocámara se percató de lo que ocurría y se lanzó tras ellos, siguiendo la milenaria costumbre de los videoaficionados de meterse donde no les llaman.

Marina subió las escaleras corriendo hasta el primer piso, apartando a un par de clientes que abandonaban satisfechos el comedor. Al verse entre tanta mesa quedó desorientada por unos instantes, pero finalmente localizó la puerta a la que debía dirigirse; tenía buena memoria. La gente se asustó y algunos gritaron al ver a los policías entrar con las armas en la mano; Marina también había desenfundado la suya mientras subía.

Atravesó la sala repartiendo algunos empujones y tirando al suelo una lámpara de cristal. Resultó ser irrompible, pero obligó a los agentes que iban detrás a saltar espectacularmente para seguirla sin aflojar la marcha. Detrás de ellos, el videoaficionado había llegado justo a tiempo de captar el salto y ahora graduaba el zoom para acercar la acción, obteniendo un espectacular encuadre de Marina. La mujer aferraba la pistola con las dos manos y separaba los pies para disparar hacia las puertas de la cabina, justo antes de que terminaran de cerrarse. Acertó de lleno en la unidad de control. Sonó una sirena estridente y se apagaron las luces de la sala.

Los dos objetivos de la cámara holográfica contrajeron al unísono sus lentes orgánicas y el obturador de cristal líquido se aclaró al máximo para aprovechar la escasa luz disponible. Consiguió así obtener una última imagen de Marina metiendo el brazo entre las hojas de la puerta y sacando de un tirón al yerno del juez Aro para esposarlo. Mientras, los otros agentes le rodeaban y apuntaban y Alfredo llegó tras ellos, con la lengua fuera y el ordenador bajo el brazo.

Marina lucía feliz. Había salvado el honor del cuerpo de Policía deteniendo a un destacado sospechoso. Los saboteadores se darían cuenta de que con ella no se jugaba. Alfredo, en cambio, miró a su alrededor: los mandos del ascensor reducidos a una masa de plástico

fundido, gente corriendo despavorida, mesas y sillas volcadas, los cubiertos por los suelos... A lo mejor se habían pasado, caramba.

* * *

Melchor seguía en su despacho. Conversaba con el juez, que continuaba firmando órdenes de detención tras revisar el historial de cada individuo. Cuando se disponía a entregarle la última al policía, éste recibió una llamada. Mientras escuchaba lo que le decían por otro canal iba apareciendo una sonrisa en su rostro.

-Fíjate en esto -le dijo al juez, pasándole la comunicación.

La pantalla mostraba el interior de un coche patrulla que se desplazaba por el aire a velocidad moderada. Desde el asiento de atrás su yerno le miraba suplicante sin saber qué hacer con las manos, que tenía esposadas.

El juez trató de contener la risa. Cuando al fin logró serenarse conectó la grabadora e inició el interrogatorio, tratando de parecer lo más severo posible ante la cámara del videófono. El resto de su familia no se lo iba a perdonar nunca, pero ahora estaba disfrutando de su momento de gloria. Lo sentía por su hija, pero eso le pasaba por haberse casado con semejante besugo.

Melchor escuchaba desde su pantalla y estaba sumamente complacido. Deseaba ver la cara que pondría Martín cuando se hallara en la misma situación.

* * *

Pasado el mediodía, Melchor llegó a casa circulando sin prisas por el suelo, con la capota bajada y la radio a todo volumen. Había dejado que P-151 sintonizara su emisora favorita, que ahora les obsequiaba con una rara pieza donde el saxo era acompañado de un sintetizador, tocado por uno de los primeros maestros del ciberjazz marciano. Alfredo se había quedado en Comisaría, ayudando a Marina a redactar un informe de lo sucedido. Menudo revuelo habían formado aquellos dos en el restaurante para detener al yerno de Aro... Por fortuna, había enviado a un encargado de relaciones públicas para que convenciera a los asustados comensales de que no interpusieran ninguna denuncia contra la supuesta brutalidad policial, y los medios de comunicación habían llegado tarde, como siempre, cuando el personal del restaurante había arreglado los desperfectos. Además, estaba seguro de que el informe que redactaría Alfredo sería un modelo de mesura; tenía buena mano para eso. El incidente pasaría desapercibido para la mayoría de la población de *Crisálida*. Debían evitar que la ciudadanía se contagiara de la sensación de alarma que de momento sólo experimentaban los que conocían la campaña de sabotajes.

Sus hijos pequeños estaban jugando al borde de la piscina con el vecino de al lado. Fueron hacia él corriendo y se encontraron con que después del beso de rigor les tocó un breve viaje aéreo hasta el centro de la piscina. El vecino prefirió arrojarse por sí mismo y el juego continuó en el agua, aunque Melchor, por respeto a su uniforme, se contuvo y pasó al interior de su hogar silbando una tonadilla.

Rita le oyó entrar. Creyendo que todavía estaría preocupado y deprimido empezó a charlar para animarle, pero enseguida comprobó que no le hacía falta. Melchor la abrazó por detrás y le dio un beso en el cuello. Rita se volvió; quería asegurarse de que realmente era su marido quien había llegado tan eufórico.

-¡Pero bueno...! ¿Se puede saber qué ha sucedido mientras estabas fuera?

-Ya los tenemos en la jaula -dijo, mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

-¿Los sabotadores?

-No, pero todo se andará. Por fin parece que las cosas van como es debido..

-Huy... Los niños van a... -logró murmurar Rita entre beso y beso.

-Cuando están en la piscina se olvidan del reloj. Tenemos tiempo de sobra para estar un ratito a solas...

-Sí, y luego acaban arrugados como pasas. ¡Eh, estate quieto, que nos van a oír!

Entre risas y achuchones Rita consiguió convencer a su marido de que se relajara. De todos modos, aquel cambio la alegraba. Melchor llevaba una temporada bastante tenso y un poco como ausente, y el súbito cambio de actitud era bienvenido. Ojalá fuera una señal de que todo iba a mejorar a partir de ahora.

-Suerte que los niños se han hartado de comer chucherías en la fiesta de fin de curso. Fíjate qué hora es y todavía no hemos hecho la comida.

Se zafó de Melchor y, sonriendo, se dirigió apresuradamente a la cocina y sacó unas bandejas autocalentables del armario. Las destapó y las puso sobre la mesa, que ya había sido preparada por el robot doméstico. Llamó a los críos y durante un rato estuvo ocupada con ellos. Luego ordenó al robot que recogiera y limpiara.

-¿A los niños también? -preguntó, señalándolos.

-Déjalos, cuando vuelvan a la piscina ya se lavarán.

-Sí, y pondrán el suelo perdido. Y luego, ¿quién tendrá que dejarlo todo como los chorros del oro? San Bill Gates, dame fuerzas -protestó el robot, dándose la vuelta hacia la mesa.

Aunque les había salido un poco histrión y cascarrabias, a Rita le resultaba simpático aquel cacharro, y no lo habría cambiado por nada del mundo. Además, a los niños les encantaba tener alguien a quien pudieran hacer enfadar tan fácilmente. Era de agradecer que los programadores introdujeran en los robots una pequeña dosis de excentricidad. Por supuesto, siempre dentro de un orden; por lo demás, eran máquinas eficaces e infinitamente pacientes.

Volvió con Melchor, quien también se quejaba, pidiendo alimento para el cuerpo.

-No sólo de lujuria vive el hombre.

-Primero tienes que explicarme qué te ha puesto de tan buen humor.

Melchor se lo contó todo mientras iba a la cocina y seleccionaba los paquetes de comida. Al terminar el relato ella no parecía demasiado satisfecha.

-¿Aún no han hablado los saboteadores que pillasteis en el club de tenis?

-Siguen inconscientes. Los médicos están desconcertados; me temo que los navegantes se pasaron un pelín con sus armas.

-Y mientras, los cabecillas de la rebelión siguen libres y vosotros vais dando palos de ciego. A ver si por fin los navegantes colaboran con vosotros.

-Creo que las medidas que hemos tomado los harán recapacitar. No podíamos seguir así, cada uno haciendo la guerra por su cuenta. Lo único que lograríamos sería acabar matando a alguien, como estuvo a punto de ocurrir en el club. Por fin lograremos reconducir las investigaciones debidamente, sin generar alarma social. Lo que menos necesitamos es que la gente se preocupe, tan cerca como estamos de la llegada a Prometeo.

Se sentaron para comer y Alfredo conectó distraídamente la pantalla holográfica mural. Estaban dando las noticias y pudieron ver a varios agentes saltando en medio de un comedor abarrotado de gente, alguna de ella muy asustada e incluso gritando. Acto seguido, la toma se centró sobre la teniente Marina, ampliando la imagen en el momento en que ésta empezaba a disparar contra una puerta. La escena siguió desarrollándose a cámara lenta, con efectos de sonido de calidad cinematográfica añadidos por los estudios de holovisión. Después se inició un programa de debate, en el cual muchos ciudadanos indignados llamaron a la emisora para opinar sobre la brutalidad policial y el deterioro de la convivencia.

Los dos se habían quedado con la boca abierta. Finalmente, Rita enarcó las cejas.

-¿Qué decías sobre la alarma social, cariño?

-¡Bueno, ya basta de bromas! -gritaba Marina en el centro de la Comisaría. Estaba de pie con los brazos en jarras; sus ojos claros brillaban desafiantes, por lo que nadie osaba rechistar-. ¡Como vuelva a escuchar una risa más os vais a acordar de mí! ¡Y quitad esa tontería de ahí en medio!

Se refería a un póster de un metro de altura que alguien había sacado por una impresora de alta definición a partir de la imagen del noticiario. La escena había sufrido algunos cambios; mostraba a Marina disparando su arma con expresión iracunda que se percibía pese a estar tomada muy de lado, casi desde atrás. Pero delante de ella no había una puerta de cabina de transporte, sino un pelotón de Infantería Estelar Corporativa que acababa de salir de una jungla, disparando todas sus armas al unísono.

Cuando entró y vio aquellos soldados de feroz aspecto, Melchor reconoció la película de donde procedían. La habían puesto un par de días antes en la holovisión, y aunque al salir por la impresora había perdido en profundidad, no por ello dejaba de ser muy espectacular.

Al aparecer el jefe todo el mundo se escabulló y empezó a trabajar.

-Yo no me preocuparía por eso -le comentó Alfredo por lo bajo a Marina-. Lo cierto es que te pones muy guapa cuando disparas.

La teniente se fue maldiciendo en voz muy alta. Melchor no pudo evitar una sonrisa al ver a su hijo arrancar el póster, teóricamente para arrojarlo a la recicladora. Estaba seguro de que se lo guardaría para colgarlo en la pared de su habitación.

Melchor entró en su despacho y se dejó caer pesadamente sobre el sillón. La tarde de ayer fue especialmente fatigosa, repleta de entrevistas, llamadas videofónicas y visitas a los medios de comunicación para tranquilizar al personal y pedir excusas. Confiaba en haberlo logrado, aunque fuese a costa de permanecer despierto hasta altas horas de la madrugada. Tampoco tenía sentido amonestar a Marina; para una agente entusiasta y motivada que tenía la Policía, no era cosa de desanimarla. Además, en el pecado llevaba la penitencia.

Su ordenador personal le saludó y empezó a contarle los cotilleos del día. Luego le mostró los mensajes recibidos, sin prisas, mientras conectaba una suave música ambiental. Como cualquier ciudadano de *Crisálida*, a Melchor le gustaba tomarse su trabajo con tranquilidad, una rutina que, para su dolor, se había visto perturbada últimamente.

En una nave altamente automatizada, la jornada laboral solía transcurrir entre tacitas de café, partidas de naipes con los amigos, pláticas con los ordenadores y poca cosa más; raramente el trabajo diario requería gran esfuerzo de concentración. La mayoría de la gente aprovechaba para escribir novelas, cuya primera crítica era recibida del propio procesador de textos (por lo que muchos desconectaban la función crítica nada más empezar, para ahorrarse depresiones agudas). Otros preferían construir maquetas o cultivar bonsáis; tampoco había demasiada variedad para escoger. Para Melchor, antes del ajetreo de los sabotajes la mayor parte del día consistía habitualmente en mantener charlas con sus ordenadores, jugar con sus hombres al ten-bo (una especie de mus con un complicado estilo de farolear), o simplemente leer. En esta ocasión, sin embargo, tenía un verdadero plan de trabajo.

Las gestiones del juez habían surtido efecto y todas las entrevistas que su ordenador concertó con los navegantes estaban confirmadas. Les había citado uno por uno en la Comisaría y serían interrogados por sus hombres, pero había uno con quien tenía gran interés en hablar personalmente. Según sus averiguaciones, el verdadero cabecilla de los navegantes no era el extrovertido Martín Durán, sino un oficial de transportes llamado Rafael Usabiaga, relativamente anodino en su oficio, pero que al parecer poseía un talento natural para el liderazgo, una especie de cerebro en la sombra. El perfil psicológico lo definía como medianamente competente en sus obligaciones, pero muy hábil en convencer a la gente para que pensarán lo que él deseaba. Dicho

de otro modo, habría sido un buen político en un mundo donde tal oficio sirviera para algo. A falta de ello se había introducido en el segmento social más influyente y prestigioso de *Crisálida*, pero Melchor intuía que anhelaba una mayor capacidad de manipular a sus semejantes.

Rafael Usabiaga se presentó puntualmente en su despacho. Era un hombre de edad madura, estatura media y moderadamente entrado en carnes. No iba vestido de navegante, pero había algo en su forma de moverse y de hablar que daba la misma sensación de tirantez que si hubiera aparecido con uniforme de gala y escolta. Melchor estaba hablando por radio con los coches patrulla cuando llegó. Le hizo sentarse y siguió despachando un rato con sus hombres para hacerle esperar y que tuviera ocasión de verlo ejercer sus dotes de mando. Luego se mostró cortés pero frío al mismo tiempo, y tras los saludos de rigor fue directo al grano.

-Como usted sabe, la Policía tiene la misión de velar por la seguridad de la nave. La actitud de los navegantes nos ha impedido conocer informaciones que deberían haber llegado a nuestras manos de inmediato.

-Comprendo que esté usted disgustado, pero le aseguro que era nuestra intención ponerlo al corriente lo antes posible. Hallamos algunas anomalías en el sistema informático de la nave cuando realizábamos inspecciones rutinarias. Cada fase de la maniobra de frenado requiere un completo análisis de todos los componentes, pues en su mayoría fueron fabricados en el punto de partida y ello comporta un notable envejecimiento. El señor Durán quedó encargado de verificar esas irregularidades. Nuestra sorpresa fue grande cuando descubrimos que se habían cursado órdenes para anular dispositivos de alarma a todos los niveles. Es prácticamente imposible acceder tan libremente a los sistemas de seguridad, pero al parecer ha estado sucediendo con cierta frecuencia en los últimos tiempos. Tiene que haber un pez muy gordo detrás de la trama de sabotajes, y confiábamos en dar con él.

-¿Por qué no me informaron de inmediato?

-Creíamos que sería posible localizar a los infractores en cuanto trataran de emplear de nuevo la red. Nuestro éxito puede considerarse escaso en ese sentido -sonrió con lo que quiso ser una muestra de humor ante la adversidad, pero se quedó en una mueca desagradable.

-¿Y la gracia de Durán al usarnos como cebo? No creo que eso sea justificable de ninguna manera. Faltó muy poco para que nos asesinaran -Melchor deseaba enfatizar aquel punto.

-Estoy convencido de que el señor Durán nunca pensó que sus vidas corrieran peligro alguno. Es un hombre sensato, pero tiende a resultar muy fogoso y excitable. Siente verdadera pasión por su trabajo y la idea de que pueda abortarse el frenado le enfurece. Creo que en cierta medida todos nos encontramos en el mismo caso. Todos los navegantes, quiero decir.

-Permítame decirle que no sólo los navegantes desean llevar a feliz término este viaje -respondió Melchor con irritación; había ido apareciendo un matiz de superioridad en la voz de su interlocutor que le disgustaba-. Puede estar seguro de que la mayor parte de los habitantes de *Crisálida* desean arribar a Prometeo para iniciar una nueva vida.

-La mayor parte... -Usabiaga sonaba irónico- Me pregunto a menudo si es sensato aguardar a que ocurra lo que desea la mayoría. Al fin y al cabo, los ciudadanos que esperan ver finalizado el viaje no hacen nada. Tenga presente que los únicos que actúan son los que desean modificar la situación. La sociedad por sí sola tiende al inmovilismo, la desidia y la tolerancia. Los motores de la Historia son aquellas personas ambiciosas que no dudan en actuar como sea preciso para conseguir sus propósitos. Si los ciudadanos de *Crisálida* se sientan a esperar que todo transcurra según lo previsto, puede dar por seguro que los saboteadores se saldrán con la suya. Por eso algunos hemos decidido entrar en acción. Puede que nuestro primer movimiento no haya sido el definitivo, pero si está dispuesto a apoyarnos...

Perplejo y enfurecido por lo que oía, Melchor acabó levantándose de su sillón. Con los puños apretados sobre su mesa se abalanzó hacia Usabiaga, diciendo en voz muy alta:

-¿Apoyarles?! ¿Nosotros a ustedes, en vez de a la inversa? Escúcheme bien, amigo: si ha

creído por un solo instante que la Policía va a seguirle el juego, está completamente loco. No me interesan sus opiniones sobre la sociedad y la pasividad de sus miembros. Sepa que hay mucha gente en esta nave que cumple con su deber precisamente no haciendo nada; gente que no nos oculta información, que colabora gustosamente cuando se lo pedimos y no nos crea más dificultades de las que ya tenemos. Y voy a decirle cómo va a escribir usted en el libro de la Historia a partir de ahora. Se quedará quietecito, y si se entera de algo me informará inmediatamente. Como descubra que ha vuelto a ocultarme información, o que está tramando algo, le voy a meter en la celda más oscura y arrojaré la llave al espacio. ¡Y ahora, largo de aquí antes de que me enfade de veras!

Rafael Usabiaga había quedado atónito, y mientras Melchor le abroncaba parecía perder altivez a la velocidad de un globo que se deshinchaba. El policía había ido subiendo la voz hasta acabar a grito pelado, y señalaba la puerta con un brazo rígido, inapelable. Usabiaga se marchó con el rabo entre las piernas y un poco pálido. Cuando hubo salido de la Comisaría, el personal empezó a aplaudir y vitorear a su jefe. Era evidente que todos habían oído toda la conversación y se lo habían pasado en grande.

-¿Se puede saber quién ha pegado la oreja a la puerta?

-Tenía la radio conectada, jefe...

Melchor se dio cuenta de que no había cerrado el transmisor cuando empezó a hablar con Usabiaga. Todos los coches patrulla y los agentes presentes en la sala de personal habían sido testigos del duelo verbal. Para su propia sorpresa, no se sintió avergonzado, sino todo lo contrario, especialmente al ver la expresión de orgullo en la cara de su hijo. Desde luego, podía tener la conciencia tranquila; la gente le apreciaba, luego su comportamiento estaba siendo el adecuado.

* * *

Por desgracia, los buenos momentos duraron poco. Al día siguiente fueron avisados por los bomberos de que se había producido un sabotaje en un almacén de componentes electrónicos. Sin perder tiempo, varios coches patrulla se dirigieron al lugar de los hechos y aunque estaban seguros de que sería esperar demasiado que sirviera para algo, ordenaron cercar la zona y realizar una batida por los alrededores.

Alfredo acompañaba de nuevo a su padre. P-151 voló a la máxima velocidad y aprovechó para realizar toda una exhibición de sirenas y luces durante el trayecto. Desde el aire, la zona donde se había producido el sabotaje no parecía haber sufrido grandes daños, pero una gran cantidad de vehículos oficiales se estaba acumulando a su alrededor. Resultaba difícil hallar un sitio donde aparcar, mas P-151 era un vehículo hábil, y aterrizó en un jardincillo rodeado de eucaliptos enanos. Sin embargo, el coche rozó la corteza de uno de los árboles y se desequilibró ligeramente. El contacto con el suelo fue un tanto brusco, y levantó una nube de polvo del albero que se depositó en la carrocería. Melchor abrió la puerta y abandonó la cabina a toda prisa, camino del almacén, pero Alfredo no le siguió inmediatamente. Estaba intrigado. P-151, en los años que lo conocía, nunca había tenido un accidente, y eso que a veces conducía con una cierta alegría. Además, sabiendo lo presumido que era, ahora debería estar furioso por haberse ensuciado, con la consiguiente sarta de improperios contra el servicio de parques y jardines por haber colocado allí los árboles y el polvo. El verlo tan callado resultaba anormal. Alfredo se encogió de hombros y abandonó el coche. No era el momento de pensar en pequeñeces cuando los saboteadores atacaban de nuevo.

Los bomberos habían llegado pocos minutos antes que la Policía, y aún no habían podido evaluar la gravedad de los daños. Mientras Melchor y Alfredo trataban de hacerse cargo de la situación, vieron llegar a una figura conocida. Martín Durán se dirigía hacia ellos con una sonrisa

algo forzada en la cara. Tenía el aspecto de haber sido sorprendido robando un caramelo y además vestía pantalones cortos, camiseta y zapatillas deportivas, y luchaba por quitarse unos voluminosos guantes.

-Os aseguro que no estoy haciendo la competencia a la Policía -se disculpó-. Disputábamos un partido de fútbol ahí al lado cuando empezamos a oír sirenas, pero no sentimos ninguna explosión, sólo una especie de crujido muy fuerte.

-Parece que han empleado otros medios -murmuró Melchor.

Alfredo se percató de que Martín parecía deseoso de agradar. Incluso se esforzaba en no darle la espalda. Por lo visto, Usabiaga debió de leerles la cartilla a todos los navegantes, tras la bronca que se ganó en la Comisaría. O tal vez admitía en su fuero interno que había pecado de ingenuo al pensar que los sabotajes cesarían tras el incidente del club.

El edificio afectado era un gran cubo de fibroplástico con nervaduras de resina metalizada. Teóricamente, una construcción hecha con estos materiales podía resistir cualquier explosión que no hiciera estallar en pedazos el resto de la nave. Sin embargo, la pared de popa estaba completamente reventada hacia afuera, llevándose consigo parte del techo. Muchos recipientes del interior se habían roto, y algunos depósitos agrietados vertían al suelo su contenido de disolventes y resinas sintéticas. No había fuego ni señales de humo o calor anormal, pero los bomberos se empeñaban en lanzar multitud de chorros de agua al aire para que cayeran sobre el edificio como una fría llovizna. Luego horadaron con los sopletes un conducto de ventilación que pasaba por el subsuelo, y dieron orden por radio de que la sala de máquinas de la nave aspirase todo el aire posible por aquel orificio. Finalmente, el jefe de bomberos tuvo un momento para salir y hablar con ellos:

-Menuda la han armado, muchachos -se había quitado la escafandra, y con el dorso de la mano enjugaba el sudor que corría por su frente.

-¿Cual es el problema esta vez?

-Bueno, la factoría producía componentes para los generadores de gravedad. Ya se sabe: superconductores, gases para los láseres, material orgánico para los ordenadores biocuánticos y toda clase de compuestos químicos. La mayor parte de los productos son peligrosos: neurotóxicos, vesicantes o asfixiantes, pero cuando se combinan varios entre sí el resultado es impredecible. Por suerte, éste era uno de los puntos donde preveíamos problemas, así que hicimos algunas sugerencias a los ingenieros.

-¿Qué tipo de recomendaciones?

-Cosas simples, de hecho: que no sintetizaran más sustancias de las que fueran a emplear ese mismo día, no fabricar simultáneamente dos compuestos que reaccionen entre sí formando un tercero más peligroso, y desconectar los sistemas de seguridad de la red informática de la nave, de modo que no pudieran anularlos a distancia. Parece que todas estas precauciones han dado un buen resultado.

-Hombre, tanto como bueno... -repuso Melchor, mirando el estropicio.

-Podría haber sido mucho peor, créanme.

Martín escuchaba cada vez más nervioso. No meter baza en una conversación era demasiado difícil para él:

-¿Cómo han realizado el sabotaje? No parece haber rastro de explosiones.

-Alguien de dentro cambió una unidad de verificación. Un generador de los grandes recibió demasiada energía y produjo una onda gravitatoria que reventó todo lo que se hallaba a su alrededor. Por suerte, los ingenieros habían colocado una red de generadores de bolsillo que son capaces de detectar y anular en gran medida estos fenómenos, a base de contrarrestar la onda con otras opuestas. La verdad es que no entiendo mucho de gravedad artificial, pero parece que ha funcionado bastante bien. De lo contrario no quedaría edificio.

-Tendremos que hablar con los ingenieros -dijo Melchor.

-Los han llevado al hospital; sufren una conmoción, al igual que el resto de los trabajadores. Supongo que no es grave, puesto que han salido por su propio pie.

El bombero les dejó. Se quedaron dando vueltas por allí, sin ningún propósito concreto. Las mangueras seguían disparando al aire gran cantidad de agua, que bajaba arrastrando los vapores tóxicos, y la aspiración de la tubería contribuía a llevarlos a la planta de reciclaje. A pesar de las medidas de seguridad, prefirieron mantenerse alejados de las instalaciones. Martín parecía bastante preocupado.

-¿Os dais cuenta de lo que pretenden? -dijo al fin-. Se confirman mis temores: sin esta fábrica no podremos construir componentes para los generadores de gravedad.

-Tardarán poco en arreglarla; los daños no parecen excesivos.

-Pero hemos iniciado ya los preliminares de la maniobra de frenado, Melchor. Ahí está el quid de la cuestión. Llevo bastante tiempo preguntándome por qué esperan tanto para emprender alguna acción más contundente, y ahora lo veo claro. Al destruir este almacén han logrado dejarnos sin repuestos; por muy deprisa que arreglemos los destrozos, no estaremos listos antes de llegar a Prometeo. Si ahora atacaran los generadores gravitacionales de la nave, no habría manera de repararlos a tiempo. Gracias a ellos permanecemos con vida. *Crisálida* va a frenar a diez *g*, y poco antes de entrar en órbita subirá hasta casi el doble. ¿Te imaginas una fuerza de gravedad veinte veces superior a la actual, que lance todo lo que hay en la nave contra la proa? Para contrarrestarla artificialmente necesitamos los malditos generadores. Si fallan...

-Tendríamos que abortar el frenado para evitar morir todos. Así de simple -murmuró Alfredo.

-Peor todavía. Aunque cueste de entender, si calculan bien el momento de sabotear los generadores, tendríamos que encender la estatocolectora y abandonar Prometeo. Sí, ya sé que resulta ridículo pensar en una nave de impulso gravitacional que tenga que recurrir a un motor tan primitivo. Es algo que no ha ocurrido desde siglos antes de que construyeran *Crisálida*, creo recordar, pero el caso es que una vez atrapados por la gravedad del sol de Prometeo, o nos movemos o caemos contra la estrella. Pero la velocidad que ahora llevamos, unida a la aceleración de la estatocolectora y al tirón gravitacional del sol, nos lanzarían fuera del sistema. Además, una vez conectada la estatocolectora no es posible apagarla por las buenas. No podemos frenar y virar en redondo en medio del vacío.

-Dicho de otro modo: si nos dejan sin generadores de gravedad, hemos de seguir el viaje hasta el sistema de Herculano. Al menos, ése es el plan de vuelo previsto si Prometeo fallaba -dijo Melchor.

-¡Pero Herculano está a doscientos años luz! -terció Alfredo-. ¡Nuestros biznietos morirán de viejos antes de llegar allá! ¿No hay manera de regresar a Prometeo, aunque tardemos un poco más?

-Lamento ser pesimista -le contestó Martín-, pero cualquier otra maniobra resultaría suicida. Además, es posible que una vez que hayamos perdido la posibilidad de arribar a Prometeo, la gente ya no nos deje volver. Son muchos los que quieren seguir viajando; es la solución más cómoda. Los saboteadores se saldrían con la suya.

-No podemos perder esta ocasión -dijo Melchor-. Hay que llegar a Prometeo al primer intento o el Consejo se negará a que demos la vuelta. Este sabotaje... Seguramente lo preparó uno de los ingenieros; sabía cómo hacerlo y tenía acceso a los equipos. Deben de estar infiltrados en todas partes. Si averiguáramos dónde darán el próximo golpe... Aunque puede que alguien nos lo diga.

-¿A quién te refieres?

-A uno de los pocos que todavía piensan a bordo de este cacharro. Los generadores de gravedad fueron fabricados por la multiplanetaria Toshiba, y precisamente su representante es un hombre al que conozco bien. Ha dedicado su vida a la ingeniería gravitatoria, tiene toda una

filosofía del trabajo y desea ardientemente poder iniciar la colonización. Pondremos a prueba algunos inventos suyos a la hora de terraformar Prometeo, si llegamos. Y por supuesto, sabe cuanto hay que saber sobre los impulsores de la nave.

-Entonces, mejor no perder el tiempo. Vayamos a verlo -dijo Martín, encaminándose hacia los coches.

-Primero cámbiate de ropa -repuso Melchor-. Es muy puntilloso con esas cosas, y una camiseta sudada naranja fosforescente no creo que le agrade.

Martín se miró como si ya no recordara el aspecto de su atuendo.

-Tú riéte, pero yo juego de guardameta, y este color desconcierta a los delanteros. Me hace parecer más gordo o, lo que es lo mismo, que la portería ha encogido. A lo mejor le apetece jugar un partido... Olvídalo, era una broma. Estaré aquí en un segundo.

Martín se fue corriendo a los vestuarios. Melchor quedó pensativo.

-Nunca te he presentado al número uno de Toshiba, ¿verdad? -Alfredo negó con la cabeza-. Bien, no está de más que conozcas a un genio. ¿Te apuntas?

-Qué pregunta más tonta, papá.

* * *

José Carlos Collazos de Toshiba era un hombre extraño. No participaba en la vida social de *Crisálida* desde hacía muchos años, y sin embargo era extraordinariamente activo. Había ocupado la cátedra de Metamáticas de la universidad y luego había sido encargado por el consejo de navegantes de supervisar todos los impulsores de la nave, incluida la estatocolectora y los vehículos auxiliares. Dicho trabajo le tuvo ocupado durante siete años, a pesar de contar con un equipo de doscientas personas. Al final tomó personalmente la dirección de las factorías Toshiba, a lo cual tenía derecho de nacimiento, pero necesitaba verse confirmado por una asamblea de técnicos y directivos. Ni que decir tiene que no supuso problema alguno para él; casi todos habían sido alumnos suyos en algún momento de sus carreras.

Su aspecto era desconcertante. Parecía poco preocupado por la vestimenta, pero al mismo tiempo se cuidaba en gran manera. Lucía una perilla siempre bien recortada, y en su delgadez resaltaban unos músculos demasiado fuertes para un presunto anciano. Su rostro anguloso era frío e inexpresivo, y solía fumar unos cigarrillos de color azul claro que él mismo preparaba. Era también un entendido en Botánica, ejercía de vegetariano y solía comer lo que cultivaba con sus propias manos. Un cierto aire en su mirada, que alguien había definido como *zodiacal* en un momento en que esa palabra estuvo de moda, indicaba que no todo lo que cultivaba era destinado a nutrir el cuerpo. A menudo flotaba una tenue bruma alcaloide en su estudio, mientras su mente volaba infinitamente lejos.

Al llegar, Martín y Alfredo quedaron sorprendidos. En la nave casi todo el mundo gozaba del mismo nivel de vida, las viviendas eran muy similares y las diferencias de estatus se mostraban a través de otras cosas. Sin embargo, José Carlos Toshiba vivía en un mundo aparte. Tenía una casa de dos pisos con planta semicircular, construida de madera y cristal, con una rara fusión de estilos que iban desde el colonial hasta el orgánico, pasando por el gaudiniano. Había un reloj de sol protegido por un toldo junto a la entrada, indudablemente el aparato más inútil de toda *Crisálida*. En el recibidor, un caimán de hierro forjado de dos metros y medio de altura atrapaba en su boca una esfera de cristal que irradiaba una luz clara, de un tono levemente azulado. Varias columnas y adornos, también de hierro forjado, proyectaban sombras sobre el suelo de madera laqueada, formando un dibujo radial que no podía mirarse mucho tiempo sin que el mareo se apoderase del observador.

-La casa fue diseñada de modo que las luces y sombras formen dibujos que imitan determinadas estructuras topológicas y alucinaciones ópticas. Será mejor que no prestéis atención

a los detalles hasta que os acostumbréis -les explicó Melchor.

Un robot de servicio les recibió, y después de notificar su presencia al propietario los condujo hasta él. De paso, pudieron admirar un largo corredor acristalado que mostraba la parte trasera de la vivienda. Un coqueto jardín terminaba justo ante un bosquecillo de robles y alcornoques del que salía un riachuelo en el que pescaban un par de niños.

-¿Tiene hijos? -preguntó Martín, hablando en susurros sin darse cuenta.

-No, pero tolera que los chicos vengan a su jardín a jugar. Aunque es bastante excéntrico y se relaciona poco con la gente, es una bellísima persona. Los niños del vecindario le adoran, por más que aparente no hacerles caso. Nunca quiso formar una familia; su única pasión conocida es la Metamática.

El robot se detuvo ante una puerta de madera de roble tallada y recubierta con esmalte de diferentes colores: amarillo, naranja, ocre, añil e índigo que, aunque tenues, daban un especial relieve y textura a la madera. No pudieron evitar acariciarla con la mano al pasar. En el interior, una habitación rectangular tenía tres paredes recubiertas de estanterías y un atril sostenía un enorme tomo abierto por la mitad. Tras un escritorio formado por una superficie de ébano completamente negro soportado por dos columnas de cristal azul, había un sillón vuelto de espaldas a ellos, mirando hacia la única pared desnuda. Desde detrás del sillón se elevaba una tenue nubecilla, casi imperceptible, de humo gris.

-Tú y tus malas costumbres... ¿Fumando otra vez? -preguntó Melchor de sopetón. Conocía demasiado bien el sitio y al hombre como para dejarse impresionar por la atmósfera del lugar; sin embargo, comprendía que Martín y su hijo se sintieran cohibidos.

El sillón dio la vuelta y José Carlos dejó sobre la mesa una taza de té humeante. Vestía pantalones y blusa anchos, de tela negra y brillante, muy fina, y unas alpargatas también negras.

-Siempre tan mal pensado, mi querido Melchor -dijo, levantándose para estrecharle la mano-. Vaya, éste debe de ser Alfredo. Tu padre siempre me habla de ti y de tus hermanos cuando nos encontramos. Ahí donde lo ves, se le cae la baba cuando sale el tema de la familia.

Estuvieron un rato charlando de cuestiones diversas. José preguntó a Alfredo por su nuevo trabajo y recordó unas cuantas anécdotas sobre Melchor que arrancaron a éste una sonrisa cómplice. Mientras tanto, Martín se aburría como una ostra. Para combatir el tedio se puso a observar la pared que estaba frente a él. Era una pantalla holográfica que mostraba diversas figuras; algunas eran dibujos de Escher, otras parecían viejas obras de arte generadas por computador, y había un par cuyo origen no acertaba a determinar. Le sugerían fragmentos de cristal recién salidos de un horno; se doblaban sobre sí mismos y sus contornos y estructuras eran difíciles de seguir con la vista. En realidad, parecían un poco distintos cada vez que los miraba.

Al cabo de un rato, Melchor explicó el motivo de su visita y sus preocupaciones. José estuvo un rato meditando antes de hablar.

-La gente nunca dejará de sorprenderme. Tantas maravillas por descubrir, todos los conocimientos que pondremos en juego... ¿Te das cuenta del desafío que representa para el intelecto sostener un mundo virgen entre las manos, y poder moldearlo como se nos antoje? Sin embargo, tienes razón al creer que muchos prefieren pasar el resto de sus vidas encerrados en esta burbuja. En cuanto al método para abortar la maniobra de frenado, no hay lugar a dudas de que el mejor consiste en sabotear los generadores de gravedad. Sin ellos, yo mismo sería partidario de continuar hasta Herculano. Ten presente que hay materiales que somos incapaces de fabricar o reparar. Los constructores de *Crisálida* disponían nada menos que de los recursos de tres sistemas estelares cercanos entre sí para construir los distintos componentes. Debe de haber unos diez millones de artulugios imprescindibles para frenar la nave con seguridad y otros diez o veinte mil cuya ausencia haría abortar la maniobra -vio la cara que ponía Alfredo al oír aquello y sonrió-. Demasiados para la Policía, ¿verdad, hijo? No es posible vigilarlo todo al mismo tiempo. Además, la mayoría está en la parte exterior del casco. En todo caso tendréis que vigilar los

accesos y cerrar todos los que podáis. Aún así os harán mucho daño a través de los ordenadores, o dando instrucciones a los robots de mantenimiento del exterior.

-¿Y qué me dices de la estatocolectora? ¿Sería posible maniobrar con ella? -preguntó Melchor-. Aunque los navegantes parecen pesimistas al respecto, ¿no?

-La estatocolectora es sólo un motor auxiliar, poco eficaz. Crea un campo magnético que atrae el hidrógeno hacia los reactores, pero solamente uno de sus isótopos, el deuterio, es utilizable como combustible nuclear. En total, menos del uno por ciento se emplea para producir energía. Además de tan escaso rendimiento, en el proceso se generan neutrones. Necesitaríamos un fuerte blindaje para soportar esa radiación mucho tiempo, y *Crisálida* no va muy protegida. Nos dieron la estatocolectora como un apoyo, pero no para un largo viaje ni para usarla como freno. Si salimos del sistema de Prometeo con nuestra velocidad actual, aumentada por la carambola gravitacional inevitable alrededor del sol, no podemos soñar con dar marcha atrás mediante la estatocolectora: los neutrones nos freirían.

-No parece un medio de impulsión muy brillante -sugirió Alfredo.

-Si quieres saber mi opinión, hijo, no debieron mandarnos tan lejos. Esta nave es un despilfarro, pero en los mundos de nuestros antepasados sobraba gente y dinero. Por otro lado, no querían correr riesgos. Ya sabes que muchas generacionales emprendieron viajes más cortos que el nuestro y acabaron llegando a planetas que ya habían sido colonizados por otros. Se aseguraron de enviarnos al quinto pino galáctico para que eso no se repitiera.

-En todo caso, ¿no podríamos entrar en órbita en torno al sistema de Prometeo, e ir frenando cuando sea posible?

-No.

-¿Por qué?

José Carlos lo pensó un momento.

-¿Qué tal estás de Matemáticas? Atiende -tocó un punto del tablero de caoba y un holograma interactivo se materializó en el aire. A continuación trazó unos diagramas que representaban diversas trayectorias hipotéticas de *Crisálida* y le demostró a Alfredo su imposibilidad práctica.

Melchor, satisfecho, comprobó que su hijo seguía sin problemas las explicaciones del maestro. Sin duda le había causado una buena impresión al viejo; el chico prometía. Como la Mecánica celeste no era un tema que le apasionara en demasía, los dejó a ambos enfrascados en sus gráficos y fórmulas y fue a reunirse con Martín que, cosa rara, llevaba todo el rato callado. Lo que vio le alarmó.

-Oye, ¿te ocurre algo? -le preguntó.

El navegante tenía la mirada perdida, estaba pálido y parecía a punto de derrumbarse.

-¿No será cosa de tus dibujos? -señaló la pantalla al decir esto. José se dio la vuelta para mirar y sonrió.

-Unas sencillas representaciones del Terascopio de Delabarre. Pobre chico, debe de estar flotando dentro de la no-ecuación implícita.

-Deberías divertirte con cosas más sanas -lo amonestó Melchor.

-No te preocupes, es inofensivo. Un poco de hipnosis y lo habrá olvidado -apagó la pantalla y se ocupó de Martín como un hipnotizador haría ante un público curioso.

Tras recuperarse, Martín se mostró francamente hostil con su anfitrión; éste, comprendiéndolo y tácitamente de acuerdo con Melchor, procuró abreviar la conversación lo más posible. Quedaron en que José Carlos estudiaría la situación y trataría de prever los próximos movimientos de los saboteadores. Martín le aconsejó desconectar su ordenador de la red de la nave para que nadie pudiera hurgar en él, y Melchor le prometió enviarle un informe exhaustivo sobre los daños causados por los saboteadores y los medios empleados hasta la fecha.

Cuando ya se iban José les ofreció cigarrillos de una pitillera de alpaca que sacó de un

bolsillo. Melchor y Alfredo los rechazaron con cortesía; fumar no estaba bien visto en *Crisálida*, aunque Martín aceptó uno, intrigado a pesar de su enfado.

Melchor miró a su amigo con expresión de falso enojo.

-Sé que contiene un alucinógeno suave, teóricamente prohibido, pero por más que lo han analizado los inspectores de sanidad nunca han podido hallar nada ilegal aquí dentro. ¿Cómo te las arreglas?

-El alcaloide no está en el cigarrillo -dijo enigmáticamente José Carlos.

-¿En el papel? -sugirió Alfredo; José negó con la cabeza-. ¡Ya lo tengo! Es el filtro; al pasar por ahí, el humo arrastra algún producto que se halla escondido -de nuevo su anfitrión negó con la cabeza-. Entonces, ¿dónde está?

José metió de nuevo la mano en el bolsillo y sacó una pequeña cajita de metal damasquinado. De su interior sacó un palito con un extremo recubierto de un material rojo.

-Se llama cerilla. Antiguamente se usaba para encender fuego; debes de haberlo visto en alguna película. La cabeza arde por fricción -rascó debajo de la caja, que tenía una superficie áspera, y apareció una llamita amarilla con un siseo; con ella prendió su cigarrillo y el de Martín-. La cabeza lleva una serie de impurezas que catalizan algunas reacciones de las moléculas orgánicas presentes en la hierba, modificándolas. De este modo aparece el alcaloide, en cantidades infinitesimales pero suficientes.

-Absolutamente retorcido -dijo Martín.

Satisfecho por el cumplido José Carlos Collazos de Toshiba les despidió, asegurando que esperaba ser visitado de nuevo por tan simpáticos huéspedes.

Ya en el vehículo, Melchor trató de calmar un poco a Martín.

-No lo hizo aposta; para él es normal trabajar con esas ilusiones ópticas y figuras extravagantes. Además, tu cerebro ya ha aprendido la lección, y la próxima vez no reaccionarás así. La mente crea sus propias defensas.

-Esa figura que logró atraparme la mirada parecía ser el fruto de mil años de pesadillas de un matemático loco...

-Matemático, no; *metamático*. Delabarre murió a los veintiséis años en el sistema de Barnard, después de pasar tres en un hospital psiquiátrico. Hallaron las fórmulas de su sistema, llamado Terascopio, en un bloc de notas que tenía consigo al morir. Hay una antigua discusión sobre si las fórmulas las escribió durante esos últimos tres años. José Carlos cree que sí.

-¿Puedo introducir un elemento nuevo en esta conversación? -preguntó P-151 con voz neutra.

-Adelante -le respondió Melchor.

-El humo ensucia mi tapizado y la consola de mandos.

Martín replicó con un comentario jocosos sobre los remilgos del vehículo, y éste no volvió a abrir el pico en todo el viaje. Melchor decidió invitar al navegante a tomar una copa en casa, y el coche les dejó junto a la puerta de entrada. Alfredo fue el primero en bajar, seguido de su padre y de Martín. Alfredo se dio la vuelta en ese momento, y lo que vio lo dejó sin habla. P-151 había cerrado la puerta con tal rapidez y violencia que estuvo a punto de cortarles los dedos al navegante. Éste, ocupado en quejarse por enésima vez ante Melchor del mal rato pasado con el dichoso Terascopio, no se había dado cuenta del riesgo corrido.

«¿*Qué demonios te pasa?*». P-151 podía ser irascible, pero nunca pondría en peligro o causaría daño deliberadamente a un humano; ésa era una de las consignas sagradas de los programadores de inteligencias artificiales. El coche permanecía quieto, en silencio, como si nunca hubiera roto un plato, pero había algo extraño en él, indefinible. Alfredo se asomó por la ventanilla, y comprobó que P-151 había vaciado el cenicero en la moqueta, aunque al cabo de un minuto pareció recobrar la sensatez y con un pequeño aspirador reparó el desaguado.

Alfredo se alejó del coche, pensativo. Pensó en contárselo a su padre, pero en cuanto se

metió en casa fue seducido por los canapés y otras delicias que su madre había preparado para recibir al invitado. El aperitivo degeneró en opípara comida, y a la altura de los postres ya se había olvidado de las manías de P-151.

* * *

Al día siguiente, en Comisaría, Melchor se vio acosado por informes de todo tipo. Los guardias detenían y denunciaban a todo el que se acercara a menos de quinientos metros de una zona protegida, por lo que los ciudadanos estaban formulando multitud de protestas contra la Policía. A pesar de sus ruegos y llamadas videofónicas, la televisión había decidido aprovechar para hacer prácticas de sensacionalismo, algo que solamente tenía ocasión una vez cada diez años, debido a la tranquila vida de a bordo. Cuando por fin logró hablar con Marina, vio que parecía estar aún más agobiada que él.

-Creo que empieza a cundir el pánico -la mujer se sentó sobre la mesa y se pasó la mano por la frente-. Alguien está esparciendo rumores sobre los sabotadores, y que la nave puede estallar como un globo cuando den el golpe definitivo.

-Absurdo -replicó Melchor-; ya se cuidarán de que la nave siga entera, por la cuenta que les trae.

Alfredo entró en ese momento en el despacho con un informe. Lucía cara de pocos amigos.

-¡Es indignante! Papá, ¿te acuerdas de los que nos dispararon en el club? -de repente se percató de la presencia de Marina-. Eh... Hola, yo...

Melchor trató de no sonreír al ver el azaramiento de su hijo. Ay, el primer amor...

-¿Qué pasa con ellos? ¿Han revivido ya? ¿Es posible interrogarlos?

Alfredo tragó saliva. Odiaba ponerse nervioso cuando Marina lo miraba, pero era incapaz de evitarlo. Hizo un esfuerzo por sonar profesional cuando alargó el informe a su padre.

-Aunque han tardado en recuperarse, empiezan a responder a la terapia. Según los médicos, las armas que emplearon los navegantes eran demasiado potentes, y los sumieron en una especie de coma, pero lo más gracioso del asunto es que no recuerdan absolutamente nada.

-¿Cómo? -Marina enarcó una ceja, un gesto de lo más atractivo a los ojos de Alfredo-. ¿Las pistolas provocan amnesia, o qué?

-No es eso. Al parecer tenían una cápsula con droga injertada en el interior de la boca. Nada más despertar se mordieron y sin apenas hacerse daño, porque la cápsula estaba a flor de piel, lo olvidaron todo.

-¿Y las familias, amistades, compañeros...? Alguien debe saber alguna cosa, digo yo -repuso la teniente.

-Ciudadanos ejemplares sin excepción, según parientes y conocidos -dijo Melchor, una vez leído el informe; no parecía muy feliz-. Vigilaremos a sus amigos más íntimos, por si acaso descubrimos algún grupo, pero no lo creo. Lo llevan todo demasiado bien organizado. También hemos comprobado sus accesos a la red informática, pero no hemos sacado nada en claro. Maldita sea... Cuando salgan del hospital se los enviaré al juez con tantos cargos que van a picar piedra durante cincuenta años...

Alfredo compartía el sentimiento de frustración con su padre. No parecía haber manera de avanzar en la investigación. Simplemente, los otros eran mejores. Lo tenían todo preparado a la perfección, eran más numerosos y contaban siempre con el factor sorpresa.

-Lo que no entiendo -dijo al fin Marina-, es que queriendo sabotear la nave por razones de comodidad, para no perder las ventajas de vivir a bordo, estén dispuestos a sacrificarse, a olvidarlo todo, incluso quiénes son.

-De sacrificarse, nada -le corrigió Melchor, golpeando el informe que estaba leyendo con

su dedo índice-. Según los médicos, el efecto de la droga dura una semana aproximadamente.

-¡Los muy...! -Marina enrojeció de ira al oírlo-. Justo unos días más de lo necesario para abortar la maniobra. Después recuperan la memoria, y aquí no ha pasado nada.

-Más o menos de eso se trata. Un montaje perfecto, hay que reconocerlo.

Para que no cundiera el desaliento, Melchor animó a los otros a reanudar el trabajo. Alfredo y Marina se dedicarían ahora a hacer un seguimiento de los movimientos de vehículos por toda *Crisálida*. La tarea era ímproba, pero Alfredo disfrutaba como un niño con zapatos nuevos conectando en paralelo ordenadores más potentes de los que nunca soñó manejar, y la información se procesaba con notable rapidez. El chico había logrado contagiar su entusiasmo a Marina, convencida de que por ahí podrían hallar alguna pista. Melchor lo dudaba, pero al menos eso mantenía la moral alta. Al menos, hasta que los saboteadores volvieran a actuar.

No tardaron mucho. Una hora después los altavoces anunciaron un nuevo atentado y toda la Comisaría se puso en marcha. Melchor se dio cuenta de que sus hombres ya no parecían sorprendidos y aturridos como en las primeras ocasiones. Todos se movieron con rapidez y orden, salvo los que debían quedarse en la oficina. Pero también advirtió que al pasar por la armería recogían armas adicionales: fusiles de asalto, pistolas de aguja, y un par de ellos, fusiles térmicos. Esto le preocupó; al parecer se estaban dejando llevar por el nerviosismo ¿o tal vez miedo? La situación se le estaba escapando de las manos. A este paso, más tarde o más temprano alguien caería, y ésa sí que sería una pérdida irrecuperable.

Al dirigirse a su coche acompañado de Alfredo vio a Martín Durán que salía corriendo de una cafetería cercana. Gritaba y gesticulaba con los brazos para que se detuvieran.

-Entra, maldita lapa -gruñó Melchor cuando Martín llegó al lado del vehículo-. No hay manera de librarse de ti.

-Por suerte había ido a la cafetería para llamar a mis superiores. Me he enterado al momento del sabotaje. Siguen con su campaña de destruir piezas de repuesto. Han volado un almacén de placas de isolinita. Son componentes imprescindibles para los grandes generadores que mueven la nave, y lo que es peor todavía, no podemos fabricarlos. Sería tan difícil como hacer una copia de *Crisálida* en medio del vacío. Más aún: al menos, de la nave sabemos cómo funciona, pero las placas...

-¿Que desconocemos cómo trabaja una pieza de nuestros motores? -Alfredo no salía de su asombro.

-Alto Secreto Militar -logró decir Martín de un modo tan cínico que cualquiera diría que podían oírse las mayúsculas-. La Corporación no quería correr riesgos con su tecnología punta. Si esta nave cayera en manos de alguna colonia perdida, o de alienígenas, no han de poder descubrir cómo funcionan algunas de las cosas que llevamos a bordo. No hay ningún registro acerca de esas placas, ni tampoco sobre los detalles de su fabricación. Se autodestruyen si intentas abrirlas. Ni tan siquiera sabemos qué hacen en los motores, puesto que los generadores normales no las necesitan.

- Pues qué alegría...

Mientras proseguían las explicaciones, P-151 volaba a toda velocidad hacia el lugar del siniestro. Alfredo habría jurado que lo hacía de forma más brusca que lo habitual. Por el camino adelantaron a los vehículos antiincendios, que iban cargados a tope. Al llegar supieron el porqué. El almacén ardía como leña seca por los cuatro costados y con llamas de veinte metros de altura. Alfredo quedó desolado. Los policías se miraban con cara de impotencia mientras aguardaban la llegada de los bomberos, que estuvieron allí en pocos minutos, aunque no pudieron salvar gran cosa. Una vez extinto el fuego, el único rastro del edificio era una capa de veinte centímetros de grosor pegada al suelo, compuesta de un material negruzco, parecido al carbón, completamente rígido y más duro que el acero. Los bomberos lo analizaron.

-¿De qué se trata? -preguntó Melchor.

-El edificio estaba hecho de capas de fibra de carbono enriquecida con metal y de láminas de algo parecido al vidrio, pero orgánico. No estamos seguros de cuál era la composición inicial, aunque esta costra negra es el resultado de fundirlo todo junto. Las temperaturas han alcanzado miles de grados ahí dentro; fuera lo que fuese, era un excelente combustible.

-¿Cómo se las han apañado para sabotearlo? Había extintores automáticos y un montón de medidas de seguridad, creo recordar.

-Me temo que volaron los depósitos de espuma.

-Perros...

Mientras, Martín había hablado con sus superiores. Cuando regresó del vehículo estuvo dando rodeos un rato antes de decidirse a contar sus preocupaciones.

-Mira, Melchor, será mejor que te lo tomes con calma, pero en el puente están bastante cabreados. Hablan de imponer un toque de queda a la población e instalar armas automáticas en todas las compuertas y accesos, anular las redes de comunicación informática y detener a todos los sospechosos...

-¿Qué sospechosos?

-Olvidé decírtelo, jefe -respondió Marina, que se había acercado a ellos-. Hace unas horas nos han facilitado una lista de personas que alguna vez penetrado en niveles prohibidos de la red informática.

-¡Eso es ridículo! Hasta mi hijo Carlos podría estar en esa lista; se pasa horas enganchado al ordenador.

-Magán... Magán... Sí, aquí está -confirmó Marina tras consultar su ordenador personal.

-Martín, ¿estás sugiriendo por un casual que detenga a mi hijo, un crío de once años, acusándolo de poner en peligro la seguridad de este mundo?

-¡Oh, no! El que está en la lista es David, el pequeño -le corrigió Marina.

-¡Pero si tiene ocho años!

-Esto... -Martín carraspeó-. Dejando aparte esos casos de manifiesta inocencia, hay muchos que en una ocasión u otra han ido demasiado lejos. Si los mantenemos retenidos en algún lugar durante un par de días, bien lejos de terminales...

-En nuestro código penal no existe la *retención*. O les acusas de algo ante un juez con pruebas suficientes y obtienes una orden firmada para una detención en regla, o no hay nada que hacer. Sin orden sólo se puede detener a alguien en caso de flagrante delito -luego recordó algo y añadió-: Como a ti cuando lo del tiroteo, por ejemplo.

-Lo que proponéis los navegantes es la presunción de culpabilidad para más de diez mil personas -añadió Marina-, que han hecho algo por lo que en otras circunstancias nadie se preocuparía.

-Ya lo sé -repuso Martín, abatido-, pero la mayoría de los míos están muy, pero que muy nerviosos. Recuerda que una decisión de los oficiales de alto rango puede anular la constitución de la nave y cualquier otra ley. Además, el tiempo se nos echa encima. Dentro de poco estaremos orbitando y ya no podrán detenernos, así que el golpe definitivo ha de producirse pronto, esta misma semana. Si al menos supiéramos dónde...

En ese momento, un oficial de bomberos se acercó a ellos. A juzgar por su expresión, era portador de malas noticias.

-Me temo que hay bajas, jefe -le dijo a Melchor-. Cuatro trabajadores de mantenimiento quedaron atrapados dentro. No hemos podido localizarlos en toda *Crisálida*, y sus coches están en el aparcamiento. Tendremos que aguardar al análisis de los restos -señaló la costra negra en que se había convertido la fábrica-, pero no conviene hacerse ilusiones. Habrá que avisar a los familiares...

El bombero se marchó, apesadumbrado, mientras los demás guardaban un silencio incrédulo, como si les costara asimilar lo sucedido.

Cuatro bajas. En los más de ocho siglos que *Crisálida* llevaba surcando el cosmos nunca había muerto nadie como consecuencia de un acto delictivo. La enormidad del hecho fue abriéndose paso en sus mentes. Alfredo observó que su padre parecía el más afectado. Sin duda, para un jefe de Policía, encargado de velar por la seguridad pública, aquello era el peor de los fracasos.

-Esto ha llegado demasiado lejos. Hay que pararlo... -murmuró Melchor. Marina y Martín, al verlo tan apenado, le dieron palabras de ánimo, y eso pareció hacerle reaccionar. Alzó la cabeza y su mirada reflejó una férrea determinación-. Sí, creo que esta vez tenemos bastantes posibilidades de tenderles una emboscada a esos malnacidos.

-¿Puede saberse de qué demonios hablas? -preguntó Martín.

-Pensemos con la cabeza. Han estado atacando fábricas y almacenes de repuestos, por lo que resulta evidente que ahora irán a cepillarse una parte del sistema de impulsión. Lógicamente, aquélla que sea imposible de reparar, por falta de esas piezas de repuesto -señaló teatralmente a los restos calcinados del almacén.

-¿Dónde está la novedad? -Martín no parecía muy sorprendido; aquello era obvio.

-Hay algo que nadie parece saber -Melchor sonrió con desgana-. Cuando José Carlos Toshiba fue encargado de la revisión de los sistemas de impulsión de la nave, había estado trabajando durante años en una teoría suya, que acababa de completar, y que estudiaba las ondas gravitatorias desde el punto de vista de las Metamáticas. No me preguntéis de qué se trata, porque yo no he pasado de los tensores. José es un genio en ese campo y uno de los pocos a bordo que entiende de Metamáticas. Incluso ha estudiado la metatopología de Próxima Centauri, y no sé cuántas cosas más. Pues bien, cuando revisó los motores, llegó a la conclusión de que podía mejorar el diseño aplicando su teoría.

-¡Ahora no podemos dedicarnos a reformar los motores! ¡No hay tiempo! -se lamentó Martín.

-¡Pero si ya lo hizo!

-¡...!

-¡¡...!!

-¡¡¡...!!!

Marina, Alfredo y Martín se quedaron mirándolo sin decir nada; hay ocasiones en que el asombro supera las posibilidades del lenguaje. Por fin, Martín reaccionó:

-¿Quieres decir que ese chiflado peligroso que vive rodeado de pesadillas luminiscentes ha metido mano a los motores?

-Los ha mejorado.

-¿Y cómo es que los navegantes no hemos sabido nada de eso?

-Modificó el programa del Ordenador Central de Vuelo.

-¡Imposible! Nadie tiene acceso a ese ordenador salvo el comandante, y sólo cuando los otros dos oficiales de relevo insertan las llaves al mismo tiempo que la suya.

-El programa de revisión de los motores incluía la de todo el equipo informático, así que tuvieron que permitirle entrar y verificar el sistema. Como nadie entendía lo que hacía, le dejaron allí todo el tiempo que quiso. Cuando salió, el OCV y él se tuteaban. Puede darle órdenes desde su casa. En realidad, el OCV lamenta que todo el mundo tenga prohibido el acceso hasta él y se siente bastante solo, así que a menudo establece contacto con José Carlos y juegan a cualquier cosa.

Martín se llevó las manos a la cara, murmurando atrocidades. Trató de serenarse.

-Vayamos por partes. En primer lugar, ¿cómo lo sabes tú? Y en segundo, ¿por qué no lo denunciaste?

-José Carlos, en el fondo y aunque no quiera reconocerlo, es un vanidoso, y tenía que contárselo a alguien. Confiaba en mí, ya que somos viejos amigos, y me obligó a jurar que

guardaría el secreto. Por mi parte, pongo la mano en el fuego por él. Es absolutamente incapaz de hacer algo que dañe a *Crisálida*. Pero dejémonos de pamplinas. Lo que quería decirnos es que al modificar los motores reordenó la mayor parte de los aparatos. Concretamente, necesitaba que todas las ondas gravitacionales fuesen producidas en un solo punto, y allí colocó los generadores.

Martín no salía de su asombro:

-Los generadores están, o deberían estar, dispuestos formando un círculo alrededor de la popa. Unos ciento veinte en total, cada uno con dos vías de acceso desde el interior, sin contar los corredores de servicio que los comunican entre ellos y con otras instalaciones. Si lo que dices es cierto, ahora están situados en un único emplazamiento. ¿Se puede saber dónde?

-En una gran cámara sobre el eje de la nave. La vació y puso ahí todos los generadores.

-¿Como pudo hacerlo sin que nadie lo supiera? -preguntó Marina-. Haría falta gente para desmontar y transportar todo el equipo.

-Se encargaron los robots. En realidad, el tamaño de los generadores de gravedad no guarda relación con su potencia. Cada uno de los que mueven la nave es un poco mayor que una nevera grande.

-Cierto -añadió Martín-. Los más voluminosos son los generadores de energía y los reactores de plasma para virajes y maniobras de emergencia. La estatocolectora es enorme y las naves auxiliares también, pero los motores de gravedad ni se ven -hizo una pausa y se mesó los cabellos-. ¿Te das cuenta del peligro en que nos hallamos? ¡Un sabotaje en ese punto, y adiós Prometeo! -por un momento dio la impresión de que le iba a arrear un sopapo a Melchor-. ¡Y tú, callado! ¿Cómo es que no tienes allí a todo tu personal, a sabiendas del riesgo que corremos?

-Por tres razones -replicó Melchor-. Una, nadie, salvo nosotros, lo sabe. Dos, mostrar un interés desmedido en esa zona despertaría las sospechas de los saboteadores. Y tres, hasta ahora ellos no habían exhibido sus cartas tan abiertamente -Martín meneaba la cabeza una y otra vez, incapaz de digerir todo aquello-. Piénsalo fríamente: ¡por fin los capturaremos! Podemos simular un fallo en nuestros sistemas de seguridad y dejar que averigüen dónde están los generadores. Está claro que van a por los ellos, así que no debemos distraernos con los sistemas de guiado o computación. Dejaremos el mínimo de guardia allí, lo suficiente para que no sospechen; el resto, derechos a los generadores, donde les prepararemos una emboscada. Yo mismo me ocuparé de redistribuir a los hombres y pediré la colaboración del señor Usabiaga en cuanto regrese de visitar a José Carlos. Me llevo a P-151; lo enviaré de vuelta para que os recoja y os deje en Comisaría -dijo a Marina y Alfredo-. Aguardad allí mis órdenes. ¡Hasta luego!

Melchor los saludó con el brazo mientras se montaba en el coche. Martín, nervioso y aún no muy convencido, abandonó refunfuñando el lugar en busca de un taxi.

* * *

En cuanto P-151 regresó, Marina y Alfredo se subieron en él e iniciaron el viaje a Comisaría. Alfredo lamentaba que el trayecto fuese tan corto. Estar tan cerca de Marina lo convertía en el ser más feliz de *Crisálida*. No podía evitar mirarla cada vez que ella no se daba cuenta, y le parecía la imagen más hermosa del mundo. Daba gusto verla a contraluz, con el resplandor del sol jugando en su cabello. Le habría gustado tener valor para declarársele, pero temía el ridículo, y que ella lo mandara a freír espárragos. Le resultaba inexplicable, ya que no tenía problemas para relacionarse con las chicas, pero con Marina se ponía nervioso, como un crío.

Para Marina, Alfredo llevaba sus sentimientos esculpidos en la cara. El pobre intentaba disimular, pero era un desastre. No parecía mala persona, pero era demasiado joven para ella. Tal vez tendría que hablar seriamente con él y animarlo a que se dedicara a agasajar a mozas de su edad, pero no era cuestión de minarle la moral, en plena caza de saboteadores. Después de arribar

a Prometeo, quizá...

-¿No estamos subiendo demasiado? -preguntó de repente Alfredo.

Marina dejó sus meditaciones y volvió al mundo real. Efectivamente, el coche se había apartado del carril aéreo asignado sin que se hubieran dado cuenta. Era extraño; los vehículos debían anunciar esos cambios a sus tripulantes.

-P-151, parece que ha habido un cambio de rumbo -dijo-. ¿Cómo es que...?

Sin previo aviso, P-151 dio un brusco bandazo, olvidando cualquier consideración hacia sus pasajeros, y enfiló directo al Polo Norte. Los cinturones de seguridad evitaron mayores daños, pero el susto fue mayúsculo. La alarma fue convirtiéndose en pánico al comprobar que P-151 no atendía a órdenes, ruegos ni súplicas. El coche se dirigía recto hacia el norte, a velocidad constante, con ánimo de estrellarse contra el suelo. Haciendo cálculos, les quedaban poco más de dos minutos de vida.

Marina se desgañitaba frente al tablero de mandos, golpeándolo con los puños y soltando un florilegio de tacos que hicieron sonrojar a Alfredo. Éste se hallaba aún más aterrado que la mujer. Un negro espanto se había abatido sobre él, y su cerebro parecía haberse bloqueado, dando vueltas alrededor de una frase: «*Esto no puede estar pasándome a mí*». Se preguntó qué se sentiría al morir, y si las leyendas sobre la pervivencia del alma tras el fallecimiento tendrían base real. De repente, un insulto de Marina hacia P-151, acordándose de todos sus antepasados hasta la máquina analítica de Babbage inclusive, lo hizo reaccionar.

-¡Mierda! ¡El ordenador!

Temblando de excitación y miedo, agarró el portátil que siempre llevaba con él cuando estaba de servicio y que había dejado en la guantera. El aparato se conectó sin problemas. Alfredo suspiró de alivio; temía que se hubiese dañado cuando P-151 efectuó aquel demencial giro. Se conectó al terminal del coche, el cual se negó a permitirle el acceso.

-Demasiado bonito para funcionar -murmuró Marina, que sudaba a mares-. Gracias por intentarlo, al menos.

-¡Las claves! Marina, ¿cuál es el código de máxima prioridad que te pasó mi padre?

-¿Vamos a morir y a ti se te ocurre ponerte a jugar con...?

-¡Dámelo, maldita sea! -gritó Alfredo-. ¡Apenas nos queda minuto y medio!

Marina se quedó un poco cortada. El chico podía haber sucumbido a la histeria, pero su voz sonaba como si realmente tuviera una idea. En fin, ¿qué podían perder? En tales circunstancias, nadie los censuraría por agarrarse a un clavo ardiendo. Le dio el código y vio cómo Alfredo lo introducía en el ordenador y buscaba desesperadamente algo entre una legión de menús interactivos. Marina dejó de prestarle atención, y miró como hipnotizada la pared norte de *Crisálida*, que se acercaba a gran velocidad. Un pájaro debe sentirse así, pensó, cuando queda inmovilizado ante los ojos de una serpiente. El miedo desapareció. Iba a morir, así que no tenía sentido asustarse ya. Al menos, sería rápido. Fascinada, no podía dejar de contemplar la hermosa superficie verde, salpicada de lagunas, del Polo Norte, que parecía querer recibirlos con un abrazo. Los hechos más significativos de su vida pasaron ante sus ojos en un instante. En fin, tampoco tenía que arrepentirse de tantas cosas, y fue hermoso mientras duró. Lamentaba perderse la colonización de Prometeo, pero qué se le iba a hacer.

Justo antes del impacto, P-151 dio un viraje tan brusco que estuvo a punto de desnucarla, si no llega a ser por el reposacabezas y los sistemas de seguridad activa del coche. P-151 se precipitó en un lago, pero la gran velocidad a la que volaba hizo que rebotara en la superficie del agua como una piedra plana y acabara frenando en el barro de la orilla. Al final quedó inmóvil, con sus dos pasajeros maltrechos pero sin ningún hueso roto, y la carrocería goteando fango.

Marina, una vez convencida de que seguía en el reino de los vivos, respiró hondo. Ahora que el peligro había pasado, descubrió que se había clavado las uñas en las palmas de las manos hasta hacerse sangre. Entonces se acordó de Alfredo. El muchacho se había hundido en su butaca,

y aferraba el portátil con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos. Su mirada estaba fija en la pantalla, que mostraba unas cifras dispuestas en columnas. Al cabo de un rato levantó muy despacio la cabeza y sonrió débilmente.

-Lo conseguí -y se puso a temblar descontroladamente.

Marina lo abrazó, y permanecieron así varios minutos, confortándose mutuamente con su presencia, experimentando la maravillosa sensación de estar vivos. Finalmente se calmaron y se separaron.

-Muy bien, Alfredo. ¿Cómo diablos lo hiciste?

-En cierto modo, fue gracias a ti -Marina lo miró sorprendida-. Cuando insultaste a P-151 acordándote de todos sus difuntos informáticos, me vino a la cabeza una asociación de ideas. Los antiguos programas de ordenador llevaban una especie de puertas camufladas que sus creadores dejaban para poder acceder a ellos si fuera menester, independientemente de las protecciones que se inventaran los usuarios. Entonces me dije: ¿por qué no los coches patrulla? Así, logré entrar en la mente de P-151 y desbloquearla en el último segundo gracias al bendito código de máxima prioridad. Parece mentira lo rápido que llega a teclear uno cuando está cagado de miedo...

Alfredo rezumaba orgullo por los cuatro costados, y Marina convino en que tenía todo el derecho del mundo. Su compañero estaba resultando de lo más apañado.

-Te debo una -le dijo, guiñándole un ojo.

Alfredo hizo acopio de valor; la suerte sonreía a los audaces:

-Te tomo la palabra. ¿Me... me permitirías invitarte a cenar, cuando todo este follón pase?

Marina lo miró, divertida. Bueno, en el fondo, la idea no era tan desagradable. Y el chico crecería; en un par de años estaría en sazón, seguramente. Además, no era tonto y se esforzaba por agradar. Si pensaba en la colonización de Prometeo, sería una compañía mucho más recomendable que alguno de los guaperas inútiles que conocía. Siempre que no la acusaran de pederastia...

-Buéeno... Te aprovechas de que soy una sentimental, y que estoy en deuda contigo - hizo un esfuerzo por no reír al ver la cara de felicidad que se le había puesto a Alfredo-. Pero ahora tenemos que salir de aquí. Deberíamos llamar a...

-Podemos confiar en P-151, Marina. Vuelve a ser el de antes; ya me he ocupado de ello. ¿Verdad, viejo amigo?

La mujer miró el cuadro de mandos con recelo; al fin y al cabo, aquel cacharro había tratado de matarlos hacía un momento.

-Yo... -la voz del coche reflejaba una profunda desolación; casi daban ganas de bajar y darle una palmadita en la carrocería, para animarlo-. Lamento lo sucedido. Disculpadme, por favor. Merezco que me desguacen. He estado a punto de...

-Tranquilo, P-151, tú no tienes la culpa -lo consoló Alfredo-. Llévanos a Comisaría, sin prisas, y luego date una vuelta por el lavadero. Un buen pulido, y estarás como nuevo.

-Sí, Alfredo.

Con total mansedumbre, P-151 levantó el vuelo y se encaminó hacia el sur. Marina miró a su compañero, pero antes de que le preguntara, Alfredo señaló la pantalla de su portátil.

-Alguien quebró los códigos de seguridad de P-151, y alteró sus registros. Sí, ya sé que teóricamente son inviolables, pero ahí lo tienes... Ya sabes que uno de los ordenadores centrales de *Crisálida* registra los movimientos de todos los vehículos, por lo que podemos saber en todo momento qué hace cada uno. Pues bien, P-151 ha estado enviándole información falsa, tanto sobre sus propios movimientos como acerca de los de otra gente. En pocas palabras, lo forzaron a delinquir y le introdujeron un comando para que fuera incapaz de denunciar que algo marchaba mal.

-Es decir, le lavaron el coco...

-No, Marina. Es imposible borrar la memoria de un cerebro biocuantico. Y ahí está el

motivo de su rapto de locura. Quienquiera que le hiciera esto tuvo que insertarle una serie de recuerdos falsos encima de los verdaderos, enmascarándolos, para que P-151 olvidara los datos comprometedores. Pero los coches patrulla son demasiado complejos. El bloqueo tuvo fallos, y P-151 empezó a sentirse mal sin saber por qué. Yo mismo observé algunos comportamientos anormales en él: conducción torpe, arrebatos de agresividad... Pero no les di importancia. Y al final, el pobre estalló. No me pidas detalles, porque no soy ciberpsicólogo, pero el complejo de culpa que experimentó al darse cuenta de que había sido utilizado para cometer delitos debió de provocar el ataque que por poco se nos lleva por delante.

-Tiene sentido, sí... Oye, Alfredo, ¿puedes averiguar qué movimientos reales ha hecho P-151 durante todos estos días?

-Pan comido -los ojos de Alfredo brillaban de excitación-. ¿Te das cuenta, Marina? ¡Por fin disponemos de una pista fiable para dar con esos tipos! Con los generadores vigilados, y con un poco de tiempo, serán nuestros. ¡Nadie va a impedir que lleguemos a Prometeo!

La alegría del chico era contagiosa, y Marina se dejó llevar por ella durante unos instantes. Sin embargo, una idea la preocupaba.

-¿Quién habrá podido hacerle eso a P-151? Sólo lo utilizáis en vuestra familia, y no creo que nadie, salvo tú, tenga los conocimientos necesarios para manipular el ordenador...

-Ni siquiera yo, y bien que lo siento. Hasta hoy no he tenido acceso a los códigos. No sé, tal vez algún conocido... -Alfredo trató de hacer memoria, y de repente se puso pálido-. Mierda. El tipo ése de Toshiba, José Carlos; es un genio... ¡Marina! ¡Mi padre ha ido a visitarlo! ¡Puede estar en peligro!

-Calma, Alfredo -Marina trató de tranquilizarlo, pero lo que había dicho tenía mucho sentido-. Será mejor que lo llamemos. P-151, si eres tan amable...

El vehículo contactó con la casa del científico, pero en la pantalla del videófono apareció una grabación en la que José Carlos decía que ahora estaba reunido, y que dejaran un mensaje al oír la señal. Marina y Alfredo se miraron, aprensivos.

-¿Reunido? ¿No crees que...? -dijo Alfredo, pero P-151 lo interrumpió:

-Hace un minuto y veintisiete segundos le puse una multa por exceso de velocidad a un coche que iba en vuelo rasante. Mi radar tomó nota de la velocidad y anotó la matrícula, pese a que el código de barras estaba bastante sucio. El vehículo pertenece al señor José Carlos de Toshiba. Y es curioso, porque habitualmente suele ser más lento que una tortuga.

A las mentes de Alfredo y Marina vino una de esas ideas que uno prefiere no tener, y empezaron a sudar. Telefonaron al coche de José Carlos, pero tampoco respondió nadie.

-Dime, P-151, ¿adónde se dirigía cuando lo viste? -preguntó Marina.

-Dirección popa, a toda velocidad.

Alfredo sabía que su cara debía de estar pálida como la cera, y que su voz iba a sonar histérica, pero la conclusión era obvia.

-¡Los generadores!

* * *

Por una vez, Alfredo estuvo de acuerdo en que necesitaban la ayuda de Martín. Lo recogieron a toda prisa y P-151 se elevó para llegar en vuelo directo a máxima velocidad. Marina hizo unas cuantas llamadas y las respuestas la dejaron estupefacta.

-No hay vigilancia especial en torno a los generadores, tan sólo una pareja de agentes que ni siquiera disponen de un aparato de radio para comunicarse con nosotros. No se ha recibido la orden que Melchor nos prometió impartir de incrementar los efectivos para tenderles una celada...

-¡Tiene que ser obra del maldito José Carlos! ¿Qué le habrá hecho a mi padre?

Alfredo estaba furioso, pero el rostro de Martín sí que era un auténtico poema, pálido y

desencajado.

-Van a dar el golpe definitivo ahora mismo...

-Por una vez será una suerte tenerte, Martín -dijo Marina.

-¿Ah, sí? ¿Y eso, por qué? -respondió el aludido, con malos modos.

-Eres un navegante; tú debes saber cómo son las tripas de la nave y todo eso.

-Ahora resulta que sirvo para algo, no te fastidia... -hubo un momento de silencio, mientras trataba de calmarse y pensar fríamente-. ¿Puedo efectuar una llamada al puente?

Mientras se encaminaban hacia la popa, los oficiales de vuelo le explicaron dónde estaban las entradas y enviaron unos archivos al portátil de Alfredo, que los iba convirtiendo en planos tridi. Martín los examinaba, cada vez más desalentado.

-Menudo galimatías... El casco de popa parece estar horadado por cientos de túneles que se entrecruzan. Lo más probable es que nos perdamos.

-Oye, haremos una cosa -le dijo alguien desde el puente-. Pondré un robot en cada cruce. Tendrá un brazo, o un soplete, o lo que sea, extendido en una dirección. Vosotros seguidlo y no os perderéis.

-Menos mal que no se les ha ocurrido dejar un rastro de miguitas de pan -murmuró Martín.

* * *

Crisálida, como muchas otras generacionales, obtenía su gravedad por rotación. Sin embargo, se trataba de una nave esférica, no cilíndrica, diseñada para tener una mayor superficie habitable. Por tanto, diversos generadores distribuidos por la nave compensaban las diferencias existentes entre el ecuador y los polos. El área en donde se posaron, cerca del eje, estaría ingravida si no fuera por la ayuda artificial. Era un hexágono negro rodeado de luces rojas parpadeantes, en medio de una explanada llena de domos. Al bajar del vehículo notaron una atracción reducida, pero suficiente. Fuera había varios vehículos. Uno de ellos era el de José Carlos; los demás pertenecían a la Policía. Las patrullas iban llegando una tras otra, alertadas por Marina. Fueron directamente a hablar con la pareja que había estado vigilando el lugar desde hacía horas.

-¿Como es que no hay más de vosotros en este lugar? -preguntó Martín, presa de los nervios-. Ni tan siquiera parece que el domo estuviera sellado.

-Esto no figura entre los lugares que debíamos proteger. Teóricamente no hay nada importante ahí dentro; al menos, no recibimos órdenes al respecto.

-¿Ha entrado alguien? -preguntó Marina, la más serena de los tres.

-Nadie no autorizado, teniente. Hace unos minutos, el jefe de Policía, el señor Magán, vino con el sargento Reche y otro individuo, que...

-Ese otro sujeto, ¿era delgado y lucía una perilla? -preguntó Alfredo con ansiedad.

-Efectivamente. Debe de ser alguien importante, porque fue necesaria su presencia para entrar en el domo. Puso los ojos delante de la puerta, el ordenador reconoció su patrón de iris, y los dejó pasar.

Martín soltó un taco.

-¿Detectasteis algo anormal en su comportamiento? -preguntó Marina.

-El sujeto de la perilla parecía algo alterado. El sargento Reche lo sujetaba del brazo, pero el señor Magán nos dijo que todo iba bien, que era una comprobación de rutina. Ahora que lo pienso, el jefe también daba la impresión de estar algo nervioso, pero no me extraña, con la tensión que soportamos estos últimos días.

-¡Ese maldito viejo...! -Alfredo hervía de indignación-. ¡Seguramente amenazó a mi padre con hacer daño a nuestra familia, o le ha pegado algún explosivo al cuerpo, para obligarle a

obedecer sus designios! Tiene que estar confabulado con Reche; incluso en la Policía hay tipos que desearían continuar el viaje. ¡Tenemos que ir tras ellos inmediatamente!

Marina y Martín cruzaron una mirada. A ellos se les había ocurrido otra interpretación de los hechos mucho más siniestra.

-Seguidme todos, salvo vosotros, que permaneceréis montando guardia -ordenó Marina a los agentes que habían ido llegando; luego miró a Alfredo, y le puso la mano en el hombro-. Será mejor que te quedes aquí -dudó un momento-. Podría ser peligroso.

-¡Y un cuerno! Me necesitáis por si hubiera que extraer información de cualquier terminal de ordenador, y además ¡se trata de mi padre! ¡Tendréis que amarrarme para impedir que os acompañe!

Marina se encogió de hombros.

-De acuerdo, tú ganas, pero mantente en el centro del grupo y agáchate si hay tiros.

Entraron en el domo. Mientras corrían detrás de Marina, Martín hablaba con sus compañeros del puente sobre el camino más corto a seguir hasta la sala de los generadores. De repente, se detuvieron en seco. Estaban en un corredor de servicio, un largo pasillo gris que daba a una cámara de distribución circular, también gris. En el centro, un robot con forma de araña tenía sus diez extremidades extendidas en dirección a todas las entradas de los otros corredores.

-¡Bravo! -Exclamó Marina con sarcasmo-. Conque los robots nos guiarían, ¿eh? Felicita a tus amigos de mi parte, Martín.

-Espera, este robot está estropeado -Martín se acercó a la máquina-. Mira ahí, le han disparado -señaló a un agujero con los bordes orlados de goterones de metal fundido.

-Un haz térmico; esto se pone feo -murmuró Marina.

Al oír esto los otros policías desenfundaron sus armas. Martín observó que no eran las pistolas eléctricas reglamentarias. Estudió uno de los hologramas creados por el portátil de Alfredo.

-Bueno, el plano dice que es aquel pasillo de allí -señaló uno al otro extremo de la sala y se dirigieron a él.

Mientras corrían llegó un aviso desde el puente. Martín les hizo detenerse para que todos pudieran escucharlo.

-Repite lo que has dicho, Antonio.

-Una cámara situada en la sala de terminales del nivel 3.5 nos ha mostrado a tres individuos que penetraban en la zona de alta seguridad, aunque la imagen es de mala calidad. Uno de ellos ha pasado el control de iris de la compuerta, y bloqueó el ordenador de la entrada inmediatamente después.

-¿Alguno llevaba perilla? -preguntó Martín.

-Así es. El que ha franqueado la entrada con su retina, concretamente.

-¡Ese maldito saboteador! -gritó Alfredo, furioso.

-Un momento; parece que recibimos más datos -dijo Antonio desde el puente-. Otra cámara acaba de filmarlos. Al parecer, se han puesto trajes de vacío, como si quisieran operar en el exterior de la nave. Os paso la imagen.

El portátil de Alfredo generó un holograma animado. En él se veía claramente a tres individuos con escafandras blancas. No se podían discernir sus rostros, ocultos tras los visores polarizados. Uno de ellos era más bajo que los otros y llevaba en bandolera una bolsa bastante abultada. Además portaba una pistola térmica, con la que encañonaba a uno de los otros, obligándolo a manipular un terminal. De repente, la imagen se esfumó.

-Han dejado fuera de combate a todas las cámaras del sector, como es lógico. El pequeño es Reche, sin duda; nunca sirvió para jugar al baloncesto -dijo Marina-. Apuesto lo que sea a que la bolsa contiene explosivos. Desgraciado... -estaba indignada; el ver que un compañero traicionaba a los suyos era un golpe muy duro.

-¡Vamos, no perdamos el tiempo! -gritó Alfredo, echando a correr.

Los pasillos parecían interminables y tenían un sinfín de desviaciones. Alfredo sudaba y experimentaba una creciente sensación de impotencia. Desde el puente les estaban guiando para que persiguieran a un rival al que no podían ver. Toda la tensión acumulada durante los últimos días, toda la frustración por los sabotajes buscaban un modo de estallar. En aquel momento Alfredo había dejado de ser una persona tranquila; necesitaba actuar, y deseaba hacerlo violentamente. Como aquellos dos traidores le hicieran daño a su padre...

El puente de mando estaba recibiendo visitas en esos momentos. Varios técnicos y científicos, junto al comandante de la nave y otros militares de alto rango que habían permanecido en hibernación estaban siendo despertados poco antes de la llegada, tal como estaba previsto, y empezaban a ocupar sus puestos. Tardaron muy poco en darse cuenta del desastre que se avecinaba. Un ingeniero aeroespacial, recién salido de su sueño de siglos, se hizo cargo de la situación. Ni siquiera había tenido tiempo de vestirse, excepto por una bata de laboratorio que uno de los médicos le prestó. Consultó con el ordenador de la nave, quien le saludó como un viejo amigo, y empezó a impartir órdenes.

Martín estaba bastante extrañado con lo que oía, pero detuvo a los demás y les comunicó las instrucciones.

-¡Retrocedamos!

Todos le miraron con asombro.

-Así es -Martín se encogió de hombros al decir esto-. Hay un tipo que dice haber diseñado esta parte de la nave y quiere que volvamos a la sala de herramientas que hemos dejado atrás.

Regresaron corriendo, aunque el cansancio empezaba a hacer mella. Una vez en la sala el ingeniero les hizo tomar un disruptor molecular y abrir un agujero en un punto exacto del suelo. Momentos después se encontraron en otro pasillo. Saltaron y de nuevo siguieron las instrucciones para abrir otro boquete a cien metros del primero, justo al lado de unas tuberías pegadas a la pared. Tuvieron que atravesar un espacio intermedio repleto de cables y tubos flexibles, pero al final llegaron donde se proponían.

-Habéis tomado un buen atajo -les dijeron desde el puente-. Ahí enfrente está la compuerta que atravesaron.

Marina trató de pasar el control de acceso mostrando su ojo a la célula de identificación, pero nada ocurrió.

-No os preocupéis -dijo una voz a través del transmisor-. Seguid las instrucciones que os va a dar este señor.

Otro de los ingenieros recién sacados de su letargo empezó a dictar órdenes en tono severo. Desmontaron el disruptor molecular, y Martín conectó varios componentes electrónicos entre sí formando un disparador que activaba el miniacelerador de partículas. Martín puso junto a la puerta dos recipientes del tamaño de una botella que tomó de una estantería, les quitó los tapones de seguridad y sólo después de hacerlo leyó una etiqueta triangular amarilla con letras negras:

PELIGRO
ALTO EXPLOSIVO
Detona por inducción eléctrica
¡Es otro producto Toshiba para su taller!

Martín aplicó el disparador a la válvula que conectaba ambos depósitos. Se alejaron corriendo hacia la antesala y al poco se oyó una fuerte explosión. Cuando regresaron había un boquete de medio metro de diámetro en la puerta. Tuvieron que atravesarlo con mucho cuidado para no tocar los bordes de metal caliente.

-Ahora os encontráis en la zona de seguridad -dijeron por la radio-. Los generadores de gravedad están conectados y en activo, pero hemos visto a los intrusos atravesar otra compuerta y penetrar en el recinto. En este momento están preparando lo que debe ser un explosivo. Basta con que destruyan tres o cuatro generadores y tendremos que abortar la maniobra. Si tal cosa sucediera, doy mi palabra de honor de que rodarán cabezas, y no hablo en sentido figurado. ¿A qué bendita luminaria se le ocurrió la brillante idea de poner ahí esos cacharros, con una jauría de saboteadores sueltos y...?

Se escuchó un juramento y un golpe violento, como si alguien hubiese arrojado al suelo el micrófono. Otra voz habló por el transmisor:

-Disculpad al nuevo comandante, pero está al borde del infarto. Es un veterano que, según los planes, tenía que relevar al anterior justo antes de la maniobra de frenado. Tantos años durmiendo, para encontrarse ahora con semejante panorama... En fin, a ver si todavía podemos salvar la situación. Tomad el pasillo de la derecha, de prisa.

Corrieron en la dirección indicada. Marina vio a las cámaras de televisión girar para seguir sus pasos.

-Ahora tenéis que entrar en la galería de cableado que está a vuestra derecha -les aconsejaron-. Podéis romper el cierre con un disparo de pistola térmica.

Un policía abrió la portezuela y uno tras otro se introdujeron en el angosto pasaje. Desde el puente fueron guiándolos a través de varios cruces hasta que pudieron acceder a un pequeño cubículo, un cuarto de distribución cerrado desde fuera.

-No os preocupéis; podemos abrir esa puerta desde el puente, ya que carece de controles de alta seguridad.

Esperaron un minuto y empezaron a impacientarse.

-Tenemos algunos problemas; parece que algo no funciona bien y no se abre. Uno de los saboteadores tiene que ser un manitas de la electrónica.

Martín empezó a aporrear la puerta furiosamente, y luego trató de derribarla a golpes de hombro.

-Déjalo -susurró Marina-. Así no lograrás nada, aparte de una contusión.

El navegante dio una última patada de frustración a la puerta y empezó a revolver la habitación, pero solamente había instrumentos de medición que no servían para forzar la puerta. Le pidió a Alfredo que le mostrara por el ordenador el plano de la zona, pero por mucho que lo estudió tuvo que rendirse a la evidencia. Si no abrían aquella puerta, no tendrían nada que hacer. Y si los saboteadores se daban cuenta, tal vez serían capaces de destruir de inmediato los generadores, aunque eso significase su propio sacrificio.

En el puente cada vez estaban más nerviosos. Habían logrado activar una cámara, y contemplaban impotentes a uno de los saboteadores, el más alto, colocar las cargas explosivas al pie de los generadores. Retransmitieron las imágenes al portátil de Alfredo, quien veía angustiado a su padre encañonado por el sargento Reche. Los demás trataban de buscar cualquier cosa que pudiera servir para abrir la puerta, pero no daban con nada que fuera lo bastante rápido o silencioso.

-¡Eh! ¡Mirad esto! -gritó Alfredo-. ¡Reche está llevando a mi padre a un almacén lateral!

Efectivamente, el individuo bajito conducía al otro a punta de pistola a un pequeño recinto, que daba justo a la puerta frente a la que estaban. El bajito señaló a un terminal de ordenador con su arma y dijo algo a su prisionero. Por desgracia, no recibían el sonido, pero desde el puente pronto averiguaron qué se proponían.

-La sala donde están los generadores da directamente al exterior de *Crisálida*, y acaban de introducir una serie de instrucciones que permiten su apertura manual. Está claro lo que quieren hacer. El explosivo que portan no es lo bastante potente para destruir los generadores, que están blindados con una plancha de cinco centímetros de biometal; necesitarían una tonelada para cada

uno. Posiblemente se limitarán a volar las fijaciones que los unen al suelo y abrirán la compuerta del techo. Luego, los arrojarán al vacío con un buen impulso.

-¡Mierda! -exclamó uno de los policías-. ¡La gravedad está bajando!

Efectivamente, los presentes notaron cómo disminuía su peso. Dado que no llevaban las botas magnéticas reglamentarias de los trajes de vacío, pronto estarían flotando sin control. Todos trataron de buscar algún asidero.

-Teníamos razón -dijeron desde el puente, donde comenzaba a reinar el pánico-: han desconectado el generador local, señal de que van a arrojar los otros por la borda.

-¡Un momento! -dijo Alfredo, y todos se giraron hacia él-. ¡Creo que puedo enviar un mensaje a mi padre a través de la pantalla de ese terminal! ¿Recuerdas las claves, Marina?

* * *

El prisionero odiaba lo que estaba haciendo, pero no quería morir. Sus captores lo habían amenazado con un final lento y extremadamente doloroso si no cedía a sus pretensiones. Lo más chusco del caso era que una vez que se hubiesen salido con la suya, ¿quién iba a castigarlos? Para muchos habitantes de *Crisálida*, aquellos desalmados se habrían convertido en héroes. Súbitamente, un mensaje escrito en letra pequeña parpadeó en una esquina de la pantalla del ordenador que manipulaba. Su corazón dio un vuelco al leerlo:

**LA POLICÍA ESTÁ EN LA HABITACIÓN VECINA
PODREMOS PASAR SI TECLEAS ESTA CLAVE DE ACCESO:
16078647PQS4456**

El prisionero no se lo pensó dos veces y obedeció. La puerta se abrió en silencio, y aprovechando la escasa gravedad que aún quedaba, varios agentes saltaron sobre Reche. Éste consiguió disparar su arma, hiriendo a un agente, pero los demás lo inmovilizaron y esposaron. Por desgracia, el otro saboteador escogió ese momento para echar un vistazo, y al darse cuenta de lo que ocurría retrocedió y cerró el acceso a la sala de los generadores. Marina disparó en vano contra el cierre de la compuerta; era demasiado recia y su arma no la dañaba. Al verse perdido, Reche mordió la cápsula con droga que guardaba en la boca y se sumió en el olvido. Ya despertaría dentro de un par de semanas, cuando Prometeo hubiera quedado definitivamente atrás.

Sin embargo, a Alfredo aquello no le importaba ya. Torpemente, debido a la escasa gravedad, corrió a abrazar a su padre.

-Estás bien... Estás bien... -era lo único que acertaba a decir.

Sin embargo, Alfredo notó algo extraño en su padre. No respondía a su abrazo; es más, parecía querer apartarlo de sí. Se alejó unos pasos, extrañado.

El hombre de la escafranda se movía lentamente, como si le costara un gran esfuerzo. Se llevó las manos al cuello y soltó el cierre de la escafranda. Alfredo se encontró frente a frente con José Carlos Toshiba.

-Lo siento mucho, hijo. Sé que esto duele muy hondo, pero es Melchor quien ha organizado los sabotajes. Nos engañó a todos.

Alfredo quedó paralizado unos instantes. Su mente se negaba a admitir lo que José Carlos le decía, pero finalmente tuvo que aceptarlo. Se sentó en el suelo y se acurrucó en posición fetal, como un niño pequeño. Ni siquiera tenía fuerzas para llorar. Todo aquello en lo que creía se había desmoronado como un castillo de naipes.

En ese momento, la gravedad artificial se cortó totalmente. Alfredo, al igual que los demás, empezó a flotar sin control y a golpearse contra las paredes, pero ni se dio cuenta de ello.

* * *

Marina había logrado agarrar a Alfredo con una mano, y maniobrando con agilidad logró asirse a una especie de picaporte que había en la compuerta. La mujer se felicitó por su afición a la práctica de la gimnasia en baja gravedad; además de mantenerse en forma, en ciertas ocasiones resultaba útil. Desafortunadamente, sus hombres eran bastante más patosos y daban tumbos por la sala como las bolas de una partida de billar tridimensional. Para mayor desgracia, uno de ellos había chocado contra la cabeza de José Carlos, dejándolo inconsciente, aunque las botas magnéticas de su traje lo mantenían pegado al suelo, oscilando como un junco en un día ventoso. El científico había pagado cara la ocurrencia de quitarse el casco en el momento más inoportuno.

Marina, impotente, vio por la ventana de la compuerta a Melchor teclear en un panel de control de maquinaria. El techo empezó a abrirse, dejando escapar todo el aire de la estancia. Acto seguido detonó las cargas. Las vibraciones de las explosiones llegaban con una regularidad escalofriante a través de las paredes y el suelo.

En el puente de la nave todo el mundo parecía haber enloquecido. Algunos trataban de hallar la manera de cerrar la compuerta desde el ordenador central, pero las vías de acceso estaban bloqueadas. Melchor simplemente había cortado los cables de fibra óptica que conectaban el dispositivo con la red. Otros se dirigieron hacia las naves auxiliares para tratar de capturar los generadores antes de que se perdieran en el espacio, pero descubrieron que todas habían sido saboteadas a conciencia. Arreglarlas llevaría días y para entonces la maniobra de frenado ya habría sido abortada.

Mientras tanto, Melchor había logrado separar todos los generadores del suelo. Con un bichero magnético los fue conduciendo hasta una grúa. Ésta los agarraba uno a uno con sus pinzas y con un violento pero bien calculado giro los iba arrojando al vacío.

Justo entonces, Marina tuvo una de esas ideas descabelladas a las que habitualmente no se les hace caso, pero estaba tan furiosa por la traición de su jefe y porque los saboteadores se salieran con la suya, que no se lo pensó dos veces. Aquella grúa era un simple brazo mecánico; su programa de funcionamiento tenía que residir en algún sitio. Desde luego, no en el ordenador central, porque en tal caso ya la habrían detenido desde el puente. No podía estar muy lejos. ¿Tal vez en el terminal que estaba junto a José Carlos? El científico estaba inconsciente, así que poca ayuda podría brindar. Marina rezó una silenciosa plegaria a nadie en particular, rogando que no hiciera un boquete en el lugar equivocado que los arrojara todos al vacío, y disparó con su pistola térmica al terminal. Hubo una explosión y un montón de chispazos cuando el pobre aparato fue reducido a una sopa metálica, pero nada más ocurrió. Seguían vivos.

Afuera, la grúa se agitó durante unos segundos como si tuviera hipo. Su brazo describió un molinete que estuvo a punto de decapitar a Melchor, y finalmente se desplomó, inservible, pero no antes de golpear a uno de los generadores, que empezó a dar tumbos por la sala, rebotando contra las paredes e impactando contra sus hermanos. Éstos empezaron a derivar sin rumbo concreto, perezosamente, como pompas de jabón.

El disparo de Marina también tuvo otra virtud inesperada. Desde el puente pudieron conectar con los altavoces de la habitación. Los policías, que bastante tenían con tratar de evitar chocar contra los restos calientes del ordenador destruido, oyeron los gritos de júbilo de los ingenieros al ver que la grúa estaba inutilizada. Sin embargo, Melchor seguía vivo e ileso, y parecía buscar algún objeto.

-Hemos perdido tres generadores -dijo el comandante-. Tienen que hacerse con los restantes y llevarlos al suelo, conectar de nuevo las tomas de energía, y con cualquiera de los soldadores moleculares del almacén fijarlos al piso lo antes posible. No podemos perder ni uno más. Ni uno, ¿entienden? -se notaba que sus nervios lo traicionaban; la sala de los generadores

estaba sellada a cal y canto, y para cuando lograran entrar, ya sería tarde.

Marina miraba fascinada los generadores. A pesar de su masa considerable, flotaban grácilmente por la estancia. Vio que Melchor había encontrado por fin lo que buscaba: el bichero magnético, una especie de bastón telescópico que servía para agarrar objetos metálicos. Melchor consiguió hacerse con uno de los generadores e invirtió la polaridad del bichero, transformándolo en repulsor. El generador flotó majestuosamente en dirección a la compuerta abierta. Un grito de rabia proveniente del puente se escuchó por los altavoces.

Marina, desolada, contempló cómo las esperanzas de llegar a Prometeo se marchaban con lentitud exasperante. Sus ojos se humedecieron, y la visión se le nubló. Parpadeó para enjugarse las lágrimas, y por un momento creyó que algo no marchaba bien. ¿Se le habrían dañado las retinas con la explosión? ¿Qué era aquella mancha borrosa en la escotilla?

«Un momento. Si parece...».

Giró la cabeza y contó a sus hombres. Por fin todos habían logrado agarrarse a algo, y no flotaban por ahí. Pero faltaba...

-¡Martín!

* * *

El navegante no había perdido el tiempo. Una vez memorizados los mapas que Alfredo le mostró, aprovechó la confusión reinante y se marchó. Tenía un plan, y era el único de los presentes con los conocimientos y el grado de desesperación necesarios para llevarlo a cabo. Los saboteadores no se iban a salir con la suya mientras a él le quedara un hálito de vida. Martín creía en muy pocas cosas, pero lo sagrado de su misión era una de ellas.

A poco más de un kilómetro de la sala de los generadores, había uno de los pequeños motores de plasma que *Crisálida* utilizaría para las correcciones de órbita necesarias cuando llegara a su destino. Bueno, lo de pequeño era relativo a la masa de la nave; las toberas medían diez metros de diámetro cada una. Martín se detuvo en un almacén para enfundarse un traje espacial, colocarse una mochila impulsora y coger un disruptor molecular.

A pesar de que las suelas magnéticas del traje evitaban que saliera flotando, le costó un buen rato llegar a la sala del motor, empezar a abrir tabiques, destrozar piezas, lograr llegar a una tobera y salir por ella al exterior del casco. En el puente no se percataron de nada de esto. Por un lado, estaban demasiado preocupados con los movimientos de Melchor; por otro, los saboteadores debían de haber desactivado todas las alarmas de aquella zona.

Una vez fuera, Martín maniobró con su mochila y voló hacia la compuerta. A lo lejos vio cómo por ella salían en fila india tres generadores que se perdieron en la distancia, y creyó enloquecer de rabia. ¿Acaso sus esfuerzos iban a ser inútiles? Sin embargo, el milagro se produjo. El trasiego de generadores cesó, y eso le dio tiempo para llegar a la compuerta, justo cuando Melchor trataba de deshacerse del siguiente.

Martín actuó de forma instintiva. Aceleró al máximo los cohetes de su mochila, y se arrojó contra el generador. El impacto fue oblicuo, y tan violento que logró que el aparato se apartara de su trayectoria y se alejara de la compuerta. El cuerpo de Martín se estrelló contra una pared, y flotó inerte por la sala.

* * *

El acto abnegado de Martín provocó el silencio en el puente, pero sólo había logrado aplazar lo inevitable. El navegante debía de estar muerto o, en todo caso, malherido, y no podía evitar que Melchor capturara otro generador y lo enviara a paseo. Efectivamente, el jefe de Policía, bichero en mano, se dispuso a rematar la faena, pero de repente se detuvo y se llevó la

mano a la escafandra. El comandante de la nave, que se había quedado ronco de tanto gritar órdenes inútiles, apenas tuvo fuerzas para susurrar:

-¿Qué le pasará ahora a ese hijo de mala madre?

La respuesta se hallaba en la sala contigua a los generadores. José Carlos había recuperado el conocimiento y en cuanto se hizo cargo de la situación, activó la radio de su traje. Melchor, sin duda, había desconectado el receptor del suyo para evitar ser molestado por los del puente, pero los trajes que pertenecían a un mismo equipo de trabajo, como era el caso, siempre llevaban un intercomunicador de emergencia, por si ocurría algo imprevisto. José Carlos carraspeó y empezó a hablar:

-Melchor, ¿me escuchas? -y a continuación lo obsequió con un surtido de insultos realmente imaginativo; el jefe de Policía, asustado, se detuvo un momento, pero después se encogió de hombros y siguió con lo suyo.

De repente, Alfredo pareció despertar del estupor en que lo había dejado la traición de su padre. Se desembarazó del abrazo de Marina, y sin que ésta pudiera evitarlo tomó impulso con los pies y se lanzó directo hacia José Carlos. El científico estuvo a punto de perder pie, pero las suelas magnéticas funcionaron bien. Alberto acercó la boca al micrófono del traje y gritó:

-¡Papá! ¿Por qué nos haces esto? ¡Yo creía en ti...!

Melchor, que estaba a punto de tocar un generador con el bichero, detuvo su brazo. Quedó desconcertado unos instantes; no se esperaba aquello.

-Hijo, yo... -dijo por fin-. Obro así por tu bien, por el bien de todos. Ya sé que a ti y a unos cuantos más os hacía ilusión la aventura de colonizar Prometeo, pero piensa en los peligros, y en el porvenir que os esperaba: vosotros, y vuestros hijos, y los hijos de vuestros hijos, luchando por convertir en habitable un mundo estéril, hacinados en pequeños campamentos, expuestos a catástrofes... ¿Merece la pena echar vuestras vidas a perder por tal quimera? En *Crisálida* tenemos todo cuanto deseamos... -trató de ordenar sus ideas para sonar convincente, aunque no le fue difícil; creía de corazón en lo que estaba diciendo-. ¿Sabes que se prevé un quince por ciento de bajas entre los colonos que trabajen en tierra? Y eso suponiendo que Prometeo pudiera ser terraformado sin incidentes. Supón que al cabo de unas décadas todo se torciera, y que para sobrevivir en el planeta tuvierais que desmontar la nave para obtener piezas de repuesto, y que aún así no fuera suficiente... Prometeo se convertiría en una ratonera, sin escapatoria, con todos vosotros y vuestros descendientes condenados a muerte. ¿En quiénes crees que pensé cuando hice todo esto? ¡No en mí, desde luego! Los viejos moriríamos antes de que todo se fuera al diablo, pero los jóvenes... ¿Por qué arriesgarse si podéis vivir felices toda la vida en *Crisálida*? Mi deber de padre es conseguir lo mejor para vosotros, y...

-¿Lo mejor? ¿Y qué sabes tú de lo que es mejor para mí? ¡Ni siquiera me lo preguntaste, traidor! Traidor...

Alfredo no pudo continuar, y rompió a sollozar incontroladamente. José Carlos, sin saber muy bien qué decir, trataba de consolarlo dándole palmaditas en la espalda. Mientras, Marina se las había arreglado para unirse a ellos. Se acercó al micrófono.

-Estará usted contento, señor Magán. Acaba de destrozar a su propio hijo. Lo admiraba, ¿sabe? Y yo también, qué gracia.

-Marina, yo... -balbució a duras penas Melchor, que tampoco esperaba aquella intervención.

-Sólo los amigos me llaman por mi nombre de pila, señor Magán -la voz de la mujer era fría como el hielo-. Cómo se ha reído de todos nosotros, ¿eh? Ahora todo está claro. Desde su puesto mantuvo a la Policía ocupada en perseguir pistas falsas, vigilar sitios que nunca serían atacados, atrapar a peones secundarios y perdiendo el tiempo en aquellas ridículas detenciones. Apuesto a que incluso preparó el tiroteo del club de tenis para aparecer como una víctima, evitar que se sospechara de usted y desconcertar a los navegantes, aunque para ello tuviera que arriesgar

la vida de su hijo. Y luego tiene la poca vergüenza de decirle cuánto lo ama... ¡Cínico!

-Estaba... Estaba todo calculado para que nadie sufriera daño. Únicamente deseábamos lo mejor para...

-Dígale eso a los familiares de los trabajadores que fallecieron en el último atentado, señor Magán.

En el puente renació una leve llamita de esperanza. Aquella teniente estaba dándoles el tiempo que necesitaban. Los refuerzos se dirigían a toda prisa hacia aquella zona, pero mientras tanto los generadores seguían flotando sin control, y cualquiera de ellos podría escaparse por la escotilla. De momento, Melchor estaba demasiado ocupado tratando de hallar gracia a los ojos de sus acusadores.

-¡Esas muertes fueron un desgraciado accidente! Nunca debieron haber ocurrido. ¡No soy un asesino! Por eso hemos precipitado la acción final, para que nadie más sufriera un percance semejante. Os doy mi palabra de que sólo queremos lo mejor para *Crisálida*, y que nuestros niños...

-Métase sus excusas donde le quepan, señor Magán -lo cortó Marina-. Para salirse con la suya traicionó incluso a sus mejores amigos. Las visitas al señor Toshiba, aquí presente, no fueron meramente de cortesía, ¿verdad?

-Me pregunto cómo lograste arrancarme sin que me diera cuenta la información necesaria para violar los sistemas de protección de los coches patrulla y alterar sus registros de datos -dijo José Carlos-. Debiste de drogarme, o algo así, cuando venías a charlar de los viejos tiempos. Claro, sabías que un solitario como yo confiaría ciegamente en los pocos amigos que le quedan, y te aprovechaste de ello. Te desprecio, ¿sabes? -José Carlos pareció escupir sus últimas palabras.

Incluso embutido en un traje de vacío, Melchor parecía desolado.

-¡Recapacitad, por favor! Comprendo que esto os haya sentado fatal, pero dentro de unos días la vida volverá a ser como antes. ¡Pensad en eso! ¿Tan mal vivíais?

-Nada volverá a ser como antes, señor Magán -respondió Marina-. Yo no voy a olvidar esto. Ni el señor Toshiba. Ni Alfredo, si logra superar lo que usted ha hecho con él. Ni nadie de los que lo considerábamos un héroe, un ejemplo a seguir. Piense en su mujer, y en los pequeños, David y Carlos. Los niños van al colegio, y a esas edades los compañeros pueden ser muy crueles con los hijos de un traidor. De acuerdo, usted ha ganado, pero yo no quisiera estar en su pellejo en cuanto salga por esta puerta. Voy a convertir su vida en un infierno, aunque sea lo último que haga. Se lo juro. Y me sé de unos cuantos navegantes y pilotos que pensarán lo mismo que yo.

En ese momento, la voz del comandante atronó por los altavoces. Los presentes se taparon los oídos; a pesar de la ronquera, el militar se oía fuerte y claro.

-Confío en que me esté escuchando a través del micrófono de ese traje, perro traidor. Le recuerdo que en circunstancias especiales, estoy capacitado para decretar la ley marcial, y eso es justamente lo que me dispongo a hacer. Le garantizo un consejo de guerra sumarísimo a usted y a todos sus compinches, acusados de alta traición. Por si no lo sabía, ese crimen se castiga con la pena de muerte. Puede que yo tenga que volver a hibernarme durante unos cuantos siglos, pero más de uno va a pagarlo con creces. Si quiere que seamos clementes con ustedes, ¡cierre esa compuerta y sujete los generadores, maldita sea!

Tras aquel exabrupto se hizo el silencio. Nadie sabía qué decir ya. Melchor Magán permanecía de pie, inmóvil como una estatua, mirando las estrellas por la escotilla abierta. Pasó un minuto, luego otro. Después de una rara carambola, uno de los generadores se dirigió recto hacia el espacio, ante la desesperación de todos. En ese momento, Martín, en su lento vagar, golpeó la espalda de Melchor, sobresaltándolo. El impacto desvió la trayectoria del cuerpo del navegante. Martín Durán iba a perderse también en el vacío.

De repente, Melchor reaccionó. Tomó impulso al tiempo que activaba el campo repulsor del bichero y saltó en pos de Martín.

-Lo siento, hijo. No quise hacerte daño. Me equivoqué. Por favor, perdóname -murmuró.
En la sala contigua, Alfredo gritó:

-¡¡No!! ¡¡Papá...!!

A duras penas lograron reducirle entre José Carlos y Marina. Cuando se cansó de forcejear, ella lo abrazó contra su pecho y dejó que llorara. No podía hacer otra cosa.

* * *

Melchor nunca había visto a *Crisálida* desde fuera. Tenía que admitir que era un magnífico espectáculo, una gigantesca bola brillante que se dirigía hacia el sol de Prometeo, a esa distancia poco más luminoso que las estrellas que brillaban como joyas por todas partes a su alrededor. Parecía mentira que dentro de aquella esfera metálica generaciones y generaciones de seres humanos hubieran charlado, reído, disfrutado, amado y muerto. Sí, se dijo, fue hermoso vivir en aquel paraíso.

Melchor dio la espalda a *Crisálida* y se concentró en su próximo movimiento. Se lo estaba jugando todo a una carta, basándose en una suposición. Si fallaba... Se preguntó cuántas horas le quedarían de oxígeno. Bah, daba igual. Le bastaría con morder la cápsula que guardaba en la boca y se sumiría en el más dulce de los sueños. Pero ahora tenía trabajo. Si había calculado mal su trayectoria, todo se perdería sin remedio.

Con exasperante lentitud se fue aproximando a Martín. Por los pelos, logró agarrarle una pierna y se aferró a ella con fuerza. Examinó la mochila del navegante, y exhaló un suspiro de alivio. Los minicohetes aún funcionaban. Maniobró de forma torpe al principio, pero al final logró su propósito. Se acercaron al generador fugitivo y con el bichero Melchor logró devolverlo a *Crisálida*. Dejó a Martín en lugar seguro y salió de nuevo por la escotilla, sin mirar atrás. Activó los cohetes de la mochila y aceleró al máximo, perdiéndose en la oscuridad.

* * *

La nave generacional *Crisálida* orbitaba alrededor de un sol anaranjado. Desde el puente de mando se ultimaban multitud de detalles, mientras que numerosas antenas y radiotelescopios estaban prestos para enviar las primeras informaciones sobre los planetas del sistema. El comandante se preparaba para dirigir a toda la nave un breve mensaje notificando oficialmente la llegada a su nuevo hogar, Prometeo.

A poca distancia, la nueva jefa de Policía, Marina de Paula, asistía a la ceremonia sin demasiado interés. Su mente estaba en otro lugar. Pensaba en Alfredo y en su familia, moralmente deshechos, y más aún si se consideraba que la plácida vida que habían llevado hasta hacía poco no preparaba a la gente para superar palos tan severos. Pero estaba segura de que el tiempo curaría todas las heridas, y asumirían la muerte de Melchor. No le guardaba rencor, a pesar del daño causado. Al fin y al cabo, a diferencia de los demás sabotadores, él no había obrado así por egoísmo, sino por amor a los suyos.

¿Y los otros conspiradores? Menuda sorpresa se llevarían cuando se les pasara el efecto de la droga que ingirieron para evitar delaciones... En fin, eso pasaba por militar en el bando equivocado.

El comandante se sentó en el sillón de mando, con la bandera de la Corporación detrás de él. Varios técnicos iniciaron los ajustes de la emisión. Echó una ojeada a la pantalla mural del puente y se vio a sí mismo en ella. Ordenó los papeles y se incorporó levemente en el sillón. Volvió a mirar la pantalla, pero esta vez solamente vio otra gran bandera de la Corporación que la ocupaba por entero. Esperó.

Los técnicos parecían nerviosos, y hablaban entre ellos en susurros.

-Y bien, ¿empezamos la transmisión? -preguntó el comandante.

Un técnico volvió el rostro hacia él. Sudaba y estaba pálido. Dijo algo a otro compañero que estaba a su lado y que asintió con la cabeza. También tenía un aspecto extraño, como si acabara de ver un fantasma. El militar empezó a preocuparse. Marina se acercó. Algo marchaba mal, pero ¿qué?

-Comandante -dijo al fin el primer técnico-, estamos recibiendo una señal muy potente que procede del planeta que debemos terraformar.

-¿¿Qué?? -el comandante se levantó de un salto-. ¿Una señal inteligente?

-Se trata de la imagen que ve ahora en pantalla. Esa bandera no es nuestra. La acompaña un mensaje en el mismo lenguaje informático que empleamos nosotros. Dice así: «*El pueblo de Prometeo os saluda. El presidente Abraham van Hoog solicita hablar con la nave Crisálida en nombre del Gobierno Estelar de la Corporación*».

Todos los presentes se miraron estupefactos. Unos segundos después apareció una nueva imagen en pantalla. Parecía el puente de mando de una nave espacial, y era muy grande, con algunas consolas atendidas por hombres y mujeres que vestían uniformes funcionales en azul y blanco. Detrás de ellos había un grupo de civiles con trajes variopintos, camisas claras y chalecos cortos de vistosos colores. También estaban presentes varios militares con uniformes de gala que al comandante le resultaron bastante chocantes. Uno de ellos llevaba las insignias del mismo rango que él. Los restantes tenían estrellas de general y todos iban cargados de medallas.

Un hombre de mediana edad, moreno y sonriente se dirigió hacia la cámara.

-Soy el presidente del planeta Prometeo, y quiero antes que nada expresar mi más sincera felicitación y mi orgullo al darles la bienvenida a su nuevo hogar -hablaba con soltura y con un tono ampuloso. Era obvio que tenía aprendido un discurso y deseaba causar buena impresión; quizá estaban oyéndolo también en Prometeo. Además, el acento era muy extraño, cerrado y nasal. Tampoco se le podía exigir demasiado; el pobre hombre había tenido que aprender un idioma arcaico, que no se hablaba desde hacía siglos-. Supongo que estarán sorprendidos y querrán hacernos muchas preguntas. Permitan que les adelante lo más esencial. Hace más de trescientos años que se descubrió el modo de viajar más rápido que la luz. La Corporación, siguiendo su ancestral vocación, ha estado colonizando nuevos mundos desde entonces. En algunos casos, hemos recibido naves generacionales como la suya que se han integrado plenamente en nuestra sociedad. También hemos contactado con otras que estaban en pleno vuelo -aquí logró que su rostro pareciera entristecerse por unos instantes-. Lamentablemente, en esos casos no éramos tan bien acogidos. Por regla general supone un trauma para la tripulación que su viaje sea interrumpido antes de llegar a su destino. Por este motivo, el Consejo Supremo recomendó que se les permitiera a ustedes terminar su viaje, y establecer el contacto después de su entrada en órbita. Celebramos que hayan llegado, completando así su misión con éxito para integrarse de nuevo en el Ekumen.

Marina había dejado de escuchar. Lo más urgente era encontrar una silla, porque sus piernas amenazaban con negarse a sostenerla. Viajes más rápidos que la luz desde hacía trescientos años; reinsertarse en una sociedad mucho más avanzada; el planeta Prometeo, con el que tantas veces habían soñado, colonizado... Resultaba irónico; al final, acabarían viviendo en un entorno civilizado, probablemente rodeados de comodidades y refinamientos con los que no soñaban. Nada de aventuras ni riesgos, tal como deseaban los sabotadores.

Miró las pantallas de las consolas, y mientras lo hacía hubo un cambio en ellas. Donde sólo había un inmenso espacio vacío ahora aparecían multitud de señales. Naves de todo tipo, pequeñas y grandes, militares y civiles, incluso yates de recreo orbitaban junto a ellos enviándoles toda suerte de mensajes de felicitación y bienvenida. ¿Cuanto tiempo llevaban a su lado sin dejarse ver, camufladas mediante contramedidas electrónicas? Parecía una enorme farsa, una burla cruel...

-En cuanto den su autorización -prosiguió el presidente-, uno de nuestros remolcadores de planetoides se ocupará de frenar por completo su nave y llevarla hasta el puerto espacial de Prometeo, donde les espera un apoteósico recibimiento. No se pierdan el banquete que hemos organizado en su honor; probarán ustedes manjares que ni se les habrán pasado por la imaginación, como las mollejas de gandulfo o las arañas dulces. Ah, por cierto, hace unas semanas dejaron ustedes escapar tres generadores de gravedad. ¿Tuvieron un accidente? No se preocupen; están a buen recaudo. Considérenlo un regalo de bienvenida -sonrió de oreja a oreja-. También recogimos a un suicida frustrado, que no suelta prenda y ahora descansa en el hospital. Está bien de salud, aunque no cesa de reírse por lo bajo. El estrés del final del viaje, supongo. En fin, relájense y déjense llevar.

Una tecnología que creaba remolcadores capaces de arrastrar una mole como *Crisálida* a su antojo... ¿Acaso podían rechazar su invitación? Detrás del presidente ondeaba también la bandera de la Corporación. Nadie había esperado jamás recibir una orden del gobierno que dejaron atrás hacía más de ocho siglos, pero era evidente que estaban atados a él. En Prometeo tendrían previsto un plan de acción, algo que hacer con ellos, la escuela quizá. Primera lección: «*sopocientos años de Historia de la que no sabéis nada en absoluto*».

El discurso concluyó y el presidente fue presentando a las restantes autoridades, quienes dirigían unas breves palabras de felicitación y elogio. Sin embargo, Marina se sentía vacía, incapaz de experimentar emoción alguna, ni siquiera satisfacción porque Melchor hubiera salvado el pellejo. Miró un monitor que estaba a su derecha, un cuadrado pequeño de cristal gris oscuro sintonizando un canal muerto. Vio al comandante reflejado en él y casi logró sonreír recordando un dicho atribuido a un antiguo filósofo, intelectual o similar, un tal Di Stéfano: «*Lo peor no es que algo salga mal, sino la cara que se te queda*».

FIN